

christus

REVISTA MENSUAL DE TEOLOGIA

**¿ESTA LA PUBLICIDAD AL SERVICIO
DEL HOMBRE?**

RASGOS DEL VIVIR CRISTIANO

CUADERNO: EXISTENCIA CRISTIANA

Año 38 No. 450 1o. de Mayo de 1973

LO MEJOR EN CALIDAD Y SERVICIO



VELAS

LITURGICAS
LIMPIAS
PERFECTAS

CIRIOS PASCUALES
VELAS DECORADAS,
INCIENSOS,
VELADORAS,
ACEITE,
ENCENDEDORES,
CARBON,
CAPITELES,
PORTAVELAS, ETC.

LAMPARAS OLEOCERINA, APROBADAS
PARA SAGRARIOS

TELEFONO: 5-47-02-30



EN ESTE NUMERO

PRESENTACION

LA IGLESIA EN LA ACTUALIDAD

¿Está la Publicidad al Servicio del Hombre? Sebastián Mier, S. J.	5
Una Presencia de la Iglesia en la Educación: Los Equipos Docentes. Humberto Ochoa Granados, S. J.	7
El caso de los Cañeros. El Padre Bonilla se Explica. ¿Usamos la Palabra de Dios Escrita? Estudiantes de 1o. de Teología Seminario Interregional Mexicano.	9
	11

LA IGLESIA EN SU REALIDAD SOCIAL

La Salvación, Desafío Histórico. Raúl Vidales . . .	13
---	----

CUADERNO: EXISTENCIA CRISTIANA

Exigencias de Fe para el Hombre en el Evangelio de Mateo. José J. Castillo G., S. J.	17
Rasgos del Vivir Cristiano. Alfonso Castillo, S. J. . .	22
La Conversión en el Mensaje de Jesús. José Mendoza de la Mora, S. J.	25
¿Ha pasado de moda la Vida Espiritual? Luis García Orso, S. J.	28
Un Don del Espíritu Santo: La Magnanimidad. Xavier Cuenca, S. J.	30

PREDICACION

Del Séptimo Domingo de Pascua a la Fiesta de San Juan Bautista. José Mendoza, S. J.	34
---	----

DOCUMENTOS

Una Reflexión Pastoral. Del Obispo de Tepic en Cuaresma.	37
América Latina: "Iglesia de la Pascua". Mons. Eduardo Pironio	45
La oración Hoy.	53
Informe de la Comisión Episcopal de Acción Social del Perú al Departamento de Acción Social del CELAM.	55

BIBLIOGRAFIA	61
------------------------	----

CHRISTUS — Revista Mensual de Teología.

Año 38 No. 450 1o. de Mayo de 1973.

Director: Xavier Cuenca, S. J.

Consejo de Redacción: Rubén Cabello, S. J., José Mendoza de la Mora, S. J., Luis Narro, S. J., Sebastián Mier, S. J., Jorge Alonso, S. J., Alfonso Castillo, S. J., Luis García Orso, S. J., Pedro de Velasco.

Equipo de Trabajo: Jesús Pavlo Tenorio, Fermín Santa María, Ana Santamaría.

Órgano Oficial de las Diócesis de Cd. Juárez, Cd. Obregón, Cd. Valles, Cuernavaca, Huejutla, Jalapa (Guatemala), Papantla, Tabasco, Vicariato Apostólico de la Tarahumara. Registrada como artículo de 2a. Clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D. F., 3 de enero de 1963. Registro de propiedad intelectual en la S.E.P. No. 70534 el 15 de diciembre de 1950. Con aprobación Eclesiástica. Suscripción anual: \$ 60.00 Dls. 5.00. Número suelto \$ 6.00 Dls. 0.60. Obra Nacional de la Buen Prensa, A. C. Donceles 99-A. Apdo. M-2181 México 1, D. F. Tipografía: Composición Técnica. Roma 3-B, México 6, D. F. Impresión: Offset Multicolor, S. A. Calz. de la Vigs 1332, México 8, D. F.

NOTA: LA OFICIALIDAD DE CHRISTUS

Christus ha querido siempre ser un servicio a la jerarquía mexicana: obispos y sacerdotes. Y, en este sentido, se ha puesto a disposición de las diócesis, máxime de aquellas que lo aceptaban o pedían como su gaceta diocesana.

En este sentido se ha llamado y se llama órgano oficial de algunas diócesis.

La oficialidad en Christus no significa una representación oficial de pensamiento, ni reflejo de pensamiento oficial. Su oficialidad no consiste —ni quiere consistir— en otra cosa que en el hecho práctico de servir de Boletín Eclesiástico a los obispos que no tengan uno en sus diócesis y que quieran adoptar a Christus en su lugar. No tiene proplamente respaldo oficial, en cuanto al pensamiento, ni pretende complicar a los obispos en las opiniones que expresa.

La oficialidad de Christus funciona como un hecho práctico y un servicio, libremente aceptado o rechazado, no como un concepto determinado y obligatorio. Christus no es órgano institucional del episcopado, del que la institución es responsable. La responsabilidad editorial queda exclusivamente a cargo de Buena Prensa.

La Redacción de Christus

Algunas opiniones, muy diversas, legítimas, son las que he podido recoger sobre la revista CHRISTUS. Al recibir el encargo de su dirección, necesito expresar con toda sinceridad:

— la intención de querer prestar un servicio a todas las diócesis y personas interesadas en reflexionar y comunicar sus puntos de vista, inquietudes y experiencias de su ser y quehacer como cristianos dentro de la vida de la Iglesia, en México.

— la intención de proporcionar un medio abierto realmente a la búsqueda en común que requiere de la participación de todos. Sin la franca y libre comunicación de los lectores que nos hagan el favor de expresar lo que van encontrando de positivo y negativo —y todo tipo de sugerencias— es imposible incrementar la vida de la revista y su funcionalidad. — No se trata de que todo nos convenza a todos. Sí, que estemos deseosos de enriquecernos de los demás. Sí, de recibir desapasionadamente la crítica de quienes tienen también todo el derecho de pensar de manera contraria a la nuestra. Algo bien distinto de la presunción opuesta: que es tonto, o perverso, o ambas cosas a la vez, todo aquel que pueda tener el atrevimiento de no coincidir con nuestro modo de pensar.

— Cada articulista es responsable de lo que avala en sus escritos. Lo definitivo, entonces, es la actitud de hacerlo teniendo siempre en cuenta su amor a la Iglesia y su fidelidad al Evangelio del Señor Jesús, como noticia que deviene siempre Nueva y Buena.

Xavier Cuenca S. J.

Intención General.—"Que las relaciones entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares sean más profundamente ilustradas y hagan más floreciente la vida eclesial" Intención Misional.—"Aceptación de los valores cristianos en China".

christus

REVISTA MENSUAL DE TEOLOGIA

ORGANO DE REFLEXION SOBRE LOS GRANDES PROBLEMAS

teológicos
pastorales
sociales
históricos

QUE HOY DEMANDAN CON URGENCIA NUESTRA ATENCION.

SE HAN TRATADO TEMAS TAN INTERESANTES COMO:

- El papel de la Teología en América Latina.
- Por una Iglesia liberada y liberadora.
- Evangelio, Política y Socialismo.
- Comunidades de Base.
- El conflicto en la Iglesia Mexicana, una exigencia de conversión.
- La Iglesia ante el actual proceso Revolucionario del Perú.
- ¿Es la Iglesia de México un buen patrón?
- Ataques al Cardenal y división en la Iglesia.

LE INVITAMOS A SUSCRIBIRSE Y SOLICITAMOS SU OPINION SOBRE CHRISTUS,
MUY VALIOSA PARA LA DIRECCION Y REDACCION DE LA REVISTA.

Suscripción anual: \$ 60.00 Dls. 5.00

Obra Nacional de la Buena Prensa A.C.

Donceles 99-A Apartado M-2181 México 1, D. F. Orozco y Berra 180 (A un costado de Omnibus de México)

Nombre: _____

Dirección: _____ Población: _____

- Envíenme una suscripción a CHRISTUS por un año Adjunto \$ _____
 Envíenme el primer número por Reembolso y cobren el precio de toda la suscripción.
Para el Extranjero no hay servicio de Reembolso.

LA IGLESIA EN LA ACTUALIDAD LA ACTUALIDAD EN LA IGLESIA

¿ESTA LA PUBLICIDAD

AL SERVICIO DEL HOMBRE?

Una de las realidades más apabullantes de nuestros días es la publicidad. Nos invade por todas partes. Parece haberse apoderado de los principales medios de comunicación. Los periódicos y las revistas están penetrados por ella. Son innumerables los anuncios que encontramos en la calle, principalmente en la zona centro de la población. Pero donde la invasión se hace más sensible es en el radio y la televisión. Los comerciales de todo tipo se multiplican indefinidamente. Y se repiten más indefinidamente aún.

Todo ello va creando en nosotros un hábito. Un hábito muchas veces agobiante. Nos vamos saturando y nuestra capacidad de percepción y de reflexión se sienten embotadas. El primero de estos saturamientos preocupa al publicista, pues tiene que hacer alarde de imaginación para poder despertar el interés y colocar sus productos. O los productos que le encargan. Esto principalmente cuando dichos productos no se encaminan a satisfacer una necesidad ya sentida. Y también cuando son muchos los competidores.

Ahora voy a detenerme un poco en la otra capacidad. En la de reflexión. Corremos el peligro de

Sebastián Mier S.I.

aceptar en bloque, o de rechazar indiscriminadamente. Y este peligro es serio si consideramos que lo característico del hombre, lo que constituye en cuanto tal es precisamente su racionalidad. En la medida en que nos masificamos nos vamos también deshumanizando. Desde luego que hay niveles de nuestra existencia que han de funcionar automáticamente. Pero ese automatismo, ese obrar mecánicamente tiende a apoderarse también de los campos que requiere una decisión realmente humana. Como un ejemplo paso a analizar brevemente los comerciales cívicos y familiares que últimamente han venido difundiéndose tanto el radio como la televisión.

Comerciales familiares y cívicos.

¿Cuál es nuestra actitud ante este tipo de comerciales? ¿Cuáles son los criterios que nos sirven para juzgarlos? ¿Llegan a ofrecernos algún estímulo en nuestra vida? ¿Por qué?

No sería aventurado afirmar que, por lo menos en un cierto nivel de la población, hay un rechazo instintivo para la propaganda que en una u otra

forma proviene del gobierno. Sin embargo es patente que no es la procedencia de una idea el único criterio para apreciar su validez. ¿Somos capaces de superar la primera reacción emocional y realizar un examen de lo que el mensaje vale en sí? Evidentemente este es sólo un ejemplo cuya aplicación puede extenderse a otros casos.

Tampoco es un secreto la escasa calidad de estos comerciales, tanto en su concepción artística como en su realización. (Tal vez a alguien sí le parezcan bien hechos). Pero es también clarísimo que ese tampoco será el criterio para determinar si les haremos caso o no. Toca a la responsabilidad de los publicistas el esforzarse porque su mensaje sea accesible y agradable, porque invite a sus escuchas a seguirlo espontáneamente y con gusto. (Y esta responsabilidad no se limita únicamente al modo, sino que debe abarcar también el contenido del mensaje). En cualquier caso nuestra decisión personal no puede orientarse por la mera presentación de la idea, sino que debe considerar su validez intrínseca.

Así, ni la procedencia ni la presentación externa deben ser el factor determinante de nuestra actitud frente a una invitación. Los motivos que impulsan a quien dirige el mensaje requieren un examen más detenido. Concretemos un poco más el ejemplo para seguir mejor adelante. Tomemos los comerciales que recomiendan fomentar la vida familiar y los que encarecen la lucha contra la contaminación. La motivación más manifiesta puede parecer un interés auténtico por el bienestar público, por la solución de los problemas presentados. Pero podemos distinguir otros motivos, tal vez de carácter político. Verbigracia, el deseo de hacer propaganda para un partido o el de desviar la atención del público de problemas más graves y profundos hacia otros más manejables.

En este análisis hay que evitar, desde luego, los extremos de la ingenuidad y de la suspicacia. Cualquiera de ellos viciaría la efectividad de nuestra decisión. Y con esto volvemos al punto central de nuestras consideraciones; ¿somos capaces de tomar una decisión personal frente a la invasión de la propaganda?

Resumiría así las condiciones que deben cumplirse para poder hacerlo: Tener el oído atento y saber distinguir entre la multitud de mensajes aquellos que valen la pena. Juzgar dichos mensajes no por apariencias ni por factores externos, sino por su validez real. Descubrir los motivos para seguir los que convencen y evitar los que no estamos dispuestos a seguir.

Aplicando lo dicho a los comerciales que nos sirven de ejemplo, creo que son de alabar y secundar por su verdadero contenido humano. Señalan verdaderos problemas, sobre todo los familiares, que exigen un esfuerzo de nuestra parte. Pero tampoco podemos olvidar necesidades urgentes en mu-

chos otros campos: educación, trabajo, política, vida religiosa . . .

El publicista y la moral.

Ya más arriba mencionaba en un paréntesis ciertas obligaciones de los encargados de la publicidad. Pero el tema requiere muchas otras puntualizaciones. Aquí únicamente desglosaré en forma breve algunas que me parecen de mayor importancia.

Es evidente que la publicidad no puede desentenderse de la moral. Con esto no me refiero ni exclusiva, ni siquiera principalmente, al abuso de sexo que en la actualidad se comete con fines comerciales. Hay que custodiar sí, la dignidad de la mujer y del amor en todas sus dimensiones. Y la sexualización actual los degrada a ambos. Pero la publicidad tiene también serios deberes con la verdad y con la justicia.

Tal parece que en boca de los publicistas el lenguaje adquiere una modalidad completamente nueva, como si las categorías de verdad y mentira desaparecieran por completo. Aparentemente toda la riqueza de los diccionarios está a su servicio para enaltecer sus productos. Cualquier medio está justificado con tal de aumentar el volumen de las ventas.

Para una apreciación de este modo de proceder habrá que considerar que el ambiente es tal que cualquiera que se mueva en él tendrá que contar por adelantado con un lenguaje exagerado. Con todo, sigue valiendo que el engaño no puede ser lícito, que no está todo a merced de la habilidad de los vendedores.

También la justicia puede ser gravemente lesionada por la publicidad. Valdrá la pena preguntarse por ejemplo, ¿es lícito crear en la gente 'necesidades' superfluas cuando las estrictamente necesarias no pueden ser satisfechas en un amplio sector de la población? ¿Qué podemos decir de los "Dése vida de rey" "Diviértase en grande" . . .?

La problemática es ciertamente bastante compleja. Los economistas podrían hablar de que únicamente la satisfacción de nuevas necesidades potencia el progreso. Y el problema más de fondo no se halla en la publicidad misma, sino en la estructura general de la sociedad. Una sociedad que parece destinada (¿condenada?) a producir más para consumir más en una carrera desenfrenada en la que el hombre se esclaviza a las necesidades que se va creando olvidado de su ser más íntimo.

Pero eso no libera a la publicidad de sus responsabilidades. Tiene que poner lo que está de su parte para no agrandar el problema. Más aún debe esforzarse por contribuir a encontrar la solución, no únicamente con aportaciones forzadas por la ley o los medios de comunicación; sino con todo su dinamismo.

UNA PRESENCIA DE LA IGLESIA EN LA EDUCACION: LOS EQUIPOS DOCENTES

Humberto Ochoa Granados S.I.

Es frecuente en nuestro medio, la separación de la fe y de la vida cristiana. Parece ser que la vida de fe la dejamos para el templo y que nuestra existencia de todos los días, en el trabajo, en las relaciones con los demás, está completamente separada de la visión de la fe. Igualmente da la impresión, de que la Iglesia y el mundo son dos realidades completamente separadas. El cristiano por su fe está alejado del mundo, no tiene que hacer nada en el mundo. Los equipos docentes vendrían a hacerse presentes como cristianos en las escuelas o instituciones donde oficialmente no se nombra a Dios.

EL METODO:

Los equipos docentes son grupos pequeños, de 4 a 10 personas, que trabajan en la educación. La condición para que se forme un equipo es que los integrantes trabajen en instituciones oficiales. Cada equipo debe tener un asesor que ordinariamente es un sacerdote y también un coordinador. El papel del asesor consiste en: Ser el animador espiritual del grupo; ser el servidor del encuentro entre Dios y los equipistas; educador de las virtudes teologales del grupo y pedagogo de la oración. De acuerdo con la dinámica de cada equipo, se tienen reuniones cada dos o cada tres semanas. La reflexión se hace con la técnica de reflexión de vida, a partir de la problemática educativa concreta: Se analizan los hechos, se valoran y se buscan las causas, se reflexiona en la fe, siempre a partir de algunos textos de la Sagrada Escritura para favorecer la conversión, y se toman actitudes concretas o propósitos de acción individuales o colectivos. Ordinariamente se

cuenta con un temario preestablecido y que en cada reunión se va desarrollando. Esto es muy flexible ya que se puede elaborar un cuestionario propio a partir de los problemas actuales de la enseñanza. Se busca que los equipos sean del mismo nivel, escuela primaria, secundaria, preparatoria o a nivel universitario. Existen varios grupos, 19 en el Distrito Federal y otros tantos en la Provincia.

Es de particular importancia notar que no se trata de hacer un proselitismo externo sino dar un testimonio, una presencia cristiana con el ejemplo, con la actitud, frente a los alumnos y a los problemas que genera la educación. Por eso son muy importantes las reuniones de grupo en las que se analiza la problemática educativa que en nuestro tiempo tiene particular importancia y se reflexiona en la fe para tomar una actitud cristiana frente a esos problemas. También es útil señalar el sentido de grupo, de pequeña comunidad cristiana que está comprometida en la educación, que reflexiona sobre la problemática educativa y se compromete precisamente como una comunidad cristiana. La cuestión educativa se analiza, como es natural, a distintos niveles y desde diversos ángulos, con un gran respeto de las convicciones de cada uno. Es preciso hacer hincapié en que se trata de profundizar la actitud cristiana ante la educación y sus problemas.

Como medio de información a nivel Latino-Americano, se tiene la revista EDAL, con una temática educativa muy actual e interesante.

LOS EQUIPOS Y LA VIDA CRISTIANA

Los medios más importantes de formación que ofrecen los equipos, son: la búsqueda religiosa y los

problemas de la vida. El primero consiste en un escuchar activo, personal y comunitario de la Palabra de Dios; se profundiza y se interioriza. De ahí la lectura de un Texto Sagrado o la reflexión sobre un tema religioso. La búsqueda religiosa pretende hacer del equipista un cristiano adulto que pone al día sus conocimientos y su vida cristiana. Comprende: la inteligencia de la fe y un conocimiento de la liturgia, de los estudios Bíblicos y Teológicos. Descubrir el Evangelio como la revelación de Dios por Cristo y a la Iglesia como el misterio de Salvación que se realiza en nuestro tiempo como Sacramento de Cristo. Esto debe llevar a vivir la fe. La búsqueda religiosa tiene tres grados: 1o. el grado de conocimiento: comprender y conocer la Palabra de Dios; poder hablar de su fe y dar cuenta de ella. 2o. el grado de conversión: la Palabra del Señor significa un llamado, que interroga, cuestiona. El cristiano debe de estar siempre en estado de Conversión. 3o. el grado de oración: significa una consecuencia, una necesidad de abrirse a Dios personalmente para poder dar sentido a la actuación en todos los problemas de la vida.

Los problemas de la vida: son un ponerle atención a la existencia y a sus llamadas. Estas nos hacen descubrir la significación natural y religiosa de la vida e invitan a actuar en el mundo para transformarlo según el designio de Dios. Servirá para encontrar a Dios a través de la vida concreta.

A MANERA DE SINTESIS

Haciendo una síntesis de lo que se acaba de exponer se pueden proponer como constitutivos de la orientación de los equipos docentes los siguientes puntos:

Primero: necesidad del compromiso dentro de la escuela y dentro de la sociedad. Lo primero que se pretende en el equipista es una toma de conciencia de la necesidad urgente en nuestros días de un cambio de la educación humana y de la sociedad en su conjunto. Por lo que nosotros hemos experimentado, por lo que nos hablan los documentos de la Iglesia sobre la justicia, parece ser que la sociedad no humaniza lo suficiente, no personaliza verdaderamente: se encuentra acorralada, en muchos aspectos, en ambiciones de posesión material y de consumación de bienestar. Esto pide que se luche por lograr una sociedad cuyas realidades económicas y sociales sean organizadas y jerarquizadas para que promuevan la personalización de cada uno y la vida fraternal entre todos. "El punto de partida está, pues, en el primer despertar de la conciencia de un docente a las exigencias inseparables de una renovación de la sociedad y de la renovación de la escuela. Para poder ser fundador de equipos es necesario ser primero despertador de conciencias".

(Michel Duclerque, fundador de los Equipos en América Latina). "La inquietud educativa y política, la experiencia educacional y social, el compromiso dentro del sistema escolar y dentro de la sociedad, son el campo mismo de la humanización del equipista y constituyen la base de sustentación de la existencia auténtica y del esfuerzo efectivo de los equipos" (Michel Duclerque).

Segundo: El sentido humano. Pretende llevarnos a un compromiso reflexionado y justificado, no puramente pragmático de los valores humanos. Ninguna fundamentación sería sólida si no tuviera un hondo sentido de la grandeza del hombre, fundada en una antropología profunda y actual. Una convicción de promover una fe en el hombre y alimentar una voluntad sin desalientos para salvar y construir al hombre.

Tercero: La renovación y el crecimiento de la fe del cristiano. Este aspecto ya fue tratado con amplitud anteriormente.

Cuarto: El sentido y la importancia del testimonio. La común vinculación con Jesucristo y la comunidad de fe en El nos urge a vivir teológicamente, a ligar nuestra vida temporal con la acción de Dios, con Cristo en el mundo, y con la historia de salvación.

El trabajo que se desarrolla en la educación por crear una auténtica promoción del hombre y un mundo mejor entra de lleno en la construcción del Reino de Dios.

Quinto: La renovación continua de la Iglesia. En cuanto que un cristiano personal y colectivamente se hace más consciente de su papel, más responsable de su compromiso con Dios y con los demás, y acepta una vida en actitud de conversión, está renovando continuamente a la Iglesia y la está haciendo presente en medio del mundo. El cristiano debe de ser un fermento renovador y salvador del mundo en su destino temporal y también en su realidad escatológica.

El equipista, en su modesta actuación, en un esfuerzo personal y comunitario por reflexionar a partir de la problemática educativa y de comprometerse por crear un mundo mejor, un mundo que promueva al hombre hecho a imagen de Dios es fermento y es una fuerza generadora de la Iglesia de Cristo.

Los equipos docentes, siendo una realidad ya en México, son todavía más una ilimitada esperanza en cuanto que se prevé un crecimiento mayor, una toma de conciencia de que se debe vivir como cristiano en medio del mundo, en medio de un ambiente educativo laico, en compañía con hombres que buscan en la docencia una forma auténtica de vivir sus compromisos con Dios y con los demás. Necesitan, pues, el apoyo de todos nosotros que estamos, sin duda, preocupados por hacer presente a la Iglesia en todas las realidades humanas.

EL PADRE BONILLA SE EXPLICA

NOTA DE LA REDACCION: Como respuesta a una petición hecha por el Padre Provincial de los jesuitas, Enrique Gutiérrez, el P. Carlos Bonilla, aplaudido por unos y condenado por otros, nos ofrece su versión de los hechos. Estamos seguros contribuirá a esclarecer el complejo asunto de los cañeros. Y también ayudará a plantear más realísticamente el candente tema del sacerdote y la política.

P. Carlos Bonilla

Pongo a continuación algunos datos sobre los motivos de la lucha y mi intervención a favor de los oprimidos:

1. Jamás pensé ser líder de un movimiento así. Se quedó en mis manos sin intentarlo. Me di cuenta de que el movimiento campesino era justo. Estaban cansados de vivir en la miseria; se les pagaba poco y se les robaba mucho. Al no haber respondido como cristiano sacerdote, no hubiera respondido a la voz de Cristo: "Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber . . ."

2. El movimiento se fue quedando en mis manos porque pusieron presos a la mayoría de sus líderes. Los demás eran perseguidos y estaban escondidos.

3. Me pidieron los obreros que llevara una colecta a los campesinos; pude rechazarla pero no lo hice. Después pusieron una alcancía en mis manos, que pude rehusar pero hubiera significado en caso contrario, el despido del obrero que me la dio. Me invitaron a presidir junto con sus líderes una asamblea de varias personas. No rechacé la invitación, ya que me dí cuenta de que ganas de lucha les sobraban y que lo único que faltaba era alguien que los dirigiera y los calmara. Después, el movimiento quedó en mis manos y me puse a animar a la vez que a controlar, al decirles que no respondieran a ninguna agresión, y que si alguien moría, mejor que se hincaran y rezaran, pero que no se vengaran. El ejército se comportó de una manera salvaje: los pateó, los culateó, les tiró sus alimentos, les rompió sus tiendas de campaña. En ningún momento hubo humanismo de parte del General Casillas, puesto que él incitaba a un pequeño número de cortadores de caña y ejidatarios a punta de bayoneta, para que se lanzaran en contra de los de la Federación Veracruzana de Productores de Caña de Azúcar, y fue el

mismo General Casillas el que dio la orden a los soldados de levantar los bloqueos, según lo expuso, a como diera lugar; los bloqueos eran como nueve. Todo esto dio como resultado que al querer entrar los soldados al ingenio, los obreros se opusieron y no los dejaron entrar, gestándose así con el sufrimiento y problemas casi iguales, la unión de obreros y campesinos del ingenio de San Cristóbal en Carlos A. Carrillo.

El pueblo siempre respondió en todo con ayuda, apoyo moral y alimento.

El Lic. Bonfil, que en paz descanse, era el autor intelectual al menos inmediato de esos problemas ya que imagino que los industriales eran su retaguardia. El Lic. Bonfil obligó al Gobernador a pedir el ejército y él mismo organizaba mítines con acarreados de toda la República en contra de los verdaderos ejidatarios; los acarreados en ningún momento eran cañeros, sino gente pagada con propósitos de pelea.

La lucha contra la injusticia en ningún momento fue violenta, sino de razón y convencimiento. Lo que pedían los campesinos de la Federación Veracruzana, era un convenio para mejorarse. Prácticamente no estaban en contra del contrato Tipo que establecía el "mínimum" también para otros convenios, pues a pesar de que limitaba la explotación no la quitaba. Pero de todas formas era un contrato amañado, como lo afirmó el mismo Bonfil horas antes de morir, ya que se ajustaba a decretos anti-cañeros del 43 y 44, (Avila Camacho). En el convenio, los de la Federación pedían ya no pagar doble flete, es decir, que los cargaderos fueran batey, cesando ahí la obligación de transportes y riesgos de la caña hasta el ingenio; además un rendimiento de 90 kilos al menos, por cada tonelada de caña moli-

da, quedando para ellos 45 kilos y para la empresa otros 45 kilos. El contrato tipo sólo reconoce 82 kilos, y según su líder Roque Spinoso, fue hecho al vapor debido a que se sabía de la presión de este convenio local. Se exigía un convenio para cada región, respetando en caso dado el Contrato Tipo porque las circunstancias, niveles de vida, necesidades, producción, tierra, etc., son diferentes en cada lugar.

En ningún momento fui un demagogo, un engañador, ya que al salir a hablar con la gente, expuse frecuentemente la vida. El Señor Obispo en ningún momento me cambió de esta Parroquia; dio la fianza para un Amparo. Hablé con el secretario y el sub-secretario de Gobernación, el señor Moya Palencia y el Lic. Fernando Barrios respectivamente; el Secretario, al final de una charla como de tres horas, me dijo que había hecho un servicio al Gobierno y que siguiera hablando en favor de la justicia dentro de los cauces de la paz.

Hago notar que lo que hice y dije yo en lo personal, lo considero normal; simplemente un deber sacerdotal.

También tengo en cuenta la actitud de mi madre Albertina Machorro de Bonilla, que siempre se portó a la altura sin desviarme de mi deber, a pesar de los nervios y problemas de que los federales, según se oía decir, me querían tomar preso. Ya antes 6 ó 7 policías habían intentado hacerme prisionero, pero los Jornalistas, Cursillistas y Campesinos me protegieron. Pienso que si esto hubiera sucedido, hubiera habido enfrentamientos entre campesinos y ejército debido a la falta de una persona que los orientara y obedecieran. Al final, cuando dije a los campesinos que se retiraran, ellos frustrados, adoloridos, y algunos llorando se lanzaron contra los tan-

ques, pero gracias a que me hablaron pronto y les dije que se separaran de los tanques que ya estaban tocando, no pasó nada.

Pienso que esta lucha no se perdió, sino que se ganó, pues pronto habrá convenios firmados. La presencia del ejército, un error; sus armas se mancharon. La unión entre obreros, campesinos y estudiantes, es un hecho que lo seguirá siendo en este lugar. Repito, los resortes de mi actuación: La Biblia, Cristo, Las Encíclicas, El Sínodo 71 y un convencimiento profundo de que no hay almas, sino personas a quienes debemos de redimir en su totalidad.

Asistí en Torreón los días 8 y 9 de febrero a dos programas de TV invitado por "Diálogo", que no pertenece a ningún partido. En ningún momento en esta última ocasión hablé en contra del Gobierno, sólo contra Bonfil. Y dije además que creo en la sinceridad del Presidente, que sus colaboradores lo engañan y que los problemas de los campesinos a nivel nacional, son los mismos porque de una u otra manera son explotados y tratados como esclavos.

El Obispo de Torreón vio con simpatía mi actuación en el caso de San Cristóbal; como también sus Sacerdotes y 35 de Gómez Palacio, el Señor Obispo Rovalo, mi Obispo y Sacerdotes de Veracruz mi Diócesis, Sacerdotes de Oaxaca, y de Jalapa, Seminaristas de Chiapas y de Jalapa, Estudiantes aun de diferente ideología, presos políticos, etc.

La revista "Sucesos para todos" en el número 2071 en la página 10, tiene una entrevista que contiene lo más importante y amplía más lo que acabo de decir.

Pbro. Carlos Bonilla M.

"EL TROQUEL", S.A.

Casa Provedora de Artículos de Iglesia.

Tel.: 522-59-94

Apdo. Postal No. 524

2a. Rep. Venezuela No. 50

México 1, D.F.

Tenemos en existencia un buen surtido de Expedientes Parroquiales con redacciones aprobadas por la S. Mitra.

Block o certificado de bautizo y matrimonio canónico, in facie ecclesiae, exhortos y suplicatorios, informaciones matrimoniales, libros para actas de bautizo y matrimonio, recibos de misas.

Inciensos importados y perfumados en cajas de 330 gramos:

"Lágrima", "Excelsis", "Angelus", y "Solemnis", pajuelas de incienso perfumado a \$15.00 %, carbón tardío e instantáneo con 100 panes a \$18.00 y \$30.00 caja.

¿USAMOS LA PALABRA DE DIOS ESCRITA?

Estudiantes de 1o. de Teología
Seminario Interregional Mexicano

Una Pregunta

Es el primer trimestre de este curso escolar 1972-1973 el grupo de Primero de Teología del Seminario Interregional Mexicano en Tula llevó a cabo una investigación-reflexión sobre el uso de la Sagrada Escritura entre algunos católicos de la región: ¿Usamos la Sagrada Escritura en Tula y sus alrededores?

47 Respuestas

Los Estudiantes lo preguntaron a 47 personas ajenas al Seminario de la región del Sur de Hidalgo: Tula, Tepeji del Río, Tlahuelilpan, San Marcos, El Arenal. Amas de casa, jefes de familia, obreros de fábrica, trabajadores asalariados, estudiantes de comercio, de secundaria, de preparatoria. Doce señores, dieciséis señoras, diecisiete jóvenes y dos ancianos.

15 de 47

De estas 47 personas 15 indicaron un uso directo de la palabra de Dios escrita: 5 señores, 3 señoras, 5 jóvenes (1 hombre y 4 mujeres) y los dos ancianos.

Entre otros comentarios señalan que usan la Escritura porque "le gusta", "la hacemos aplicable a nuestra vida", "contiene la palabra de Dios", "me gusta mucho la meditación de algunos pasajes", "me sirve para contrarrestar un poco a los Protes-

tantes", "me han salido muchas ganas de leerla porque veo que mis compañeros sacan mucho provecho", "en la Sagrada Escritura Dios nos habla", "da normas de vida", "tiene muchas cosas bonitas de Dios", "me parece algo indispensable", "es un gran tesoro".

32 de 47

De las 47 personas, únicamente 15 la usan en alguna forma. El resto de las personas comentaron que no la usaban porque "no sé leer", "es el libro que usan los protestantes", "no sé manejarla", "¿no está prohibida?", "soy morosa", "no hay quién me la explique", "me siento imposibilitado para leerla y para interpretarla", "mis papás no se interesaron en enseñarme: sólo les interesaba que yo trabajara", "tengo mucho trabajo", "con lo que escucho en la Misa es suficiente", "es muy difícil llevarla a la práctica", . . .

4 Sacerdotes de la región opinan

Cuatro Padres de la región opinan que no hay un uso ordinario de la Escritura entre sus fieles. Creen que existe la idea de que es un libro de los Protestantes. No saben manejarla. "No nos hemos preocupado por enseñarles qué es", comenta uno de ellos. "La predicación en la Misa y en los Círculos Bíblicos no corresponde a la posibilidad de comprensión de la gente".

¿Una tradición mexicana?

Tras una pequeña investigación histórica de los medios de evangelización usados en México durante la Colonia, el México independiente y el México actual, la pregunta "¿Usamos la palabra de Dios escrita?" recibió una contestación parecida. Encontramos una asimilación indirecta de la Sagrada Escritura mediada principalmente a través de la predicación, las imágenes, la catequesis. Aparece la inclinación a asimilar la Palabra mediante una presencia eclesial personal.

La Misa, ¿"Lugar" de la Escritura?

¿La mayor parte de las personas hacen contacto con la Palabra de Dios sólo en la Misa? Tras de la investigación, uno de los estudiantes se hacía esta reflexión: "El común de las personas tan sólo hacen uso de la Sagrada Escritura en la Misa"; y añadía: "Por tanto, a los sacerdotes toca ver de qué manera sea más atractiva e inteligible su predicación" "Cierto, esto implica un mayor esfuerzo, pero, ¿Qué no es ésta la misión del sacerdote?"

¿Palabra de hombres o palabra de Dios?

En la investigación algunas personas afirmaron que no sabían que lo que se leía en la Santa Misa era tomado de la Sagrada Escritura.

Reflexiones de Estudiantes

"Descubrimos que las personas que usan la Sagrada Escritura tienen interés en ella . . . y las que no la usan casi siempre mencionaron que les interesaría conocerla."

"¿Indica una despreocupación de los sacerdotes por tomar en cuenta a la Biblia misma en la educación religiosa?"

"¿La gente da más importancia a la comunicación oral en la actuación religiosa?"

"Nos dicen, al explicar que no usan la Escritura: "yo nunca leo la Biblia y creo que a todos los jóvenes les pasa lo mismo, ya que sólo es un libro más"; "tengo mucho trabajo"; "nunca he tenido oportunidad de leerla"; "me falta tiempo"; "no me ha interesado mucho"; "mi trabajo no me ayuda a frecuentarla más por el cansancio"; "no le veo importancia". Con estas razones aparece insinuada una gran barrera entre la Palabra de Dios y la vida ordinaria, la vida del trabajar, del dormir, del comer y del divertirse. Ven la Palabra de Dios como algo añadido a su vida, como un estorbo, como una cosa indiferente. ¿Es otro de los puntos interesantes de nuestra religiosidad? ¿De qué manera la palabra de Dios puede dejar de ser en nuestro ambiente sólo un estorbo? El mismo compañero, al fijarse en las razones propuestas por las personas que sí usan la Sagrada Escritura comenta: "Es gente en su mayoría del pueblo, gente sencilla, no sofisticada.

Es curioso ver cómo entra el factor emotivo: 'Le gusta', 'le han tomado sabor', 'les gusta mucho la meditación de algunos pasajes', 'la Biblia tiene muchas cosas bonitas de Dios'. . . ¿Nos puede dar una idea del tipo de religiosidad? ¿Es religiosidad de gustos y de sentirse bonito?

¿Contrastes católicos?

"Según esto" dice uno de los estudiantes, "creo que las personas tienen una concepción de la Biblia (¿y de toda la fe?) muy distinta de la enseñanza oficial de la Iglesia. Y esto nos debe preocupar. No siempre es igual la fe de hecho de las mayorías que la propuesta oficialmente en documentos de los Papas, de los Obispos y de los Concilios".

¿Contrastes cristianos?

16 personas también de la región de Tula, cristianas pero no católicas contestaron la misma pregunta. Evangelistas, Bautistas, Mormones, Pentecostales. Las 16 personas indicaron que sí usan la Sagrada Escritura constantemente. La leen, la estudian, la memorizan. "Se hicieron algunas entrevistas a gente protestante", comenta uno, "por la que yo hice me pareció que, en contraste con el uso de nuestros fieles, la usan, con provecho para su vida, los hace cambiar en su forma de actuar y de ver el mundo. Quizás tenemos que aprender de ellos por lo menos la diligencia para usarla".

¿Caminos pedagógicos?

"Nada ganaríamos si nuestra acción pastoral se enfocara sólo a darle publicidad a la Biblia o a detenernos en Círculos Bíblicos. Necesitamos buscar nuevos caminos pedagógicos tratando de que la vida religiosa, al igual que todos los aspectos de su vida, no sea tan dependiente de los que intentan ser sus maestros y guías. El problema no es nada más religioso. Sobrepasa esos límites y se extiende."

El Fruto de nuestro Trabajo: Una apreciación

"... Haber notado la escasez de la gente . . . hemos visto que aún hay que trabajar. Hemos encarnado lo que alguno de los Sacerdotes nos decía: 'no nos hemos interesado por explicar la Palabra de Dios, por hacerla comprensible'.

La Oración de Tres Estudiantes:

Señor, permítenos que al leer este artículo y a lo largo de nuestro peregrinar, nos demos cuenta con tu gracia del valor de tu Palabra, del valor operante que tiene para nuestra salvación. Ayúdanos a interiorizarla. Todo sea para encontrarnos contigo y en ti. Permítenos que al contacto con la Sagrada Escritura, tu Palabra, tengamos un encuentro con Nuestro Señor Jesucristo, y tu Espíritu Santo permanezca en nosotros".

LA SALVACION, DESAFIO HISTORICO

Raúl Vidales

Se ha dicho que en el primer hallazgo de América Latina, el tiempo fue testigo de "un choque de civilizaciones"; un enfrentamiento de dos mundos donde la desigualdad ontológica dio como resultado "la conquista" por un lado, "los conquistados" por otro. Significó el choque de dos "ethos", dos culturas, dos cosmovisiones, dos religiosidades.

Ahora, en el fondo de la actual coyuntura histórica vuelven a encontrarse, nuevamente en contradicción, dos mundos: el que sigue representando la civilización, la cultura, los valores, los elementos socio-políticos de los conquistadores, y el que es heredero de una raza colonizada, su mundo y su cultura. De hecho nunca han estado ajenos uno del otro; sólo que el momento presente denota "una hora de esencial hostilidad". En aquel primer tiempo hubo quien pudiera romper la determinación irreconciliable polarizada entre el "señor" y "el esclavo", no mediante una relación verticalista que en sí lleva una dinámica de distanciamiento, sino mediante una relación horizontal, en la igualdad y en la alteridad. Se dieron los testigos de la trascendencia; los manifestadores del poder del Espíritu que supera toda carne. Un las Casas, Montecinos, Pedro de Córdoba pudieron romper esta determinación. Fueron "los profetas" de Dios para los pobres, los indios. Más allá de todo sistema, cualquiera que fuera su denominación, surgieron los carismáticos con sentido de la persona del pobre, de su cultura y de su historia.

Dentro de una perspectiva de globalidad histórica esta proyección concreta es la única que ha podido romper el hechizo predeterminante de una raza en cuyo destino pesa el estigma de haber "nacido para ser esclava". Asimismo es la única opción como constatación histórica que ha podido romper la perspectiva de una totalidad cerrada.

Nuestros pueblos vuelven a constatararse sumergidos en el desafío de volver a ser conquistados, o de llegar a la con-

quista de la propia personalidad histórica. La dialéctica entre "el señor" y "el esclavo" vuelve a agudizarse con perfiles de coyuntura decisiva. Y nuevamente han empezado a surgir las presencias históricas, que bajo los signos carismáticos de la originalidad judeo-cristiana, vuelven a romper el hechizo de una polaridad irreductible, hacia nuevos horizontes de realización, de comprensión y de sentido.

Este rompimiento se da fundamentalmente como una acción histórica global a nivel de "experiencia" concreta, de visión, de sentido e intencionalidad, de reflexión y de práctica-práctica. Es una nueva totalización donde "el pobre" vuelve a ser el predilecto y, por tanto, el criterio de una acción verdaderamente histórica desde la perspectiva y sentido de la fe. Los dominios del prójimo se convierten para el creyente en la primacía del Espíritu y de su acción liberado-

Un nuevo "choque de culturas".

Querámoslo o no, el hecho es evidente. Somos protagonistas del enfrentamiento de dos modos de sentir, pensar, contemplar y entender al hombre, su mundo y su acción en la historia. Dos maneras de concebir y realizar el destino y la historia del hombre. Dos maneras de vivir la dimensión histórica de la fe y su compromiso mundano; dos maneras de realizar los valores del Reino. Y aunque se pudiera ensayar una tipología dentro de una matizada gama de posturas teóricas y prácticas, tenemos que llegar a un elemento diversificador que está actuando desde dentro del mismo proceso histórico, sin que deje lugar más que a una disyuntiva cada vez más evidente: la determinación por un cambio histórico radical y verdaderamente nuevo, o la permanencia dentro del mismo sistema que domina el actual momento histórico. Podríamos decir que este elemento está caracterizando a las dos nuevas culturas.

Por otra parte, es evidente que los "reformismos" y "tercerismos" encuentran fácil acomodo. Cualquier acción obedece a una teoría, a un modo de pensar y éste, de hecho, o se declara por un cambio de sistema o se define por él. Frente a esta perspectiva caen por tierra las falsas ilusiones de apariencias de cambio, cuando en realidad se profesa y se realiza sólo una "movilidad" lineal dentro del mismo estado de cosas.

Las implicaciones históricas, concretas, de este planteamiento redoblan la problemática y las opciones manifiestamente conflictivas se vuelven insoslayables. Porque la cultura es parte y producto de un "status" determinado y bien definido, la cuestión fundamental aparece con toda su crudeza: o mantener y perpetuar un "determinado status quo", o definirse en globalidad y estructuración procesual, por su cambio radical.

Es claro que esta problemática abarca a la totalidad. De hecho la voluntad eficaz de cambio se está dando más allá de las fronteras de las iglesias establecidas, tal vez con mayor originalidad y significación que dentro de ellas mismas. En todo caso, este fenómeno ha penetrado abiertamente dentro de los grupos creyentes; de aquí que los cuestionamientos, las opciones y todas las formas concretas de la eficacia, se vuelvan cada vez más angustiantes. Consecuencia también directa lo son nuestras teologías y nuestras acciones pastorales. O se definen por una "ética del cambio", o por una "ética del orden"; o son "reformistas" y "desarrollistas" o son liberadoras. Aquí es precisamente donde radica la originalidad de la Teología de la Liberación, en su definición por la "ética del cambio", para asumir su específica función eminentemente crítica, conflictiva y provocadora. Diríamos, ¡"profética"!

La originalidad cristiana.

Dentro de esta polaridad el cristianismo mantiene su aporte original. Pero la verdadera originalidad del aporte cristiano sólo puede ser entendido de una manera eficaz, por la perspectiva de la "unidad histórica" de un único proceso histórico. Bajo la concepción dualista de la historia no queda más remedio que a-historizar la salvación. Es volver a asignarle a la fe su propio proceso "privado" que camina paralelamente a la historia profana.

No existe revolución sin teoría revolucionaria, dice la historia de la política; como tampoco puede existir teoría revolucionaria sin "praxis", ni ambos sin proyecto histórico. De aquí también que si se quiere optar por una "ética del cambio" hay que reinterpretar la originalidad del judeo-cristianismo.

Lo verdaderamente importante es que esta reinterpretación se ha presentado primariamente como vivencia experiencial; y esta nueva vivencia ha traído como consecuencia una nueva concepción de la salvación y de sus categorías.

La originalidad cristiana está precisamente en la "historización" de la salvación. Jesús es su expresión y concreción suprema. Dentro del cristianismo todas las categorías de salvación adquieren una dimensión eminentemente histórica.

Bajo esta perspectiva la primacía la ocupa la única "historia universal", la historia global de los hombres y de su mundo; éste queda constituido como el lugar primario donde Dios realiza su salvación. La totalidad es vista como un único diseño de creación y redención en Cristo. Así, vuelve a tener primacía la visión bíblica que enfatiza la omnipresencia del misterio de Cristo a lo largo de toda esa amplia y única historia evolutiva. Todo es historia de salvación de hecho porque en todo late el hecho crístico, aunque posteriormente sólo para el creyente bajo la óptica de la fe aparezca la ligazón salvífica entre los hechos concretos y la dimensión de gracia. "La historia de salvación 'particular' (Israel-Iglesia) debe ser entendida esencialmente como un servicio en el mundo y para el mundo. No tiene en sí misma, esto es, la convergencia sobre sí misma, su finalidad. No hay ninguna posibilidad de definir la misión específica de la Iglesia a no ser en el contexto de esta diaconía en el mundo y para el mundo".

Sin duda que éste es el sentido profundo de que la Iglesia es "sacramento de salvación". Por esto mismo, la Iglesia como tal, jamás podrá dejar de ser "pequeño resto" en medio de la multitud. Será siempre un pequeño instrumento esencialmente referido al mundo que define su misión de servicio. Y su poder le vendrá originalmente no de su adecuación y maridaje con los poderes temporales, sino de su permanente apertura y fidelidad al Espíritu de Dios que la habita. Así, la impotencia, como máxima expresión de la pobreza, será constituida dentro del cristianismo, el terreno privilegiado y la condición necesaria para la manifestación del poder de Dios.

La Iglesia deberá presentar esta misión de servicio con toda su originalidad, o pierde irremediamente su poderío, y su misión quedará fuertemente mediatizada por las vías políticas y diplomáticas de los roles humanos. Y su originalidad estará fundamentalmente en concretizar bajo formas históricas la salvación; es la garantía esencial de la profecía. Necesariamente su potencia profética tiene que ser avalada por la dimensión histórica de sus categorías de salvación; es decir, su apertura hacia la trascendencia y la escatología, alcanza su justificación más profunda en su compromiso con el proceso histórico concreto.

En la corriente interna de la acción concreta de esta "originalidad" se mueve una nueva o renovada visión del hombre y de su acción en la historia, un nuevo entendimiento del mundo y su devenir. Y así, la originalidad cristiana está en concebir a Dios como actuante en la historia; el Dios cristiano es un Dios "provocante" desde dentro de los procesos concretos y bajo las formas históricas constituyentes. Continuamente está interpellando a través de desafíos bien explícitos, bajo dimensiones de procesos culturales, socio-económicos y políticos; todas estas circunstancias que rodean al hombre quedan constituidas en "signos" a través de los cuales el creyente puede escuchar continuamente la interpellación profética de Dios. Esta visión apunta fuertemente a desprivatizar también la vocación cristiana hacia "la conversión". Bajo esta nueva óptica la conversión cristiana supera los límites de lo puramente individual, con

también la interioridad colectiva o comunitaria. No es vista como la conversión hacia un Dios de la conciencia. Primordialmente la conversión cristiana tiene que ser a un Dios "que se ha hecho historia" y ha llenado de contenido histórico la salvación. Por lo tanto, convertirse a Dios, es lo mismo que convertirse a la historia, es decir, a un Dios que trabaja su salvación en la historia desde dentro. Aquí está precisamente la vocación revolucionaria del creyente. Esta es su tarea: manifestar con renovada potencia y eficacia que estar convertido a Dios, es estar convertido al hombre en su propia historia. Manifestar la conversión a Dios, es lo mismo que darle primacía al prójimo. Pero un prójimo que está como "hombre de sus circunstancias"; perfectamente enmarcado y condicionado en un contexto que no lo dejó ser. En condicionamientos radicales económicos y políticos tan decisivos en su destino que prescindir de ellos es lo mismo que propugnar una salvación ineficaz. Y es aquí donde las categorías de salvación —éxodo, libertad, fraternidad, amor, etc.— son esencialmente revolucionarias porque rompen con toda apariencia de salvación. La salvación cristiana no es reformista ni desarrollista. Y la única forma de mantener toda la validez de su esperanza en la consumación definitiva, es hacer eficazmente la salvación en el presente.

Esto no quiere decir que el creyente pierde la dimensión de "transitoriedad" de los modelos humanos. Al contrario, está bien convencido de que ningún modelo concreto podrá adecuar plenamente la edificación del Reino. Pero esto mismo es lo que lo convierte en un crítico de los sistemas, los desabsolutiza, los desmitifica; y cuando el modelo concreto es opresor del hombre, no le queda otro camino que romper hacia nuevos horizontes.

Salvación y ortopraxia.

La aceptación de esta óptica más allá de los meros enunciados teóricos (conceptuales), es lo que marca definitivamente las opciones de los creyentes cristianos. No entender las categorías de salvación (éxodo-muerte, resurrección-gracia, pecado— etc . . .) sin una necesaria y esencial connotación histórica, bajo dimensiones profundamente antropológico-culturales y bajo realidades y situaciones socio-económicas y políticas; y entender la salvación especialmente presente en los momentos históricamente densos por coyunturales y decisivos, obedece a una "conversión interior" eminentemente praxiológica.

Por tanto, si bien hay que decir que la salvación no se agota en la experiencia puramente económico-política, también hay que remarcar que aislar la salvación de las formas eficaces y concretas, es prácticamente dejarla fuera de la historia, y una salvación ahistórica se vuelve irrelevante para el hombre. Con esto, no se quiere afirmar la ineficacia de la salvación de Dios en sí misma, sino la frustración de la salvación a través de los creyentes constituidos en una comunidad cuyo único cometido es ser precisamente "sacramento de salvación".

Ahora bien, aceptar esta dimensión es aceptar la vocación insoslayable hacia la dimensión política, y por lo mismo, la vertiente política de la pastoral.

Lo sorprendente es que, mientras para grupos cada vez más amplios ésta es la única forma de hacer concreta la salvación, para otros es la única forma prohibida. Y lo más significativo aún, es que a nivel de palabras frecuentemente parece haber un consenso; se habla de "liberación" por ambas partes, así como también de "opción por los pobres y oprimidos", "la vigencia de un orden injusto que hay que cambiar", "el cambio es un signo de los tiempos", etc . . . pero de hecho las opciones que dan sentido a estas expresiones fonéticas o conceptuales, acusan dos vertientes radicalmente opuestas.

Por lo mismo, ya no basta hacer enunciados teóricos que pudieran dar la impresión de una postura revolucionaria; si estos pronunciamientos no se llevan hasta las formas concretas y eficaces para el hombre en favor del cual se propugnan, el mensaje liberador queda debilitado en su misma raíz.

No basta por lo mismo, seguir demasiado preocupados por la "ortodoxia" de unas "verdades" en sus enunciados teóricos. En realidad, para el hombre latinoamericano, la única verdad que representa importancia es la que tiene verificación concreta para él en cualquiera de los momentos de su proceso de verificación. Los enunciados de salvación que no buscan una realización praxeológica, se quedan sin la parte más importante de su verdad; la verdad de las categorías salvíficas está en la medida de su planificación eficaz para el hombre. Así entendida la verdad, no se enuncia, "Se hace". Y cuanto mayor congruencia exista (esto lo hace posible el creyente) entre su enunciado conceptual y su verificación histórica, más será su verdad para el hombre más su "ortodoxia". Mejor dicho, su "ortopraxia"

Tal es la acción salvífico-sacramental que no descansa tranquilamente en el "ex opere operato"; pero ni siquiera en el "ex opere operantis", sino en la verdad que sólo puede venir de la confabulación fraternal. "El oprimido tiene impotencia ontológica para liberarse a sí mismo" dice Freire. Necesariamente se hace urgente la acción del buen samaritano. Este lenguaje de misericordia eficaz es el que preserva de mentira a la salvación.

"Acción" y "eficacia" son las dos nociones que entran en la definición de la verdad. De esta manera la verdad "se hace" antes de enunciarse. "Enunciado teórico" y "praxis eficaz" se relacionan dialécticamente.

En todo caso, el creyente sabe bien que no busca la "eficacia tecnológica", sino la urgencia de la verificación concreta y porcentual de una salvación que Dios mismo ha querido llenarla de historia. Y, al mismo tiempo, la sana impaciencia, de que la salvación no quede reducida a "verdades", iuxtapuestas y ahistóricas.

La catarsis que se nos impone es salir sin más del mundo de una verdad que, separada, de la realidad, busca en ella su verificación posterior. Salir del "cielo de la verdad" para dar primacía a la verdad de la historia. Permanecer en el ámbito de la "pura verdad" conceptual, es dejarse aprisionar por los dogmatismos apriorísticos. Si la verdad es absoluta en sí misma, tiene su propia consistencia y no necesita de verificaciones fuera de sí misma, pero esta verdad es única. Por lo

tanto, si se quiere tener la verdad como la conquista del intelecto, autosustentable y sin necesidad de verificación histórica, esta verdad queda reducida a la cronofobia de intelectos ociosos. Pero esta verdad no es la salvación. Lo cierto es que en la práctica frecuentemente seguimos más preocupados por una "ortodoxia" de enunciados conceptuales, que por darles verificación concreta, es decir, por la ortopraxis.

Conclusión: Una fe sin obras, está muerta.

Todo desemboca hacia un replanteamiento y reformulación de la fe. En primer término se impone una "desprivatización" de la fe. Es decir, que será del todo necesario superar el ámbito de lo "puro y específicamente religioso" como campo privativo y exclusivo de la fe, para darle una profunda y vasta densidad histórica. Y en este caso, si el lenguaje de la fe madura con las obras, no se trata ciertamente de obras piadosas, y de actos de fe realizados en la interioridad del espíritu para aumentar la fe, sino de acciones en favor del prójimo oprimido. Obras eficaces en el proceso de liberación. Esta es la verdad de la fe; en otras palabras, es la dimensión de la fe verdadera. Por eso es necesario empezar de nuevo a ser creyentes, cada día y bajo las exigencias de los imperativos concretos, y no suponer fácilmente que se es creyente.

Esta afirmación, sin embargo, debe escapar de todo sabor dogmatista, porque es preciso tener en cuenta que la fe,

igual que la verdad, no se encuentra jamás químicamente pura. Por tanto, aquí "verdadero", no se contrapone a "falso", sin más, ya que en la vivencia concreta de la fe ambos elementos coinciden. Por eso la vocación hacia la conversión es permanente. Y el itinerario del creyente es ir haciendo cada vez menos "ambigua" la vivencia de la fe liberándola de toda mentira.

Podemos afirmar que la fe verdadera, históricamente, es aquella que "se hace verdad". Es decir, es "la fe como praxis". Y se hace verdad, cuando es históricamente eficaz para la liberación del hombre.

Así entendida la fe, no sólo tiene como objeto a un Dios trascendente, sino también a un Dios que se ha hecho historia y que actúa en ella su salvación. Ni es sólo el acto de asentimiento a unas verdades reveladas, sino también la conversión y el compromiso con estas verdades hechas históricas para el hombre. La verdad central de nuestra fe, es Jesús mismo que se hizo hermano de todos los hombres, bajo el signo de una paternidad común que hace posible la hermandad; por eso, la fe, es además, creer en el hombre y, creer en el hombre, es comprometerse con él. Esto mismo quiere decir que la fe no es neutra ni reformista, sino radicalmente crítica, conflictiva y cuestionadora de toda situación, estructura u orden que propicie, justifique o haga la esclavitud del hombre. Hacer de la fe algo inofensivo y neutro es precisamente sacarla de la historia, es negarle su eficacia para los hombres, es matarla.

Han trabajado en esta obra primeramente, los que vieron a Jesús, los que comieron y trabajaron con Él: Mateo, Marcos, Lucas, Juan, María Magdalena... Después, muchachos y muchachas del mundo obrero, un buen número. Nos cuentan con sencillez cómo viven con Cristo en

QUEREMOS VER A CRISTO

Cada capítulo consta de un trozo de la vida de Jesús, un hecho de vida obrera, una reflexión sobre ambos y una oración. El Señor está aquí, con los suyos y te espera.

Ejemplar: oferta \$ 10.00 —

EXIGENCIAS DE FE PARA EL HOMBRE EN EL EVANGELIO DE MATEO

José J. Castillo G., S. J.

Ante la libre y suave llamada de Jesús, paradójicamente, no hay más que un SI o un NO, definitivos, que comprometen la existencia humana toda y en toda su profundidad. Ante Él no se permite ninguna ambigüedad. Quien está indeciso no está con él; y quien no está con él está contra él. Está con él quien lo ha *afirmado* en su existencia y con su propia vida; pero a quien lo *niega*, Jesús lo negará ante el Padre

Palabra viva del Padre, Jesús penetra como espada de dos filos hasta el punto donde divide lo que es opción radical y definitiva por él y lo que sería opción por la propia concupiscencia. Jesús está y prevalece aun sobre los vínculos familiares más estrechos y aun sobre la propia vida. La opción por Jesús *nunca* se compagina con la actitud tan *espontáneamente humana* de no complicarse la existencia; de mantener las cosas como están, de *no moverle*; de conciliar puntos de vista, de solapar oposiciones entre Dios y Satán. Optar por Jesús es optar por la búsqueda y la adhesión constante y dinámica de la voluntad del Padre, manifestado en su Hijo. Esto nos arranca de todo pacifismo, de todo conformismo acomodaticio o aun cobarde; nos desinstala. El *Emmanuel* implica en nuestra existencia cotidiana un enfrentamiento contra todo lo que no es Él, contra lo que no es su voluntad.

Esto brota a la vista al dar sólo una mirada tranquila al Discurso Apostólico de Mateo. Pero es necesario que estas actitudes *exigidas* por Jesucristo en el Evangelio no sólo traspasen el telón de las pupilas e impresionen la retina de nuestros ojos, sino que traspasen el mismo *corazón*, la esencia misma de nuestra personalidad, e impresionen toda nuestra realidad, como una nueva luz que no sólo nos hace ver en su verdad la existencia, sino también como esa *nueva claridad* con la que nosotros mismos manifestamos esa Verdad al proyectarla sobre la acción en el mundo; con la que damos a todo su auténtica dimensión salvadora y de redención en Jesús.

Así intentaremos penetrar y ser penetrados por este Jesús que nos *exige* más una fidelidad absoluta a su persona, que una fidelidad radical a un catálogo de normas. Más que normas, o antes que ellas, *actitudes* profundamente enraizadas en nuestro ser. Este es el sentido más profundo de *exigencias*, captado en este primer acercamiento a Mateo, y el que nos irá guiando en este encuentro con el Señor del primer evangelio. Respuesta a la única y fundamental pregunta de nuestra existencia; ¿Señor, qué quieres que haga?

DOS CONSTANTES

En la historia humana nos encontramos con estas dos constantes: pecado y eficaz amor divino. Basta interiorizarnos un poco; volcar nuestra atención sobre la propia historia, para descubrir estas realidades bien encarnadas en el propio existir.

Para Mateo la confluencia de estas dos líneas constantes, en el interior libre de cada uno de los hombres, se llama fe; fe en Jesús. Fe —regalo del Padre— que, entre otros matices, resalta el de una confianza enorme y el de un abandono total en el poder de Jesucristo, en su amor y misericordia tan impactantemente mostrados en sus obras, en su vida. “Al punto Jesús, tendiendo la mano, asió de él y le dice: *Hombre de poca fe* ¿por qué has dudado?” (14,31). Pedro ha desconfiado de Jesús que le ordena venir a él sobre las aguas y por eso lo llama *hombre de poca fe*. En otra ocasión reprende a los Doce: ¿Por qué estáis con miedo, hombres de poca fe?” (8,26). Sin duda que en circunstancias como éstas el Señor tuvo que recordarles profunda y cariñosamente su amor tan especial hacia ellos; y lo que aparece expresamente en Juan: “No me han elegido ustedes a mí sino Yo a ustedes”. ¿Por qué, pues, dudan y desconfían de mí? Ni Israel, su pueblo, ni ninguno de nosotros ha sido elegido por méritos propios.

Como marco de referencia solamente y, simplemente dicho también, se podía afirmar que todo el evangelio de Mateo se mueve entre estos dos horizontes. El pecador es el destinatario absoluto, el beneficiario de la Encarnación, del Amor Eterno del Padre que nos ha sido dado en su propio Hijo, Jesús, "porque no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores" (9, 13b). Jesús es el Mesías que redimirá a su pueblo de sus pecados; el amor y la misericordia hecha carne humana, síntesis máxima que estas *dos constantes*, y condición única de posibilidad de que se dé igualmente en el interior de cada ser humano esta fe, que nos pone en el punto de partida para orientar, en adelante, toda nuestra existencia hacia el Padre Dios. Quien descubre estos dos polos en su propia vida y los acepta y acoge en el gozo de la salvación de Jesús, está en los umbrales de la conversión (4,17); se ha iniciado en lo más profundo de su ser el mismo proceso que se dio —tan lento— en aquellos Doce primeros compañeros, "*hombres de poca fe*"; que más tarde se gloriarían en dar testimonio del Jesús muerto y resucitado y de poder sufrir azotes y cárcel y persecución a causa de su Nombre.

EXIGENCIAS Y EXIGENCIA FUNDAMENTAL

Al hablar de exigencias para el hombre de la fe, entramos a un terreno donde pueden resbalarse todo tipo de ambigüedades. Para evitar un poco esto, hay que distinguir entre lo que podemos llamar más estrictamente *exigencias* y la *exigencia fundamental* de donde brotan todas las anteriores que aun podían ser codificadas en forma de *mandamientos nuevos del Señor*. Nuevos —por lo menos— en el sentido de actitudes profundas que subrayan más la interioridad del hombre, respuesta concreta al amor de una persona.

Esto —muy importante— nos ayudará a distinguir una actitud veterotestamentaria —cumplimiento fiel y externo de las exigencias de la Ley—, de la auténtica actitud cristiana, fruto de la libertad que Jesús nos entregó con su redención.

Puede ser muy frecuente en el cristiano actual una actitud, muy sutil por cierto, de Antiguo Testamento e incluso farisaica, en su esfuerzo por vivir el ideal marcado por la huellas del Jesús que vino a dar plenitud a la Antigua Ley. Fácilmente se traduce el espíritu de Jesús en normas —"exigencias"—, con cuyo cumplimiento se asegura una recompensa eterna. Sólo cambia un poco la letra de la ley, pero permanece el mismo espíritu y la misma actitud de un judío celoso de la Torah.

En esta actitud inauténtica *lo fundamental* parece que radica en el hombre y esencialmente depende de él mismo, pues en cierto sentido es creación suya. Algo externo a su propia realidad, como una medida con la que se debe parametrizar constantemente, en cada uno de sus actos. El ser mejor o peor, el ser más o menos, el sentirse realizado o frustrado dependerá; única y exclusivamente del mejor o peor, del mayor o menor cumplimiento de esta pauta de vida. Se podrá decir que es una pauta señalada por Jesús; pero se deberá caer en la cuenta también, de que así se reduce a Jesucristo a un simple legislador —gran innovador indudablemente—, extraordinario; pero nada más. Realidad

pasada, histórica, definitivamente muerta e inoperante en el aquí y ahora del cristiano actual. A lo más, en otras actitudes menos extremas, se llegará a hacer de Cristo un ser poderoso, capaz de hacer vivir con perfección todo este código de "exigencias". Y en esto —sólo en esto— estaría la perfección, el ideal de la existencia cristiana.

Así, pues, con este espíritu farisaico, podíamos hacer una recopilación de citas del evangelio de Mateo, donde aparecieran las exigencias impuestas por Jesús a todo el que quiera seguirlo y, no obstante, empezar a vivir como un levita. Para éste la Ley es la compilación fiel de todas las normas y mandatos en que expresamente revela Yahveh su voluntad, lo que su pueblo quiere que viva, sobre todo en el momento privilegiado de la Alianza, en que El mismo le entrega el Decálogo escrito en piedra. Para el cristiano la Ley —si así se pudiera llamar sólo por contraponer— es la persona misma de Jesucristo, real, vivo y actuante hoy día; vivo en lo más interior de la única e irrepetible vida de cada ser humano; vivo en la Iglesia; en la realidad toda del mundo asumida por él en la Encarnación. Como toda persona y más aún, como humano-divina, como Dios, es metafísicamente inagotable, inasible, irreductible absolutamente a categorías humanas, incaptable en sentido absoluto, irreductible a normas o preceptos exclusivamente.

La *medida o parámetro* al que habría que estar haciendo continua referencia —también sólo para hacer la contraposición— sería; y así es, el Padre: "Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial" (5,48). Esto nos cambia radicalmente la perspectiva veterotestamentaria de santidad y de perfección. En el Levítico la santidad aparece sólo como una motivación: "Sed santos porque yo soy santo" (19,2) "serás perfecto delante del Señor tu Dios" (11,44). En Mateo, la comparación —"como"— está lanzando al cristiano hacia una meta que sólo se va consiguiendo en la marcha *in infinitum*, en Cristo, Camino de amor hacia el Padre hacia el Amor viviente. El hecho mismo de colocar Mateo este "sed perfectos" al final de sus antítesis al A.T., nos está indicando que dicha perfección no es fruto ya, del mero cumplimiento de la Ley, sino de algo más, mucho más. Se trata de algo previo a cualquier cumplimiento, a la misma confección de cualquier reglamento; se trata del punto de partida previo a cualquier exigencia, previo a poder hablar, incluso, de una ética cristiana —podría llamarsele *exigencia fundamental*. Se trata de un espíritu dinámico e inspirado que va a orientar el camino de cualquier exigencia; se trata de un encuentro personal previo a todo, de una relación íntima en la que se ha dado como un chispazo inicial —predefinitivo— el verdadero amor interpersonal, y una respuesta primaria nacida de la incondicional entrega. Algo que contravierte definitivamente la concepción religiosa tradicional hasta entonces.

De este punto de partida se camina esencialmente hacia Dios en el espíritu de la verdad profunda del ser humano sintetizada en la infinita Verdad; sin más andamios que la fe, el amor, y la esperanza en el Padre, hacia donde por Cristo y por Cristo nos dirigimos. Algo tan profundamente definitivo que llega a fundamentar una totalmente nueva

concepción de la realidad, de la existencia toda. Un cambio que, a pesar de darse en el tiempo y como punto de partida, no es solamente momentáneo sino toda una orientación determinada hacia Dios y por Dios.

Esta conversión en el amor y nacida de él mismo es la única condición de posibilidad para poder hablar después de exigencias, de ética o moral cristiana. Enfoque nuevo que amplía el horizonte cristiano, síntesis entre ley y libertad o libertad planificadora de la ley nueva o *nueva actitud ante la existencia* que nos ha entregado Jesucristo. La exigencia será, en el camino de realización de la vida humana, no el cumplimiento de un código de normas sino la entrega incondicional y absoluta a una persona que presenta, inspira y promueve un ideal por alcanzar día a día: El mismo, Jesús. La exigencia fundamental se convierte, pues, en este vuelco del corazón, de todo el ser del hombre, de lo más profundo de su realidad. Exigencia que naturalmente conlleva toda una serie de actitudes que tienen que irse proyectando y realizando en la vida diaria. Sólo hasta entonces se puede empezar a hablar de exigencias evangélicas del Señor. Sólo hasta entonces se está en posibilidad de entender y empezar a vivir con autenticidad el Sermón de la Montaña, como meta primera y última, como meta de hoy y del futuro, como camino hacia el Padre; camino que parte y cuenta también con nuestra realidad auténticamente libre y limitada en todos aspectos. Sólo entonces se estará trascendiendo y superando la justicia de los escribas y fariseos. Entonces entrará de lleno en juego, la obra redentora del Padre en Jesucristo. Obra de amor, que ha querido participar de nuestra naturaleza, de una manera plena, conllevando con nosotros la misma existencia, superando con nosotros y desde nosotros el pecado que hemos hecho brotar en el mundo. No ha asumido él solo toda la obra y la responsabilidad. Nos ha hecho uno con él, pero no ha aniquilado ni por un momento nuestra identidad personal libre. Por eso podemos seguir hablando de *exigencias evangélicas*, de exigencias concretas, de auténtica moral cristiana.

TU AMAS LA VERDAD EN LO INTIMO DEL SER

"...mas tú amas la verdad en lo íntimo del ser" (Sal. 51,8a).

Mesías es correlativo de pecador. Es precisamente el pecado, el hombre pecador —más estrictamente—, quien ha

provocado una reacción infinita en el *corazón* del Dios Amor. Y nos dio un salvador en su Hijo Jesús. Ningún pecador es rechazado por él —antes todo lo contrario—, sino aquellos que, ante él, no han reconocido la verdad interior de su realidad: "gracias te doy porque yo no soy un pecador como los demás". En verdad no es Jesús quien los rechaza sino ellos mismos los que se han cerrado y han puesto un cerco a cualquier posibilidad de aceptar la salvación, porque su corazón está bien puesto en el cumplimiento de sus propios preceptos y porque han puesto la perfección en esto. Única actitud fundamentalmente adversa a Jesucristo e impermeable a su palabra de salvación. Actitud cuya resultante está orientada hacia el hombre mismo.

"Ay de vosotros escribas y fariseos, hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del anís y del comino, y descuidáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe" (23,23). "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los cielos! Ni entráis vosotros ni permitís entrar a los que querrían entrar" (23,13). "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; en vano me rinden culto, enseñando doctrinas que son preceptos humanos" (15,8).

El pecado mismo viene a ser, pues, por la redención de Jesucristo, un valor negativo que cambia de signo cuando el hombre se abre al Señor, aceptando la íntima verdad de su ser, de su pecado, de esta realidad actuante en la vida propia. "Porque no es sacrificio lo que tú quieres; si te ofreciera un holocausto, no lo aceptarías. Mi sacrificio, ¡oh Dios! , es un espíritu contrito. Un corazón contrito y humillado, ¡oh Dios! , no lo desprecias" (Sal. 51,18s) Cf Mt 9,13. El pecado viene a iluminarse bajo esta perspectiva, y a tomar su auténtico significado en la vida del cristiano. Viene a ser algo así como el punto de partida para llegar a esa nueva concepción de la existencia humana; para llegar a esa orientación total y definitiva de la vida hacia Dios, libre de toda atadura; incluso del pecado, que ya ha sido superado y asumido en la redención y aceptado en lo más profundo del hombre mismo. Esto hace ver con una nueva luz nuestra participación en ese acto fundamental posibilitado sólo por Jesús. Esto mismo es obra del Señor, en la cual sólo tenemos que sumarnos a partir de esa aceptación libre de nuestra verdad: Pecado-Cristo. Pecado trascendido definitivamente en Jesús y en nosotros, gracias a él.

suscríbese a **Christus**

Y REFLEXIONE CON NOSOTROS SOBRE DIVERSOS TEMAS TEOLÓGICOS.

Suscripción Anual \$ 60.00 - Dls. 5.00

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C.

Donceles 99-A
México 1, D. F.

Apartado M-2181
México 1, D. F.

Orozco y Berra 180
México 4, D. F.

Esta conversión o *cambio de mentalidad*, presentada muy de paso, viene a ser, pues, la *exigencia fundamental* del auténtico creer. No es tan fácil de afirmar que se tiene fe en Jesús; auténtica fe cristiana. Ya que esta misma conversión no es un cambio puramente emotivo o intelectual sino operante y cuyos frutos se manifiestan principalmente mediante las actitudes profundas que guían cada uno de los actos cotidianos: Filial obediencia a los designios de Dios manifestados en el correr ordinario de la existencia; confianza absoluta a esta voluntad; fe operante; ¡Vida! Vida orientada toda por Dios y hacia Dios, hasta en los mínimos detalles. En este proceso que se prolonga día a día, momento a momento, entra de lleno el espíritu y la técnica del *discernimiento* ignaciano. Así se llega a descubrir la voluntad del Padre. Entonces esta misma voluntad, más que ley, resulta un *imperativo* que, en este contexto de conversión, nos resulta mucho más exigente. Justicia que sobrepasa la Ley: JESUS MISMO. Ya no seremos nosotros, sino Cristo quien empieza a vivir en nosotros.

ALGUNAS EXIGENCIAS CONCRETAS

Una primera *exigencia* la podemos sacar de las tentaciones: Ser conducido por el Espíritu hacia el total y exclusivo sometimiento a la voluntad de Dios.

Jesús, al final de las tentaciones, en el evangelio de Mateo, aparece como el modelo de esto. Dicha búsqueda y adhesión —espíritu— vivida de ésta manera, marca definitivamente la orientación y la total realización de Jesús, a lo largo de todo el evangelio: Cristo preocupado y entregado únicamente a la adoración, al servicio y a la voluntad del Padre. Su mesianismo nunca será de otra manera de como quiere el Padre. Por eso no hay *aparato*, ni bongo y platillo, ni asomo de exhibicionismo alguno, ni abuso de poder "mágico", ni manipulación de Dios por medio de ritos o palabras; ni siquiera grandes seguimientos ni conversiones masivas, ni poder político ni gloria. El único poder y gloria de Jesús es y está en la cruz. Esta ha sido la voluntad del Padre, esto acepta, y esto hereda a su Iglesia y a cada cristiano. Todas sus respuestas al tentador son búsqueda y aceptación de la voluntad del Padre; movimiento de su libertad que busca el total sometimiento a la voluntad del Espíritu.

Otra exigencia muy clara brota del espíritu de las Bienaventuranzas tomadas en conjunto o singularmente. Todas y cada una de ellas, más que a preceptos morales o normas, se refieren a un espíritu o actitud vital que ciertamente condiciona la entrada al Reino. Se trata de la justicia que Cristo viene a enseñarnos y que identifica, en el verso once del mismo capítulo, con él mismo.

El espíritu de la primera bienaventuranza puede sintetizar esta nueva exigencia así: Profunda y viva conciencia de que se es miserable, ciego, desnudo, ante Dios; y de que se tiene necesidad de todo, que no se tiene nada. Se trata del hombre que se inclina ante Dios y que confía radicalmente en él; todo lo espera de él. Humildad del hombre que se reconoce indigente ante Dios. Los mansos y los que lloran se identifican con estos humildes-pobres.

Esta actitud del pobre de espíritu, vivida con autenticidad, no puede menos que llevar a una verdadera "hambre y sed de Dios", que Mateo identifica con la justicia —"hambre y sed de justicia". Esto anterior orientará totalmente nuestra existencia hacia Dios, purificará nuestro corazón de todo otro objetivo que pudiera desviarnos del camino hacia el Padre, en nuestra entrega a él. Estos son los limpios de corazón. Este fundamental *estar bien con Dios*, deseado ansiosamente y buscarlo en todo, produce la verdadera paz interior ante el Señor y con los hombres. Paz que todo cristiano está obligado a construir en el mundo. Finalmente, a todo seguidor del Evangelio, se le pide una actitud positiva, incluso de gozo, regocijo y alegría ante la persecución y los insultos por razón de esta búsqueda de Dios en las relaciones con los demás y con El mismo.

Todo cristiano, con estas actitudes, debe hacerse operante, y ser quien dé sentido a la existencia intramundana. Y ante esto tiene que estar en constante vigilancia, ya que puede perder o ir perdiendo esta energía transformante que debe dar sabor a la vida humana. No se trata tanto de hablar o anunciar la Buena Noticia del Reino, cuanto de —además— dar testimonio de ella con la propia realidad.

Las *Antítesis* (5, 21-48) son un ejemplo más de que para Jesús el precepto es el brote espontáneo de una nueva concepción de la existencia, del hombre nuevo. No se trata de ningún imperativo categórico, sino de una ley que brota igualmente del individuo convertido. Los ejemplos como sacarse un ojo o cortarse un brazo o poner la otra mejilla cuando se recibe una bofetada y dar hasta el manto cuando quieren quitarnos la túnica, etc., se refieren a actitudes que deben surgir de esta auténtica vida cristiana, entendida y vivida como el mismo Señor. Así, por ejemplo, la veracidad radical del cristiano que no necesita de reforzar sus afirmaciones con juramentos; la actitud de amor y perdón hacia todos, porque son hijos de Dios. Para el cristiano vale más arriesgarse a perder todo y quedarse pobre, que cerrarse y negarse a ayudar a un hermano suyo. "Al que te pida, dale". Lo importante es mantener la cordialidad y la paz —hacer la paz— con todos los hermanos, con todos los hombres, sin ninguna distinción.

El punto más importante de esta nueva concepción de la existencia es el AMOR AL PROJIMO. Esta antítesis final explica y sintetiza a las cinco anteriores. Esta concepción cristiana de la vida, fundada en la igualdad de todos los hombres ante Dios trasciende el mismo derecho natural.

La conciencia, profundamente viva, de nuestra limitación, del mal —amalgamado en la existencia humana—; y la firme confianza en el amor operante de Jesús, hacen estallar en la fe, como un cohete de luces, la oración del Señor, la oración de todo cristiano. Momento existencial, cumbre es el que el hombre supera y trasciende su misma realidad: el pecado; donde el espíritu y la carne se hermanan y se fortalecen para vivir, unidos en el Padre, por el Espíritu, el nuevo mundo de Cristo. En esta cúspide, el hombre habrá asegurado la batalla decisiva; habrá asegurado la actitud fundamental que supone y promueve las demás actitudes exigidas por Jesús en todo su Evangelio.

Todas estas exigencias, la conversión misma, y todas las que podemos encontrar en Mateo —visto bajo esta perspectiva— no tendrían ningún sentido si no se proyectaran y si no se fundieran en el crisol de la existencia concreta de nuestra Iglesia de hoy. El primer evangelio deja bien clara esta dimensión tan importante en la actualidad (Cf. 10, especialmente 40-42).

Dios llega a los hombres a través de Cristo y de los hombres enviados por el mismo Salvador. El hombre es convertido, así, en colaborador de la obra redentora. Dios se humilla hasta ponerse al nivel de los mensajeros; se encubre con palabras y hechos humanos. Cuando la fe no se escandalice de los senderos tortuosos de la actividad humana; quien no rasgue sus vestiduras ante el misterio de la redención, encarnado, vivo, real y actuante en la realidad —esta— de la Iglesia; tan limitada, en lo que tiene de humano, como el mismo hombre, ese "quién", cristiano, tiene una fe sólidamente fundada en Jesús. En éste, el Espíritu de Jesús —que no ha rechazado el cáliz sino aceptado la voluntad del Padre—, se habrá empezado a hacer vida.

CONCLUSION

Ahora es el Espíritu quien está llevando adelante a esta Iglesia que vino a plantar Jesús, como un arbolillo, y que enseñó a los Doce y sigue enseñándonos lo que no entendieron y seguimos sin entender de Jesús; quien va orientando, animando, reforzando, cultivando, las actitudes necesarias para vivir a fondo todas estas exigencias del Señor. Es él

mismo quien nos va llenando de energía para ir a los demás. para realizar en ellos, como fue el deseo de Jesús, esta doctrina y este Reino que nos ha entregado.

Para nosotros, en el Cristo Resucitado, las exigencias de que se pueda hablar, nacidas de este amor incondicional a él, solamente tienen su sentido profundo y auténtico cuando se proyectan hacia nuestros hermanos, quienes definitivamente son el mismo Cristo, su Iglesia. Solamente en ellos y por ellos —así entendido— tienen su razón de ser y su sentido y su misma motivación y estabilidad y constante permanencia. Sólo por mi hermano que sufre y tiene hambre tiene sentido dejarlo todo para seguir a Cristo. Sólo por ellos, para poderles llevar lo único que puede salvarlos, se corta con todo, se espera de todo, se cambia lo que sea, se relativiza todo con tal de tener al Señor y poderlo comunicar y dar a otros que lo necesitan. Y mientras siga existiendo un Cristo así, mientras siga siendo así, yo tengo mucho que hacer, y no necesitare de ninguna coacción, como ningún padre ni ninguna madre necesitan de ningún código para deshacerse en cuidados por cualquiera de sus hijos.

Y mientras mi realidad, mientras nuestra naturaleza humana siga siendo como es, como fue la de aquellos Doce, tendré mucha oración que hacer. Oración que sintetice mi pecado y el amor eficaz que el Señor Jesús me ha mostrado y me irá haciendo sentir con mucha mayor profundidad. Esto llamaría, ahora, FE, y esta sería, por hoy, la única exigencia. Unica exigencia que quisiera calara hasta lo más profundo mi realidad humana.

SAGRADA BIBLIA

Edición manual

PP. Pedro Franquesa y José María Solé,
Misioneros Claretianos.

Introducciones y notas:
Pedro Franquesa.

Con abundantes originales fotográficos a todo color del Archivo bíblico de la Abadía de Montserrat (Barcelona)

La presente edición reproduce exactamente, en lo que se refiere al texto bíblico, la edición conocida por Biblia Regina de BOLSILLO, de gran difusión en todos los países de habla española. Las notas y la mayor parte de las introducciones han sido preparadas expresamente para esta edición MANUAL.

Ejemplar \$ 58.35 — 5.25 Dls.

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C.

Donceles 99-A
Orozco y Berra 180

México, 1, D. F.

Apartado M-2181

RASGOS DEL VIVIR CRISTIANO

Alfonso Castillo, S. J.

Introducción

Ya en el pueblo de Israel se presenta el conflicto de la ley natural y la ley mosaica. Con Jesús, ha entrado al conflicto un tercer elemento, la ley evangélica. Son muchos los problemas que suscitan, estos tres aspectos de la gradual revelación de Dios al hombre. Entre ellos; la relación de naturaleza y gracia, la salvación fuera de la Iglesia, la practicabilidad de la ley evangélica y su permanencia constante a través de las cambiantes circunstancias del mundo contemporáneo. Aquí reside el planteamiento de base del cristianismo.

Presupuestos paulinos.

Para muchos resulta desconcertante lo que Pablo escribió a los Romanos. 'En efecto, cuando los gentiles, que no tienen ley, cumplen naturalmente las prescripciones de la ley (mosaica), sin tener ley, para sí mismos son ley'. (2,14). ¿Qué quiere decir? ¿No tiene significado peculiar la ley mosaica? ¿Y consecuentemente, tampoco la ley evangélica? Porque Pablo aceptó que el que siendo físicamente incircunciso, al cumplir la ley, 'te juzgará a tí, que con la letra y la circuncisión eres transgresor de la ley', (Rom 2,26). ¿Un gentil juzgar a un judío? Tengamos presente que la comunidad romana estaba compuesta por judíos y gentiles convertidos. El espíritu de los judíos ponía una

orgullosa —explicable— confianza en la ley. Ya en Galacia, algunos judíos convertidos afirmaron que no podía uno salvarse si no practicaba la circuncisión. El apóstol no pretende negar el valor propio que tuvo la economía antigua, centrada en la ley de Moisés. Pero con toda claridad dejó asentado que se trataba de una economía provisoria en el conjunto de la historia del hombre. Permitió conocer la voluntad de Dios, pero también la incapacidad del hombre para llevarla a cabo. Careció de esa fuerza motriz, de esa capacidad de vivificar, pues 'si de hecho se nos hubiera dado una ley capaz de vivificar, en ese caso, la justicia vendría realmente de la ley'. (Gal 3,21). Ese era el orden de la economía veterotestamentaria. ¿La economía neotestamentaria podrá aplicar con sentido recto ese principio paulino? Porque los no cristianos, al cumplir naturalmente las prescripciones de la ley, sin tener ley, son para sí mismos ley. 'Pues no está en el exterior el ser judío, ni es circuncisión la externa, la de la carne. El verdadero judío es en el interior, y la verdad era circuncisión, la del corazón, es según el espíritu, no según la letra'. (Rom 2,27).

El problema se centra en este trabajo en el *sentido de ser cristiano y su actuar en el mundo y en la historia*. ¿Va la pena tomar el camino que Cristo siguió, de la cruz y muerte de la kénosis, si es posible recibir la salvación, porque es un don, viviendo una ética natural?

El contenido básico de la revelación cristiana.

Fuera de duda está considerar que *la presencia de Dios en el hombre, en su mundo y en su historia*, es el hecho cristiano fundamental. Dios ha querido comunicarse lo más personalmente posible. Por esto aceptó ser uno de nosotros. Cristo no simboliza lo que Dios ha querido hablarnos. El mismo es la palabra de Dios. Esta irrupción de Dios en el universo es el pilar de la fe cristiana.

Si analizamos esta realidad, Dios que se encarna en el tiempo, quizá podamos vislumbrar la característica esencial del actuar cristiano que posteriormente concluiremos. En el sermón de la montaña, San Mateo nos refiere unas palabras de Jesús, que nos pueden aclarar los presupuestos de la decisión divina. Después de afirmar que El mismo es el cumplimiento de la ley, dice: 'porque yo les digo que si su justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entrarán en el Reino de los cielos', (5,20). Esta frase manifiesta una revelación grandiosa. No expresa sino lo que Dios, como anticipación y realidad, ha hecho. Por nuestra infidelidad, Dios pudo juzgarnos con la justicia humana. Hubiéramos sido condenados. No habíamos siquiera hecho el intento de responder a la ley que la conciencia nos manifestaba. Habíamos hecho ídolos que perecen. Pero Dios en cambio, empieza a darse a conocer como Padre. No es el juez despiadado, que esclaviza con la ley. Es un creador amoroso. Esta realidad es la que posibilita la redención misma. Dios es el siempre más grande que nosotros. Su encarnación nos testimonia.

El rasgo peculiar de este aproximarse de Dios a nosotros es que su justicia no es igual a la de los hombres. La justicia divina es mayor que la justicia humana. El Dios de la revelación sigue la ley del más, del mayor, de lo *abundante*. No es un administrador de viña que hace cuentas matemáticas. No es el comerciante en una sociedad de trueque. Es el amante que no pregunta. Da. Hace lo superfluo. Es extremadamente delicado y generoso. En el evangelio encontramos diversos textos que pretenden confirmarnos. Nuestro Dios es un Dios generoso. La parábola del Hijo pródigo y la del siervo cruel ejemplifican con toda claridad esta actitud divina.

Sin embargo, existe algo aún más claro que estas parábolas. Ellas no son sino símbolos, culturalmente adaptados al juicio de entonces. Símbolos que pretenden representar una realidad. Esta realidad, es, existió en un momento histórico la generosidad del Padre se expresó plenamente en Cristo, momento que se prolonga hasta nuestro hoy; que posee un sentido retroactivo, que ilumina la historia global. Aquí yace la razón de por qué un cristianismo sin referencia a Jesucristo, carece de realidad, pues ha perdido su pilar vivificador. Porque el mensaje que Dios ha querido dar al hombre lo ha traído Cristo; más aún, Cristo es el don del Padre. Encarna palpablemente la generosidad del Padre. No se revierte del mensaje que el Padre le ha entregado, sino que él mismo es el mensaje. Pablo habla de Jesús como la revelación del Misterio, manifestado ahora. (cfr Rom 16,25).

Lo dicho hasta aquí puede resumirse así: *La justicia de Dios es la de la abundancia, la del amor sin límite*. Ya no

podremos llamarla en sentido estricto. Será generosidad, amor, donación. Esta generosidad aparece ya en los salmos y en la promesa de una alianza eterna. Toma forma y plenitud al encarnarse el Hijo. Ya no es una generosidad que se muestra en la oscuridad, poco inteligible. No cabe duda que en Cristo encontramos con luminosa claridad que el Dios esbozado en el antiguo testamento, es un Padre de bondad, Dios de todo consuelo. Es padre generoso, que se da a conocer, que se muestra en Cristo. 'Porque el que a mí me conoce, conoce también al Padre que me envió', (Jn 14,7). Este enfoque puede ser el punto de partida de un existir en el mundo, habiendo recibido del Padre una vocación.

La existencia en el mundo.

A partir del ser de la revelación cristiana, delimitado en la primera parte, podremos marcar el camino del hombre, su actuar en el universo. Como consideración previa, es importante dejar asentado que Dios nos ha llamado, hemos recibido una vocación por el hecho mismo de existir. Este llamamiento tiene sus condiciones para realizarse. Al colocarnos Dios en el tiempo y en el espacio, no quiso que fuéramos atemporales y 'espirituales'. Ha querido que nuestra existencia sea encarnada. La salvación ha sido ofrecida a la humanidad; más aún, al redimir al hombre, la materia también ha quedado purificada. El hombre, realidad material-espiritual, espíritu encarnado, es el sujeto inmediato del Dios revelado en Cristo. Por esto, *la existencia cristiana se realiza en el mundo concreto*, en la historia breve y limitada de cada uno de nosotros. El cosmos es el lugar de la salvación. El que desaparece del mundo, el que permanece al margen del acontecer cotidiano, de los gozos y las esperanzas, de las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, es incapaz de recibir a Cristo y su salvación. Porque Dios se ha revelado para que lo conociéramos como hombres. La carne se vuelve así un instrumento de salvación. Más aún, es la condición que hace posible abrirnos a la palabra, en el plan concreto que Dios ha trazado.

Ya tenemos una condición: estar presentes en el hoy. Las otras dos condiciones las vamos a concluir del contenido de la revelación, analizado en la primera sección: Dios *dadivo* que se da a conocer *en Jesús* de Nazaret. He aquí los fundamentos de nuestro vivir en Jesucristo.

La ley de la abundancia será característica peculiar, indispensable en la conducta cristiana. Constituye ella un movimiento que no es sino el mismo dinamismo del amor humano. Porque sólo el amor es capaz de ir tras el más, tras lo superfluo . . . Rompe las barreras de lo justo hacia la auténtica justicia. Al narrarnos Jeremías las palabras de Yahvé, prometedoras de una nueva Alianza, 'pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré' (31,37), está preanunciando esta ley de donación, que únicamente un espíritu es capaz de realizar. Por eso, Ezequiel precisa que esa interiorización de la ley consistirá fundamentalmente en la comunicación del espíritu de Yahvé (36,27). Este espíritu, comunicado a nosotros en Jesús, será ese continuo superarse en la seguridad de que el espíritu humano no alcanzará en su historia algo definitivo. Esa tendencia, *agudamente*

percibida por muchos hombres, a un más, hacia lo trascendente, hacia lo ilimitado, hacia lo no finito, expresa la dinámica espiritual del hombre hacia afuera de sí mismo, en un amor que busca darse, sin jamás conseguirlo plenamente. La ley de la abundancia será la que permita aproximarse a impulsar este dinamismo hacia esa donación de sí mismo. El cristiano, consecuentemente, nunca podrá ser el hombre satisfecho. Deberá vivir en una búsqueda permanente para lograr una más plena realización de sí mismo en el amor. Estas líneas son las que nos permiten comprender por qué el cristianismo es una lucha insaciable por ser más, y no por tener más.

La tercera condición se encuentra ya implícita en la segunda, en la ley de la abundancia. La ley del más ha tomado una forma humana. No se trata de una utopía insensata. Es posible. *Cristo ha encarnado la vida humana como respuesta colmada, plena, a su destino.* Jesús ha querido mostrarnos lo que significa el amor a manos llenas, en la realización libre de su vida humana en servicio a su Padre y en adhesión íntima a El. 'Yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor', (Jn 15,10). El nos descubre en dónde está la auténtica respuesta del actuar humano. Ya no se trata de la imitación de un Dios lejano e inaccesible. La ética cristiana sólo podrá fundamentarse cristológicamente. Esto significa, en la existencia concreta, temporal de Cristo. Esos años de estancia en el mundo fueron guiados por la característica del actuar de Dios, por la ley de la abundancia. 'Yo estoy en medio de vosotros como quien sirve' (Lc 22,27). 'El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida (Mc 10,45). La conducta cristiana se verá pues, iluminada por esa existencia temporal de Cristo, y por la ley de la abundancia. Serán los dos elementos claves de vivir en Cristo. 'Seguir' a Cristo, ser cristiano, significará acercarse sin condiciones y sin programa, desnudo, como uno es, al Señor. No significará por tanto, adherirse a una enseñanza moral o espiritual, sino participar en su destino. Es decir, el seguidor de Cristo normará su vida sabiendo que él debe seguirlo hasta la cruz. No se trata de una posibilidad remota. La cruz es la ley de la abundancia vivida todos los días. Esto nos permite comprender que las frecuentes invitaciones de Jesús a ir en seguimiento suyo significan, por encima del sentido literal de las palabras, una adhesión íntima al Señor, un estar ahí donde El está.

Si seguir a Cristo es la norma concreta de realización humana en esta vida, aun se puede suscitar la pregunta de qué representa más concretamente esta frase. San Pablo habla de revestirse de Cristo, 'del hombre nuevo que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador (Col 3,9); de tener los 'mismos sentimientos que tuvo Cristo' (Fil 2,5). Lo que hace posible esto no es el abandono de bienes, el desprendimiento de lo material, sino la radical entrega de la persona, la disposición absoluta de uno mismo.

Ya nos estamos aproximando a la esencia del seguir a Cristo. Dijimos ya que no se trata de una percepción literal de las palabras que los evangelistas nos refieren, ni de un 'ir tras' servil, anónimo, pasivo, miedoso. Al contrario, seguir al Señor será un dinamismo activo, cargado de iniciativa y

de atrevimiento, que está en una búsqueda expectante. Se trata de oír, de escuchar, de alcanzar y apoderarse de la voz de Dios. La vida terrena de Jesús se caracterizó por escuchar y secundar la voz del Padre, pues 'mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra'. La vida del auténtico hombre se caracterizará por *hacer la voluntad del que nos ha creado y recreado.* Implica necesariamente, una conversión continua hacia una apertura del corazón, para una siempre mayor receptividad y disponibilidad.

Es cierto que el panorama de la vida en Cristo se presenta retador, desafiante, a veces, desalentador. El Señor lo sabía. Por eso, al ver la desesperanza de sus discípulos poco antes de la pasión, les manifiesta que el Padre les enviará al Espíritu, "para que esté con ustedes para siempre" (Jn 14,16), pues 'El les enseñará todo y les recordará todo lo que les he dicho, (Jn 14,26). Este Espíritu es el que vivifica y hace posible la realización de un amor cada vez generoso, impulsado por la ley de la abundancia. Sólo a través de este amor, será viable el seguimiento de Cristo, en la incertidumbre y titubeos de nuestro caminar.

La existencia, iluminada por la revelación de Dios en Cristo, en la forma descrita en esta reflexión, no es la única vereda. El esbozo que hemos trazado, camino arduo y fatigoso, intenta ser una aproximación. La fe que lo polariza, que nos obliga a andar en las tinieblas, no constituye de por sí un peso que nos oprime, —para qué creer y hacer una vida—, sino que nos abre un horizonte, lleno de luz y de significado. Pablo mismo no quiere negar que hay otros caminos. Creemos, con todo, que ellos orientan hacia el único, Cristo. Porque ellos, la conciencia y la ley natural fundamentalmente constituyen una respuesta atemática, oculta, pero intrínseca y trascendente, a la vocación inicial de todo hombre. Son de por sí, una expresión, parcialmente incoativa, de la voluntad de Dios. La presencia de Cristo marcará el culmen de la revelación, ya no fragmentaria, sino Dios.

Conclusión.

El existir cristiano se verá, pues, iluminado en primer término, por la prodigalidad de Dios. De un Dios que es mucho más de lo que podemos esperar, que concede amor a manos llenas, que quiso revelarse en su Hijo, Jesús, pero que no deja de manifestarse en el hoy concreto, también abundante, aunque enigmática y misteriosamente.

En un segundo término, el hombre recibe la iluminación del papel histórico desempeñado por Cristo, el enviado del Padre. Su peregrinación, como respuesta a la voluntad de Dios que lo envió, nos permite descubrir inicialmente esa voluntad en nosotros, como única vía para ser hombres responsables, que responden a alguien que está llamando.

Finalmente, nuestra realización en el mundo y en la historia nos exige un retornar continuo a nosotros mismos. De este modo, la ley de la abundancia en Cristo, no puede mantenerse únicamente como una norma abstracta e inmutable. Se volverá en el imperativo moral de la palabra de Dios en nuestro vivir cristiano.

LA CONVERSION EN EL MENSAJE DE JESUS

José Mendoza de la Mora, S. J.

Papel de la Conversión en la Predicación de Jesús en Galilea

Marcos resume en 1, 14-15 el ministerio de Jesús en Galilea en estas palabras: "... fue Jesús a Galilea y predicaba la buena nueva de Dios diciendo: se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios está muy cerca; convertíos y creed en la buena nueva". Se trata de un verdadero compendio (1) que anticipa lo que va a seguir en los próximos capítulos. Mateo adoptó fundamentalmente el mismo plan para su propio Evangelio, cuyo contenido señala en dos frases claves, correspondientes a dos partes o secciones básicas de la vida pública de Jesús. En Mt. 4, 17 leemos: "Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: 'Convertíos porque está muy cerca el Reino de los Cielos' ". A esta frase-resumen corresponde otra en 16, 21: "Desde entonces (2) comenzó Jesús a mostrarles a sus discípulos que era necesario que partiera a Jerusalem y padecer muchas cosas de mano de los ancianos y sumos sacerdotes y escribas, y ser muerto y resucitar al tercer día" A partir de este momento comienza la revelación del misterio de Cristo. (3) El "desde entonces comenzó" señala al lector dos etapas de un movimiento continuo: revelación del Reino, revelación del Hijo del Hombre. Y le señala también el papel que desempeña la conversión como condición indispensable para prepararse para el Reino que está ya a la mano, manifestado y realizado en Jesús. Es evidente que esto no significa que Jesús estuviera repitiendo siempre la misma fórmula durante su actuación en Galilea (4), sino que esta fórmula corresponde al sentido general del contenido de su predicación en esta primera etapa. (5) Siendo esto así, ¿qué significa "convertirse"? ¿Por qué ocupa un lugar tan relevante en la primera predicación de Jesús?

Objeto y Terminus ad Quem de la Conversión

a) Profetas

Como la predicación de Jesús presupone conocido el pensamiento del Antiguo Testamento, conviene comenzar por él. Para los antiguos israelitas era un hecho la necesidad de arrepentirse del pecado, y hacían para esto una serie de ritos penitenciales, como el ayunar, vestirse de vestimentas de luto, sentarse sobre la ceniza y ponerse ceniza en la cabeza (cfr. 1 Re. 21, 27; Jon. 3, 6ss.; Dan. 9, 3, etc.). Pero con frecuencia se trataba de meros ritos externos sin una conversión del corazón. Oseas protesta contra esta exterioridad y superficialidad de las manifestaciones de penitencia. Irónicamente pone en boca del pueblo estas palabras: "Va-

mos a volver al Señor: El, que nos despedazó, nos sanará; El, que nos hirió, nos vendará. En dos días nos sanará; al tercero nos resucitará, y viviremos delante de El" (Os. 6, 1-2). Pero no hay una verdadera voluntad de "volverse" a Yahveh ("volverse", hebr. *shub*, es la palabra del A.T. que designa la conversión), de conocerlo y someterse exclusivamente a su voluntad con todas las consecuencias que esto conlleva (6). Ya antes había afirmado que "no permiten sus maldades que se conviertan a su Dios" (Os. 5, 4a). Y ahora les reprocha su superficialidad y les explica la verdadera conversión: "Vuestra piedad es como nube mañanera, como rocío de madrugada que se evapora... Quiero misericordia y no sacrificios, conocimiento de Dios, más que holocaustos" (6, 4.6). "Misericordia" es la palabra clave que define para Oseas las relaciones adecuadas entre los hombres. La conversión se manifiesta así como mucho más que el mero arrepentirse de los pecados (término *a quo*). Lo importante es, ante todo, su término *ad quem*: es conversión a Dios, en primer lugar, pero es también adoptar una nueva forma de vida implicada en el conocimiento de Dios como se reveló en la historia, (7) que incluye como elemento esencial un nuevo tipo de relaciones interpersonales. El término *ad quem* incorpora, pues, las "relaciones verticales" y su consecuencia, las "horizontales" (8).

El capítulo 58 de Isaías está en la misma línea. Hay en el pueblo un aparente deseo de conocer el camino de Yahveh, de practicar la justicia (v. 2). Pero lo que buscan es su propio interés y no tratan con amor a sus servidores (v. 4a) y todo es riñas entre ellos (v. 4b). Su ayuno, por tanto, no es agradable a Dios como signo de conversión (vv. 4c-5). Más bien, "El ayuno que yo quiero es éste: ... abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo, y no cerrarte a tu propia carne" (vv. 6-7). No se trata de que Oseas e Isaías incorporen el amor de los demás a la penitencia por razones filosóficas, personales o sentimentales. Se trata de la comprensión de que en la penitencia está uno ante Dios en toda la seriedad de su existencia, y se le acepta o no se le acepta, sin medios términos. En caso de aceptar a Dios, se ha dado un paso que abarca *todos los aspectos* de la propia vida, sometiéndolos a la voluntad de Dios. Ahora bien, el Dios del Antiguo Testamento y del Cristianismo nunca fue un Dios como el del deísmo, sin relaciones prácticas con el mundo, sino un Dios histórico, con múltiples relaciones con el mundo de los

hombres. Si se acepta a Dios en la penitencia, es decir, si hay verdadera "conversión del corazón", se acepta al Dios vivo, y por tanto, a un *nuevo mundo de valores* que incluyen, como parte esencial, a los demás hombres (cfr. Deut. 10, 12-22: seguir los "caminos" de Yahveh, es decir, la forma de vida que El quiere, incluye no sólo servicio de todo corazón, sino también el amor al extranjero). "En la actitud que tome el hombre ante Dios se decide —como la pregunta de toda existencia en general— todo lo demás: la actitud ante los demás hombres, ante el culto, el estado, la política, etc." (Würthwein (9)).

b) *Evangelios Sinópticos*

Todo esto lo encontramos supuesto y también confirmado y enriquecido en el Nuevo Testamento. Aquí influyó además la semántica misma de la palabra griega que usaban (10), *metánoia*, que significa cambio de opinión, de mentalidad. Para Filón, por ejemplo, significaba transformación del propio ser, conversión radical, volverse a Dios (11). Para los hombres de Qumrán, se trataba de una virtud fundamental, que los caracterizaba a ellos como la "Comunidad de los Convertidos" (12).

San Juan Bautista se presenta predicando la penitencia en preparación del futuro Mesías (Mc. 1, 4.8). Se trata de una transformación total del propio ser, que se traduce en una vida correspondiente: "haced frutos dignos de la conversión" (Mt. 3,8). El fruto de esa conversión radical es el perdón de los pecados mediante el bautismo (Mc. 1, 4), que anticipa así, de alguna manera, el bautismo cristiano, "del Espíritu Santo" (Mc. 1, 8). La conversión aparece así como la acción simultánea de Dios y del hombre, ya que sólo Dios puede perdonar los pecados y manifestar su perdón al hombre (cfr. Mc. 2, 5.7; Mt. 9, 5.6; Lc. 5, 21).

En la predicación de Jesús lo que sobresale más es el objeto de la penitencia, su aspecto positivo. Esto se ve más claro si se piensa, por ejemplo, en la relación entre la conversión y las Bienaventuranzas y el Sermón del Monte. Jesús está predicando la conversión porque el Reino de Dios está inminente (cfr. Introducción), y lo que presenta es una forma de vida, un nuevo "camino de la justicia" (Mt. 21, 32), basado en el amor fraterno (Mt. 5, 43), mandamiento que es "semejante" al del amor de Dios (Mt. 22, 37-39). De hecho se está hablando de la conversión en los Evangelios aunque no se mencione la palabra expresamente. Por ejemplo, cuando se habla de la radicalidad de la opción, de que "nadie puede servir a dos señores" (Mt. 6, 24, par.), de los dos tesoros (Mt. 6, 19-21; par.), del "ojo sencillo" (Mt. 6, 22-23), es decir, el ojo que está dirigido a solo Dios.

Es evidente la conexión entre conversión y fe. En Mc. 1, 15 el contenido del mensaje de Jesús es: "Convertíos y creed a la buena nueva". No son dos movimientos independientes y ni siquiera complementarios, sino que la fe es el término natural de la conversión. La conversión arranca de la vida pasada (de pecado y alejamiento de Dios) y termina en la fe, que implica o conlleva una nueva vida. Atendiendo a la dinámica unitaria de las dos etapas de la predicación de Jesús (cfr. Introducción, *supra*), la conversión tiene que ter-

minar en el aceptar el misterio de la muerte de Cristo y, desde este punto, comprendemos a nosotros mismos y a la humanidad. Sólo de esta manera resulta comprensible la nueva concepción y mentalidad que aparece, por ejemplo, en el Sermón de la Montaña. Lo que para los Profetas era una nueva forma de vida y un nuevo mundo valoral basado en la bondad y misericordia de Dios para con su Pueblo, para el cristiano es un nuevo mundo de valores y un comprender todas las cosas a partir de la Pasión y Resurrección de Cristo.

Los Profetas mostraban escepticismo respecto a la posibilidad de la verdadera conversión (cfr. Am. 4, 6ss; 7, 8; 8, 2; Os. 5, 4). En el N.T. se es consciente de que se trata de un don (2 Ti. 2, 25; Hebr. 12, 17). Por eso es fundamental el espíritu de pobreza de la primera bienaventuranza de Mateo (5, 3) y el convertirse y hacerse como niños (Mt. 18, 3). En ambos pasajes lo que se designa es la humildad radical del que sabe que de sí no tiene nada y que tiene que recibirlo todo de Dios y está abierto para recibirlo.

NOTAS:

- 1 Cfr. Taylor, *The Gospel According to Mark*, p. 165.
- 2 Mateo, comprendiendo la estructura de Marcos, la hizo más clara, añadiendo "desde entonces" a la frase de aquel en Mc. 7, 31. Cfr. Lagrange, *Marc*, p. 216; Taylor, *op. cit.*, p. 377. Por consiguiente, las dos etapas en el Evangelio no corresponden sólo a la estructura de Mateo, sino también a la de Marcos, y con toda probabilidad a la forma como se realizó la predicación de Cristo.
- 3 Sobre esta relación estructural, cfr. Lagrange, *Matthieu*, pp. 69; 330; Neyrink, "Rédaction et Structure de Matthieu", en *De Jésus aux Évangiles*, ed. I. de la Potterie, p. 56-58, donde expone el análisis hecho por McNeile, Stonehouse, Lohmeyer y Krentz; véase también las reservas de G. Strecker, en *Der Weg der Gerechtigkeit*, p. 92, n. 1. Creo que se satisfacen si se considera la estructura como un proceso paulatino y unitario en dos etapas no adecuadamente distintas, como lo expongo en el texto.
- 4 cfr. Taylor, *op. cit.*, p. 165, en que cita a Wellhausen en este sentido.
- 5 Contra M. Winkel, *Das Evangelium nach Markus*, p. 7, y R. Thiel, *Die Drei Markus-Evangelien*, p. 119. Actualmente ya no hay dudas sobre este punto.
- 6 Así, v. gr. Sellin, *Das Zwölfprophetenbuch*, 1929-303, p. 7; Würthwein, *ThWNT IV*, p. 979; contra Rudolph, *Hosea*, p. 134-136. Nótese 6, 4b y 5, 3-4 (sobre todo v. 4a).
- 7 Cfr., v. gr., Deut. 10, 12; 11, 22; 26, 17; 28, 9; Is. 55, 8...
- 8 En este orden. La conversión es, primero, convertirse a Yahveh, en la predicación profética. Considerada la relación negativamente, el pecado contra Dios tiene como consecuencia el desplome de las relaciones interpersonales (cfr. Gen. 1-2; 11, 1-9; Rom. 1, 21-24).
- 9 *ThWNT IV*, p. 981.
- 10 Así Zorell, *Lexicum Graecum N.T.*, y Bauer, *Wörterbuch zum N.T., in verbum*. Contra Behm, *ThWNT IV*, p. 994 (cit. p. 145).
- 11 *Virt.*, 179s; *Praem. Poen.* 15; *Spec. Leg.* I, 253; 309. Si no es de ninguna manera que Filón haya influido en los autores del Nuevo Testamento. Es un ejemplo de la radicalidad de la comprensión de la penitencia y conversión en el Judaísmo Tardío.
- 12 Cfr. Dam. IV 2; VI 5; XIX 16; IV QpPs 37 II 1; I QH XV 17; I QS V 8.22; etc. También para S. Clemente Romano se trata de una virtud fundamental: cfr. 1 Clem. LXII, 2. En la concepción de San Clemente Romano y en la de los anacoretas de Qumrán la conversión está muy cerca de ser un programa de vida, en que no llega nunca a un nivel perfecto y estacionario.

¿Está preocupado por la poca o nula instrucción religiosa que existe entre el pueblo sencillo?

Para ayudarle en sus esfuerzos pastorales le ofrecemos la serie de hojas

CULTURA POPULAR

- Están hechas con las ideas teológicas básicas, pero con las palabras del pueblo.
 - Se han experimentado con gran éxito por la mayoría del Clero de la República.
- Le ofrecemos estos catorce interesantes títulos:

Nuevo Rito de Difuntos
El Bautismo
La Confesión
La Misa
El Noviazgo
La Iglesia
La Familia Cristiana
Educación para el Progreso
Misiones. Ahora y aquí
Educación sexual
(Para parejas próximas a casarse)

EN PREPARACION:

La Sagrada Escritura
La Palabra de Dios
La Oración
Los Santos Evangelios

Ciento: \$25.00 — Dis. 2.10
Millar 180.00 — Dis. 15.30

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C.

Donceles 99-A.
México 1, D. F.

Apartado M-2181
México 1, D. F.

Orozco y Berra 180
(A un costado de
Omnibus de México)

Nombre: _____

Dirección: _____

Población: _____

Envíenme _____ cientos _____

millares de: _____ de CULTURA POPULAR.

Añada \$ 4.00 para gastos de envío.

Envíenmelas por Reembolso.

Por certificado

Para el Extranjero no hay
servicio de Reembolso.

¿HA PASADO DE MODA

LA VIDA ESPIRITUAL?

Luis García Orso, S. J.

I. La situación.

Hay palabras a las que el uso, la costumbre, el tiempo, les han ido restando significado, y tras la palabra, quizás también la realidad se ha desfigurado, casi borrado. La "vida espiritual" puede ser una de esas palabras.

Para algunos, "vida espiritual" trae connotados de huida de la realidad, indiferencia a lo que pasa a nuestro alrededor, interés obsesivo en la propia perfección. Para otros no deja de recordar tiempos pasados en que todo era tranquilo, sin grandes cambios, procurando con todos los sentidos una mayor unión con Dios. Para algunos cristianos, la vida espiritual es un ideal muy bello pero sólo alcanzable por un heroísmo para el que no se siente uno capaz, o es una mezcla extraordinaria de piedad, sensibilidad, mortificación, esfuerzo, y quién sabe cuántas cosas más, que acaban haciendo imposible la vida ordinaria.

Pero atrás de las palabras está la realidad que hay que volver a descubrir. Porque el hombre de hoy busca ávidamente una "vida espiritual". El hombre que ha descubierto la luna, que trabaja con plásticos, que soporta la contaminación ambiental, que se escapa en las drogas, que explota al consumidor; el hombre de la técnica, de la comunicación, de las prisas... este hombre alcanza a percibir que el mundo debe ser algo más allá de todo esto, y siente la necesidad de encontrarlo; la necesidad de una vida más personal, más libre, más auténtica, más verdadera, más espiritual. Y el cristiano cree que puede ofrecer un camino.

II. La acción del Espíritu en nosotros.

Redescubrir una realidad que existe para nosotros, decimos antes. Y una de estas realidades es la presencia del Espíritu del Señor en nosotros: "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom 5,5). Presencia muchas veces insospechada; otras, olvidada. Pero lo cierto es que está ahí, en lo más íntimo de nuestro ser. El don del Padre que viene a consolarnos (Jn 14,16), a enseñarnos a orar (Rom 8,26), a guiarnos hasta la verdad (Jn 14,26; 16,13), a acercarnos a Cristo y a ayudarnos a crecer; a transformarnos en imagen de Cristo, en hijos de Dios (Gal 4,6).

La gracia de Cristo nos ha transformado radical y profundamente: somos hijos de Dios, hermanos de Cristo; ha nacido una nueva vida en nosotros, porque el Padre nos ama y mora en nosotros (Jn 14, 23). Quizás muchas veces lo olvidamos; quizás otros nosotros mismos cortamos esta relación de amistad por seguir nuestros deseos, nuestros egoísmos, nuestros pecados. Pero siempre queda abierta la esperanza de renovar esta vida de Dios en nosotros. Sobre esa "imagen de Dios" que somos, cada uno ha podido ir acumulando, como cachibaches en un diván, sus insinceridades, sus intereses mezquinos, sus pasiones desordenadas, sus injusticias... Un trabajo de orden y de limpieza volvería a descubrir lo que somos en lo interior, la posibilidad que nunca nos es negada: volver ser un "hombre nuevo" a semejanza de Cristo Jesús.

Y es entonces cuando el Espíritu acude en nuestra vida: un buen pensamiento, un deseo de ser mejor, el consejo de un amigo, la frase de un libro, una situación que nos ha impresionado y nos ha dejado pensando... La actuación del Espíritu en nosotros, para nuestro bien, no se cansa

ninguna posibilidad. Presencia operante, dinámica, transformante; que no necesita de propagandas, que no necesita de ruido y alardes; que sólo pide la abertura de nuestro corazón, la espera humilde de quien cree que puede vivir otra vida mejor y distinta.

"Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen, cada vez más gloriosos, conforme a la acción del Señor, que es Espíritu" (2 Cor. 3,18). Y porque somos transformados íntima y profundamente, somos también capaces de transformar a los demás; capaces de transformar este mundo en un mundo más justo, más generoso, más verdadero, más libre. Trabajo lento, pero seguro, por ir haciéndonos cada vez más a semejanza de Jesucristo; no solos, sino impulsados, vivificados por el Espíritu. Su fuerza transformante no puede hacernos indiferentes, cerrados en nosotros mismos, pasivos, sino todo lo contrario. Es la vida del Espíritu en nosotros que nos hace también capaces de vivificar.

III. Esta vida que vivimos.

"Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu" (Gal. 5,25). Y Pablo nos enseña cómo hemos de vivir ese fruto del Espíritu, que también cada uno puede ir aprendiendo y experimentando en contacto con Jesús, el hijo de Dios. Una vida que sufre con los otros, que se interesa por sus necesidades, que acude a encontrarles una solución; que sabe comunicar la alegría y la paz que el mundo anhela; un corazón amplio, abierto, desinteresado, magnánimo; una sensibilidad despierta y reaccionaria frente a la injusticia, la hipocresía, el engaño, la opresión; una vida que sabe comprender, que sabe amar, que sabe aceptar; una vida que va creciendo al ritmo de Dios porque ha acogido su Palabra y su salvación y que seguramente ayudará a los demás a crecer.

La vida espiritual no es, pues, una vida rara y extraña a nosotros, sino nuestra misma vida de todos los días pero vivida en profundidad, enriquecida y transformada por la Palabra de Dios, por la acción de su Espíritu en nosotros, por su Amor. Es saber hacer silencio en nuestro corazón para que Dios vaya excavando y sembrando su semilla. Es dejarse hablar por la Palabra que nos juzga, nos pregunta, nos desinstala, nos alienta... Es dejarse conducir por El, aunque no sepamos a dónde nos lleva, aunque nos haga perder la seguridad. Es confiar inmensamente en Aquel que puede darnos mucho más de lo que pensamos o imaginamos. Es renunciar a nuestros falsos temores, a nuestras seguridades, a nuestros intereses egoístas. Es dejarse amar por El y saberse amado.

Cuando tratamos de experimentar —no sólo de conocer en teoría— esta vida de Dios en nosotros, la vida de cualquier hombre llega a tener pleno sentido.

Pero hay que experimentar, hay que ir a la práctica. El que se ha dejado guiar dócilmente por el Espíritu, buscará cómo reproducir concretamente la vida de Cristo en él, cómo hacer tangible su encuentro con el Señor, y cómo ir haciéndolo que crezca día con día. Y es aquí donde los caminos se vuelven tan distintos, como distintos somos cada

uno personalmente. Oraciones vocales, meditación, reflexión comunitaria del Evangelio, revisión de vida, rosario, vía crucis, eucaristía en grupos pequeños, eucaristía en gran asamblea, peregrinaciones, examen de conciencia, lectura espiritual, contemplación, etc. Tantas formas diversas en que cada uno, según su temperamento, educación, ambiente, situación, necesidad, tratará de alimentar la vida del Espíritu en él. No hay reglas establecidas. Lo importante es que ahí encuentre al Señor, y pueda hacerlo transparente a los demás en mi vida diaria.

Formas, pues, que son ayudas, refuerzos, que históricamente irán siendo muy variables, y que pueden perder su sentido si no nos hacen crecer en fe, en esperanza, en amor; si las absolutizamos y perdemos de vista lo esencial de la Revelación; si nos anquilosan y nos impiden vivir el Evangelio en la sencillez, generosidad, libertad, adoración...

Y sobre todas estas formas, la vida espiritual habrá de alimentarse en la Liturgia Sacramental. Al fin y al cabo, la vida espiritual no es sino reproducir en nuestra carne el misterio de humanidad vivido por Jesús, el Hijo de Dios. El mismo que quiso que este misterio fuera eternamente reproducido, eternamente reactualizado, en los Sacramentos: Cristo Resucitado presente todos los días, hasta la consumación de los siglos, para darnos vida, y vida en abundancia.

Y el que se encuentra con Jesús en un sacramento sabe que queda comprometido a comunicar la vida y a realizar en su existencia lo que el sacramento significa.

Encuentro con Dios en los Sacramentos y encuentro también en la oración. Quien ha hecho consciente la realidad de ser morada de Dios, la realidad de ser poseído por la fuerza transformante del Espíritu, la realidad de llamarse y ser verdaderamente hijo de Dios, no puede menos de vivir en ad-oración. La oración como actitud central de todo el ir y venir de nuestro día. Oración que es escucha de su Palabra, disponibilidad, súplica anhelante por el Reino, pregunta, espera silenciosa, ruego por nuestros hermanos, acción de gracias, ofrecimiento generoso... Solamente el Señor conocido y amado en la oración puede ir dándole un rumbo a nuestra vida, transformando nuestro corazón y ayudándonos a transformar lo que nos rodea.

IV. Al final...

Haberse encontrado con el Señor es aceptar la condición de peregrino, es aceptar ir siempre adelante, es ir haciendo el camino. La vida espiritual no puede, pues, dejarnos instalados cómodamente, no puede desinteresarnos de los demás, no puede hacernos construir castillos imaginarios en donde recluirnos. Porque dejarse conducir por el Espíritu es renunciar a nuestros egoísmos, es querer unirse más al Señor y a los hermanos, es ir buscando cuál es la voluntad de Dios sobre mí, es aceptar ir por veredas que no son las mismas que ayer. Pero en todo esto, lo consolador es que no vamos solos: Cristo camina con nosotros. "No creo haber conseguido ya la meta y que sea perfecto, sino que prosigo mi carrera hasta alcanzar a Cristo Jesús, por quien yo ya fui alcanzado. No, hermanos, yo no pretendo haberlo conseguido todavía. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo hacia adelante" (Fil. 3, 12-13).

UN DON DEL ESPIRITU SANTO

LA MAGNANIMIDAD

Deserciones de sacerdotes y religiosas, fotos intencionadas de prelados que parecen estar durmiendo en un congreso, etc., fácilmente ocupan el lugar de noticia en los periódicos. Lo mismo se diga respecto a otras crisis por las que atravesamos hoy en la Iglesia. En cambio, realidades como la mediocridad, el oficinismo burocrático y la completa falta de ganas para vivir la aventura cristiana de muchos que oficialmente vivimos dentro de la Iglesia, no llega a registrarse como asunto de vida o muerte, no llega a ser noticia.

Todo lo opuesto a esta aburrida incoloridad, se le puede llamar magnanimidad. Palabra que para nada está de moda. Me resulta antipática. La asocio a irrealismo, ingenuidad, verbalismos fofos de discursito obligado, a bonachonería, a falsa generosidad de quien puede darse el lujo de regalar lo que le sobra, a euforia pasajera, y aun a machismo exhibicionista.

Me he preguntado en qué sentido es posible la magnanimidad como fruto del Espíritu Santo. ¿Se puede ser magnánimo en nuestros días sin ser deliberadamente angelista o miope o egoísta o privilegiado o todo esto a la vez?

El mismo apóstol Santiago ridiculizaba a los pseudo-magnánimos de su tiempo: "Supongamos que a algún hermano o hermana le faltan la ropa y la comida necesaria para el día y que uno de ustedes le dice: 'que te vaya bien,

cobijate y come, pero no le da lo que necesita para el cuerpo; ¿de qué sirve eso?" (Santiago 2, 15 y ss.).

Y nada digamos de los cómodos y sabihondos consejeros del hombre Job cuando gritaba desamparadamente su dolor.

No se puede ser magnánimo a base de esquivar la realidad. El conjunto de noticias que a diario nos llegan (y a lo que por desgracia hasta nos vamos acostumbrando) no es para saltar de alegría: hambre, analfabetismo, explotación, secuestros, drogadicción... Por ejemplo, ¿Quién no se siente apabullado con sólo echar una mirada a las estadísticas sobre el desempleo, la distribución del Ingreso, penurias del campo...?

Basta con salir a la calle para tocar con las manos los cuadros vivos de miseria, ignorancia, mugre, desnutrición, despojo de familias y familias mexicanas que viven en un estado crónico de desesperación. Entonces, gran ánimo ¿de qué?

—¿De la gran justicia que impera desde el cacique del rancho hasta el 'Don' del Ministerio Público?

—¿De la verdad que se proclama a los cuatro vientos a través del mercantilismo de la televisión o de las solemnes promesas de las autoridades para investigar e investigar y aplicar después todo el peso de la ley a quien resulte responsable?

Xavier Cuenca, S. J.

-¿De la fraternidad entre las grandes naciones del mundo y su desinteresadísima solicitud por el tercer mundo?

-¿Del entendimiento mutuo entre las generaciones de hoy?

-¿De la oportunidad tan real que cada mexicano tiene de ejercer sus derechos naturales, cívicos y religiosos sin sombra de manipulaciones ni represiones arbitrarias?

-¿Del halagüeño panorama que nos sigue descubriendo la explosión demográfica; en esos chiqueros humanos de las vecindades, en esos miles de niños que deambulan entre los montones de basura en compañía de perros callejeros?

No podemos disimular tranquilamente estos aspectos crudos que la realidad nos estrella ante la cara. Nada de esto conduce espontáneamente a la magnanimidad. Más bien al escapismo.

Ya Freud decía: "La vida tal como la encontramos, es demasiado ardua para nosotros; nos proporciona demasiados pesares, disgustos y tareas imposibles. Para soportarla no podemos abstenernos de paleativos, poderosos rodeos, que iluminen nuestra miseria, sustitutivos que la disminuyan y tóxicos que nos hagan insensibles". (Cfr. *Civilization and its Discontents*).

El problema para la magnanimidad del cristiano está precisamente en desmentir, con la vida, las consabidas inculpaciones del Marxismo y del mismo Freud que miraba a la religión cristiana como un paleativo más, sólo que más cobarde y repugnante: "La religión es ese sistema de doctrinas y promesas que por una parte le explica, -al hombre medio- los enigmas de este mundo con una plenitud envidiable, y, por otra, le asegura que una providencia vigilante cuidará de su vida y le compensará, en una existencia futura, las frustraciones que sufra aquí". (Cfr. *Ibidem*).

No pretendo entrar ahora en la discusión de la religión como opio del pueblo . . . Más bien, intento enumerar algunas reflexiones en torno a este don de la magnanimidad que es indispensable para que el Espíritu nos impulse a implantar audazmente el reino de Dios en la tierra.

En primer lugar, me viene a la mente lo que dice el Concilio: "Los cristianos, peregrinando hacia la Ciudad Celeste, tienen que buscar y saborear las cosas de arriba. Pero este deber **NO DISMINUYE EN ABSOLUTO, SINO INCREMENTA EL PESO DE SU OBLIGACION DE TRABAJAR CON TODOS LOS HOMBRES PARA CONSTRUIR UN MUNDO MAS HUMANO**, pues en realidad el misterio de la fe cristiana les ofrece excelentes incentivos y ayudas para cumplir con mayor energía esta obligación". (Cfr. G. S. No. 57).

La doctrina conciliar da amplia cuenta de esos incentivos. Ahora quiero indicar cuatro que considero como los soportes sobre los que gira y se desarrolla la magnanimidad.

1) EL RECUERDO VIVO DEL SEÑOR JESUS.

El autor de la Epístola a los Hebreos dice: "corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante. Fijemos nuestra mirada en el Señor Jesús, del cual viene nuestra fe y el cual la perfecciona. . . Piensen en su ejemplo, que sufrió tanto a manos de los pecadores. *Por eso no se cansen ni se desanimen*". (Hebreos 12, 1 y ss).

En la fe, conocemos la decisión irrevocable del Señor Jesús por la salvación total de la causa humana. El único plenamente magnánimo y obstinado en nuestra liberación total y de cara a la realidad del pecado en toda sus formas y todas sus consecuencias. Magnánimo para dar todo: su vida, su madre, su cuerpo, su sangre. Magnánimo en disculpar lo inexcusable: "perdónalos porque no saben lo que hacen". Magnánimo para fiarse de los hombres al grado de que lo más decepcionante de nosotros mismos no pudo hacerlo desistir de poner su tienda entre nosotros. Magnánimo para no cansarse de la torpeza de sus apóstoles, de sus miras siempre triunfalistas. Magnánimo para encontrar siempre en el fondo del corazón humano los anhelos balbuceantes de bondad de un Zaqueo, de una Samaritana, de un ladrón.

II) ESPIRITU RELATIVIZANTE.

Pablo fija en el hecho de la pascua del Señor la certeza de nuestra ubicación como hijos de Dios. "Pues por Cristo hemos entrado en esta bendición por medio de la fe. En esta bendición estamos firmes y nos alegramos . . . Y nos alegramos en el sufrimiento, porque sabemos que el sufrimiento nos dá paciencia y la paciencia nos hace salir aprobados y al salir aprobados tenemos esperanza. Y esta esperanza no nos desilusiona porque Dios ha llenado nuestro corazón con su amor por medio del Espíritu Santo que nos ha dado" (Cfr. Romanos 5, 2 y ss).

En Pablo la magnanimidad se fué forjando a base de relativizar sus anteriores absolutos y de absolutizar únicamente su disponibilidad para el Evangelio.

La segunda carta a los Corintios es reveladora en este sentido: "andamos en todo atribulados, pero no aplastados; preocupados pero no desesperados; perseguidos pero no abandonados; derribados pero no destruídos . . . porque sabemos que quien resucitó de entre los muertos, al Señor Jesús, nos resucitará también a nosotros con él". (2 cor 4, 8 y ss).

Este incentivo de su fe, para nada lo llevó a un quietismo, ni a un escapismo dulzón de la realidad. Usó al máximo sus propios recursos: "Los judíos se pusieron de acuerdo para matar a Pablo; pero él llegó a saberlo. Día y noche ellos esperaban en las puertas de salida de la ciudad para matarlo, pero los discípulos lo pusieron en un canasto grande y lo bajaron de noche por la muralla que rodeaba la ciudad, y así se escapó". (Cfr. hechos 9, 23 y ss)

Siempre tuvo que estar ingeniándose para salir con vida y burlar las confabulaciones incesantes de los judíos.

Por otra parte, aun sus previsiones más apasionadas para propagar el Evangelio quedaron insospechadamente alteradas: cárcel, cuando apenas empezaban a construirse comunidades cristianas en diáspora que más requerían de su presencia; en cambio, permanencia de un año y medio en Corintio después de "haberse sacudido su ropa en señal de que se iba" (Cfr. Hechos cap. 18) pues "El Señor dijo a Pablo durante la noche en una visión: No tengas miedo sigue hablando y no calles. Yo estoy contigo, nadie podrá hacerte daño, pues yo tengo un pueblo numeroso en esta ciudad"

Espíritu relativizante, entonces, no significa lirismo ni imperseverancia. Simplemente docilidad al Espíritu: no dar nunca todo por ganado, no dar nunca todo por perdido. Comprometerse al máximo con lo que —hasta hoy— se ve más conforme a la voluntad del Señor.

En todos los grandes personajes bíblicos, de Abraham al Bautista, aparece una constante: el Señor que llama y conduce a la desinstalación, al desarraigo. Sólo con la magnanimidad que confiere el Espíritu, puede superarse la tendencia natural a la seguridad, a lo previsto y calculable. Por eso sin esta actitud de provisionalidad, aun los proyectos apostólicos más legítimos y bien fundados, resultan sospechosos pues seguirá siendo verdad que “cuanto distan los cielos de la tierra, así mis pensamientos de los vuestros”

III) ESPIRITU SERENO

Puede ser sereno quien hace de las últimas realidades las primeras para actuar en la fatigosa empresa de hacer un mundo más habitable. De lo contrario, nuestro ánimo siempre frágil impresionable, más pronto que tarde, sucumbe en su empeño de transformar la realidad. La serenidad de la fe penetra más allá de la multiforme presencia del mal en uno mismo y en la sociedad. Sigue actuando en el éxito y en el fracaso, en la buena y en la mala fama, en la comprensión y en la incomprensión. La serenidad lleva a la complementariedad no sólo para juzgar rectamente a las personas y a las cosas (que siempre van mezcladas con trigo y cizaña) sino, sobre todo, para la actuación pertinaz por encima de la repugnancia, del hastío, de la aparente inutilidad. La euforia y el derrotismo, en el fondo, adolecen de serenidad; y pienso en una serenidad que nada tiene de estoica ni de refugio en una torre de marfil, sino, semejante a la de Cristo, en plena cercanía del hombre. Porque Cristo tuvo muy cercano a Pedro, lo pudo serenar en su euforia “no te traicionaré” y en su postración después de haber cantado el gallo.

El que dirán es algo que un espíritu sereno se acostumbra a mirar con la invulnerabilidad del buen humor. La serenidad es tranquila dentro de la inseguridad más profunda de la propia existencia; como decía Charles de Foucauld: “Hay algo que debemos absolutamente al Señor: el no tener nunca miedo de nada”, pero no es algo que crezca artificialmente o que pueda aprenderse gesticulando frente a un espejo. Más bien creo que se trata de otro síntoma espontáneo de quien va recibiendo del Espíritu la magnanimidad suficiente para ir aprendiendo a sepultarse —como la semilla del Evangelio que porque muere da mucho fruto— sin la pretensión de asomarse a contemplar la espiga.

IV) INCONFORMIDAD CREATIVA.

Una persona conforme, no se mueve, no aspira, se congela. La inconformidad es condición indispensable de crecimiento y dinamismo. Pero creo que en diferentes dosis a los cristianos de hoy nos puede aprisionar una especie de círculo vicioso; la complejidad y magnitud de los problemas nos abruma, y por eso se apaga nuestro ánimo, y porque nuestro ánimo se apaga no podemos perseverar en la búsqueda de los caminos aptos para ir superando los problemas con que se topa nuestro ser y hacer cristiano en el mundo de hoy.

Hay inconformidades que resultan más bien poses lamentacionistas de salón, que incentivos poderosos para la acción. La inconformidad cristiana fundamentalmente viene a coincidir con aquello que dice Ignacio Lepp: “Para el cristiano, ser progresista equivale a confesar que la Encarnación no tuvo lugar de una vez para siempre, sino que continúa gracias a nosotros; que la Redención no ha dado todavía todos sus frutos, sino que nosotros debemos ser corredentores de Cristo . . . Nada me parece más paradójicamente grotesco que un Cristiano que se aferra al orden establecido. Mientras no sea instaurado el Reino de Dios en toda su plenitud, ¿cómo podría identificarse un orden humano cualquiera con el orden de Dios? El sentido cristiano de la Historia nos obliga a poner constantemente en cuestión todo lo que es, a tender sin cesar hacia formas nuevas y mejores de encarnación. Se me puede decir que nada garantiza que la sociedad de mañana será mejor que la de hoy. Es cierto, y, sin embargo, no tenemos derecho a prevalernos de esta incertidumbre para considerarnos establecidos definitivamente. Recordemos la parábola del Evangelio sobre el rico que construyó depósitos y graneros para vivir tranquilo. El riesgo forma parte integrante de la condición humana en el tiempo; negándose a correrlo no se evitan el peligro ni el mal, porque ello equivale a condenarse a muerte y a condenar a muerte al mismo tiempo todos los valores que nos son legítimamente más queridos.

Como ya he dicho no se trata tampoco de sufrir pasivamente cualquier clase de cambio, ni de admirar ingenuamente todo lo que sea nuevo. El cristiano debe actuar para que la historia tome el sentido que querríamos verla tomar. Y por eso el cristiano debe ser progresista. (Cfr. “El progresismo, inquietud y esperanza” Cap. I).

La inconformidad que lleva a la acción, se mantiene de frente a la constatación honrada de que ni las personas, ni nosotros mismos, ni el mundo, ni la sociedad responde a los imperativos del reino de Dios. Por eso mismo siempre queda la tarea por realizarse. La inconformidad creadora del cristiano siempre mira hacia el futuro; Teilhard decía que “lo único que merece la pena encontrarse es lo que nunca ha existido aún” y lo que todavía no existe es la plenitud del reino de Dios en la tierra; y esto es lo que mantiene continuamente en juego la imaginación, la creatividad, la búsqueda y el compromiso del cristiano que se esfuerza para acelerar esa llegada.

Por todo esto, el cristiano tiene que considerar más intolerable aún que los demás el mundo tal como es. Porque lo que él espera, se opone profundamente a la realidad de odio, de injusticia, de muerte. De esta manera nunca dejara como responsabilidad de Dios lo que El ha querido que sea ahora, nuestra.

Finalmente, si todo don del Espíritu es tarea, y tenemos que arreglarnos en la práctica como si Dios no existiera, paradójicamente y por eso mismo, tendría que hacerse como con-natural en nosotros la súplica de lo que nos resulta inalcanzable, por ser en el fondo lo único que necesitamos: “que el Dios de la esperanza llene su fe de gozo y pueda hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo” (Romanos 15, 13).

Para su tarde libre del domingo o de otro día de la semana:

Le ofrecemos los dos tomos empastados de



Fetes et Saisons en Español

- Con ellos descansará y se actualizará para su pastoral
- Le darán ideas para sus predicaciones.

El tomo I contiene:

Los cristianos y la riqueza
Navidad
Libertad religiosa
El Bautismo
Un cristiano después del Concilio
Cristianismo y devociones populares
¿Por qué vivimos?
La crisis de la adolescencia
Mujeres solas
La canción, poesía de hoy.

En el tomo II encontrará:

Dios te salve, María
Las parábolas de Cristo
La Oración
El mal
¿Qué es un cristiano?
Muerto en una cruz ¿por qué?
Cómo leer el Antiguo Testamento
Pero quién eres Tú, Dios mío.
La vida de Cristo ayer y hoy
El domingo.

- La portada de cada número es a todo color y el texto muy ilustrado y ameno.
- Será también un magnífico regalo para aquellas personas que aprecia y a las cuales podrá llegar sólo por medio de un libro.

En una promoción especial para Ud. tenemos rebajados los dos tomos:

Antes: \$ 37.00 cada uno.

AHORA: \$ 20.00 cada uno.

Puede utilizar este cupón para su pedido:

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C.

Apartado M-2181

Donceles 99-A. México 1, D. F.

Orozco y Berra 180

(A un costado de
OMNIBUS DE MEXICO)

Nombre: _____

Dirección: _____

Población: _____

Tomo I

Les adjunto \$ _____

Envíenme el

Tomo II

Envíenme el pedido por Reembolso.

Añada \$ 4.00 para gastos de envío

Para el Extranjero no hay servicio de Reembolso

DEL SEPTIMO DOMINGO DE PASCUA A LA FIESTA DE SAN JUAN BAUTISTA

Del 3 de junio al 24 de junio

José Mendoza, S.J.

Domingo 3 de Junio, 7o. de Pascua.

El nexa entre las tres lecturas está dado en la oración: "y ya que confesamos que Cristo . . . vive junto a tí en la gloria, haz que le sintamos presente también entre nosotros hasta el fin de los tiempos . . .". En la primera lectura se nos dice que Cristo está presente por sus Apóstoles y los sucesores de éstos (Matías); en la segunda, por el Espíritu y el amor; en la tercera, por la verdad que guarda a la Iglesia del mal, permaneciendo en el mundo.

I) *Act. 1, 15-17.20a.20c-26.* Elección de Matías para ocupar el lugar de Judas entre los doce Apóstoles. San Pedro expone primero la necesidad de hacerlo, como voluntad de Dios manifestada en las Escrituras. Su cargo (episcopé = función de Apóstol) consiste en ser "testigo de la Resurrección" (cfr. 1 Cor. 9, 1; 15, 8-9), es decir del acto salvífico de Dios, realizado en la muerte y resurrección de Jesús como una sola cosa. Esto es lo que define al Apóstol y por ende al cristiano en general. Condición: que haya acompañado al Señor desde el principio. La Iglesia posterior busca la norma de su vida y de su fe en esta época privilegiada en que los 12 transmitieron la Palabra y el Espíritu de Cristo.

II) 1 *Jo. 4, 11-16.* Palabras clave: "amor" y "permanecer". Inmediatamente antes S. Juan define a Dios como

amor y dice que este amor se manifestó en el acto salvífico de Jesucristo. La consecuencia es que nos amemos unos a otros. Ese amor es la condición de que Dios (el Amor) permanezca en nosotros y nosotros en El; y es también la consecuencia: es obra del Espíritu. Es también la forma como somos "testigos de la resurrección" (1a.lect.) que aquí es "testimonio de que el Padre envió a su Hijo para el Salvador del mundo." Si el amor define a Dios, define también al cristiano.

III) *Jo. 17, 11-19.* El "mundo" no es material, ni el conjunto de los hombres, sino lo que se opone a Dios, lo que atrae a la carne, lo que atrae a los ojos, la arrogancia, la forma de vida" (1 *Jo.*, 2, 16). Como el destino de la Iglesia es influir en el mundo sin ser influido por él, estar en el mundo sin ser de él, necesita la protección de Dios. Jesús es la "Palabra" del Padre, es decir, la revelación de la "Verdad" de Dios, de su realidad salvadora. El Padre envía a la Palabra y Jesús envía a su Iglesia. En vida, Jesús "guarda" a sus Apóstoles mediante la comunicación de la realidad ("verdad") de Dios, y sólo se pierde el "hijo de la perdición" (semitismo: el que estaba destinado a la perdición por voluntad de Dios de que Cristo muriera). Ahora que "se va" Jesús le pide al Padre que "santifique" a la Iglesia "en la verdad", es decir que los consagre como sacerdotes de la Nueva Alianza y les comunique su propia santidad, revelando

en la palabra de Jesucristo. Si la Iglesia está separada del mundo, no lo debe a sí misma, sino a la gracia de Dios en Cristo.

Domingo 10 de Junio, Pentecostés.

La primera y tercera lectura nos narran la comunicación del Espíritu al comienzo de la Iglesia. En la segunda se nos explica la actuación del Espíritu en la Iglesia posterior, y la oración de la Misa pide a Dios que santifique por el Espíritu Santo a la Iglesia actual, y recuerda otros elementos de la primera lección: la universalidad de la Iglesia.

I) *Act. 2 1-11*. Para S. Lucas, autor de los Hechos, Pentecostés marca el comienzo del tiempo de la Iglesia y el final del *misterio pascual* (Pasión, Resurrección, Efusión del Espíritu). En su narración resalta el sentido teológico de este suceso. (a) La venida del Espíritu Santo es la contrapartida de la torre de Babel. Allí había sido la confusión de las lenguas; aquí los de las diversas nacionalidades entienden cada uno a los Apóstoles en su propia lengua. La Iglesia queda así señalada como el *principio de unidad para el mundo entero*, como Babilonia había sido el principio de división. (b) La fiesta original Judía celebraba en Pentecostés la entrega de la *Ley* a Moisés; a la Iglesia se le da, en cambio, el *Espíritu*, caracterizando así a la Iglesia como la comunidad de los que tienen en sí al Espíritu Santo habiendo en ellos, en lugar del legalismo judaico. (c) La *universalidad* de la Iglesia queda señalada ya desde su principio en la enumeración de las doce nacionalidades de los que escuchaban; es una lista que recorre el mundo conocido entonces de Este a Oeste, que corresponde a la idea de universalidad del oriental de entonces.

II) *1 Cor. 12, 3b-7.12-13*. San Pablo nos habla de la *unidad de la Iglesia dentro de la diversidad y multiplicidad de los carismas* individuales. Carisma o don designa aquí toda gracia que Dios da para beneficio de la Iglesia: para el servicio comunitario, el gobierno de la Iglesia y también para los milagros y otras manifestaciones especiales del Espíritu. Nótese la designación paulina de las dos primeras personas de la Trinidad: el Padre es simplemente "Dios", y el Hijo es "el Señor" para denotar su divinidad (en el A.T. "El Señor" = Dios). San Pablo distingue tres aspectos de la gracia para atribuirlos a las tres personas: los "dones" los atribuye al Espíritu Santo; los "servicios" o diaconías (ministerios y cargos eclesíasticos) al Hijo, que vino a servir a los hombres salvándolos; las "actividades" o "acciones" al Padre, a quien se atribuye la creación. Y toda esa diversidad es gracia de Dios para el "bien común" de la Iglesia, que es por tanto abierta y plural en la unidad de Cristo, cuyo cuerpo formamos por el bautismo. Al principio está la confesión de fe más antigua de la Iglesia: "Jesús es el Señor", es decir, es Dios (cfr. supra); y se asienta la tesis de que para este acto de fe, y para toda la vida cristiana que lo realiza en el tiempo, es necesaria la gracia.

III) *Jo. 20, 19-23*. La noche del domingo. Resaltan las cualidades de Cristo resucitado ("estaban a puertas cerradas") y su identidad con el Jesús crucificado ("les mostró

sus manos y costado"). En el don del Espíritu Santo, S. Juan usa una palabra, "sopló sobre ellos" tomada de la primera creación (Gen. 2, 7), significando así que los Apóstoles vuelven a ser creados, para que puedan continuar la obra de santificación de Cristo ("Como el Padre me envió, así os envío yo"), y en concreto librando al mundo del pecado. La Iglesia ha visto aquí justamente la institución del sacramento de la penitencia.

Domingo 17 de Junio, Santísima Trinidad.

La primera lectura nos habla de la *unicidad* de Dios y su actuación en la historia de Israel para salvarlo y protegerlo; la segunda y tercera, de la *comunicación de la vida trinitaria* al cristiano individual y a la Iglesia.

I) *Deut. 4, 32-34.39-40*. La religión del Antiguo y del Nuevo Testamento es una religión de la *experiencia* de Dios, de su cercanía. Ningún pueblo ha oído, como Israel, la voz del Dios, vivo sin morir como consecuencia de ello. Dios mismo es el que lo eligió como *pueblo suyo*, anticipando así la creación del nuevo Pueblo de Dios, que es la Iglesia de Cristo. También se le manifestó librándolo de la esclavitud de Egipto y estableciendo así su Alianza. La Alianza era un pacto mutuo: Dios adoptaba a Israel como su Pueblo y se comprometía a salvarlo, y el Pueblo se comprometía a aceptar a Yahveh como su único Dios y a guardar sus mandamientos.

II) *Rom. 8, 14-17*. La Nueva Alianza consiste en una *relación vital* con las tres personas de la Trinidad, por parte de Dios, y en dejarse llevar por el Espíritu, por parte del hombre. San Pablo nos explica aquí esta relación vital. Jesucristo, mediante su Pasión y Resurrección nos da el Espíritu Santo (todo esto es el Misterio Pascual). El Espíritu nos da vida, nos mueve y activa, y nos convierte así en hijos del Padre y nos lo manifiesta, testificándolo en nuestro interior. *Abbá*, voz aramea, connota una confianza mucho mayor que la de la palabra hebrea correspondiente: es la familiaridad de la palabra "papá", no la formalidad de la palabra "padre". Así hablaba Cristo, a diferencia de los judíos. El A.T. se caracterizaba, pues, por el espíritu de esclavitud (al pecado y a la ley) y por el temor; el N.T., por el Espíritu que nos da vida y nos hace verdaderos hijos y herederos con Cristo. No son meras consideraciones intelectuales: es una realidad que nos interpela a "dejarnos llevar" por el Espíritu Santo.

III) *Mt. 28, 16-20*. La *misión* de la Iglesia se basa en la potestad absoluta y total dada a Cristo y conferida por Este a ella. La misión consiste esencialmente en *bautizar y enseñar*. "Bautizar en nombre de..." es hacer que pertenezcan a cada una de las tres personas de la Trinidad, es una incorporación vital; se trata, pues, de la habitación de las tres personas en el cristiano. La *enseñanza* no es tanto de una nueva "ley", cuanto de una nueva forma de vida y una nueva concepción de la vida y del mundo, en la que los valores no pueden ya ser los mismos. Esa misión de la Iglesia está garantizada por la *presencia de Cristo* en ella hasta la Parusía. Colocada esta frase al término del Misterio Pascual, signifique que Resurrección y Ascensión no son un mero vol-

ver a la vida Jesús, sino que Jesús adquirió una nueva vida que comunica por siempre a su Iglesia, que es su Cuerpo.

Domingo 24 de Junio, San Juan Bautista

San Juan Bautista se encuentra entre los dos Testamentos. En un cierto aspecto es un modelo de aceptación y de fe en Cristo, y simultáneamente es para San Lucas (cfr. 2a. lect.) el último y el mayor de los profetas y, como tal, el precursor de Cristo. Más que en sus datos biográficos, la Iglesia se fija en estas lecturas en el *significado* de su vida y de su misión.

I) *Is. 49, 1-6*. Es el "Segundo Canto del Siervo del Señor". El N.T. identifica a este Siervo con Jesucristo. Sin embargo, por la íntima trabazón que hay entre el Mesías y su precursor, este poema nos describe también el significado de la vida del Bautista. Esencial para el profeta es el llamado de Dios desde el vientre materno. Y es Dios mismo quien lo prepara y le da una elocuencia eficaz para llegar al corazón del hombre ("espada afilada" y "flecha bruñida"). Paradoja de su misión: en lo externo, fracaso que lo desalienta, pero en realidad Dios está complacido de su obra y le acepta el "derecho" y le paga el "salario" de su trabajo. Su misión ya no está restringida a los solos judíos, sino que es "luz" de las naciones para llevar la salvación a todo el mundo.

II) *Act. 13, 22-26*. Significado de Jesús y de Juan en la historia de la salvación. Jesús es el *salvador* universal, que hizo posible nuestra cercanía a Dios haciendo por el Misterio Pascual que la Trinidad habite en nosotros (cfr. fiesta de

la Trinidad). Juan anunció al Mesías hacia el final de su vida (su "carrera") y trató de preparar su venida predicando la conversión y la penitencia. El concepto del N.T. (*metánoia*: cambio de mentalidad) es mucho más amplio que el mero "arrepentimiento" por los pecados. Es un alejarse del pecado y acercarse a Dios, lo que supone toda una orientación nueva de la vida y una nueva visión de las cosas y de lo que es uno mismo.

III) *Lc. 1, 57-66.80*. Como en el caso de Jesús, Lucas casi no nos dice nada de la infancia y educación del Bautista. Recoge más bien escenas de su nacimiento en que se manifiesta la acción salvadora de Dios y el papel de Juan en la historia de la salvación. Hasta el mismo nombre fue previsto por Dios: Juan, que significa "Yahveh fue benévolo" "Magnificó el Señor su misericordia con ella" significa que Dios reveló su gran misericordia mediante un acto salvador: es decir que todos los hechos milagrosos en torno al nacimiento del Bautista (anuncio, mudez de Zacarías, su recuperación del habla...) revelan que se trata de un gran profeta que va a iniciar el anuncio de la salvación universal y de la era de la amistad con Dios. De su formación como profeta nos dice San Lucas sólo dos elementos fundamentales: cada vez estaba más lleno del Espíritu Santo, que iba a hablar por medio de él (cfr. 1, 15), y se educó en el desierto, el lugar de la oración, de la penitencia y de la victoria contra la tentación. Las dos cosas, más el llamamiento y predestinación inicial, son lo que constituyen al profeta y al predicador.



el experto

Todas las páginas con dibujos

14 LIBROS

- * UN INDICE-ENCICLOPEDICO
- * UN ESTUCHE DE CAOBA (opcional)

La mejor fuente de estudio y de consulta de las Ciencias Naturales.

Para estudiantes de Segunda Enseñanza
Para adultos que quieran aprender por sí mismos.

Sin estuche: \$140.00
Con estuche: \$160.00

el experto

Donceles 99-A
Orozco y Berra 180
Apartado M-2181

ANATOMIA I
ANATOMIA II
BOTANICA I
BOTANICA II

DIBUJO DE
ORNATO
MEXICANO
FISICA I

FISICA II
GEOLOGIA
GEOGRAFIA FISICA
MINERALOGIA

QUIMICA
TECNOLOGIA
ZOOLOGIA I
ZOOLOGIA II

UNA REFLEXION PASTORAL DEL OBISPO DE TEPIC EN CUARESMA

Venerables hermanos y amados hijos:

Próximo ya el principio de la Cuaresma, me dirijo a todos Uds. para saludarles, deseándoles que la gracia y la paz del Señor reine en sus hogares, y para hacer algunas reflexiones sobre lo que es la Cuaresma, y el significado especial que tiene para nosotros en estos tiempos que estamos viviendo.

1. Cuaresma: lo que es y significa.

En la Sagrada Escritura, Cuaresma significa un período de cuarenta días, dedicado en forma especial al ejercicio y práctica de la penitencia. En la Liturgia de la Iglesia, es el período que se inicia el "Miércoles de Ceniza" y termina el "Jueves Santo" y durante el cual debemos prepararnos para celebrar los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, nuestro Salvador.

El verdadero cristiano debe imitar a Cristo, vivir con El sus misterios. Así como Cristo murió y resucitó, entregando su vida para redención de todos, así también nosotros debemos morir al pecado y resucitar a una vida nueva para ayudar a servir a nuestros hermanos. Por consiguiente, la Cuaresma es un tiempo dedicado especialmente a identificarnos con Cristo muerto y resucitado; es un tiempo de penitencia y conversión. Es decir, un tiempo en que debemos reconocer, delante de Dios, que somos pecadores, que necesitamos arrepentirnos y pedirle a Dios perdón por nuestras culpas personales con las que frecuentemente hemos

ofendido también a nuestros hermanos; es un tiempo en que debemos recapacitar que es necesario volver a Dios, y que ese regreso se hace efectivo mediante una vida de entrega y servicio en favor de los demás.

No debemos olvidar que el sentido de la verdadera conversión no se reduce a un plano puramente personal, sino que implica también una proyección hacia los demás. Es lo que ya el Señor decía por boca del profeta Isaías: "Sabéis qué ayuno quiero yo?", dice el Señor Yahvéh: romper las ataduras de inquietud, deshacer los lazos opresores, dar libertad a los oprimidos y quebrantar todo yugo; partir tu pan con el hambriento, recibir en casa al pobre sin hogar, vestir al desnudo y no volver el rostro ante tu hermano" (Is. 58, 6-7).

Por eso, ahora en este tiempo de Cuaresma, tiempo de conversión personal que debe tener repercusión en el aspecto social y colectivo, quiero hablar de un problema de capital importancia para nuestra Patria y particularmente para nuestra Diócesis: LA PATERNIDAD RESPONSABLE. Pero antes de abordar directamente el tema de la paternidad responsable, quiero que hagamos una breve reflexión sobre otras realidades sociales que son causas, condiciones o consecuencias del problema de la paternidad.

1. Análisis de la realidad diocesana.

Al invitarlos a hacer una reflexión sobre algunos aspectos importantes de nuestra vida social, nuestra intención es ayudarnos a descubrir en esa realidad nuestra proyección

social hacia los demás, que no es de justicia, de amor y de fraternidad, como debería ser por exigencia de nuestro cristianismo. En estas realidades, que sin ser técnicos en la materia, someramente analizamos, más bien nos proyectamos como egoístas, preocupados del lucro en detrimento de los demás.

Estas realidades condicionan fuertemente la paternidad irresponsable con sus funestas consecuencias. Por eso creemos que el problema de la paternidad responsable no puede, ni mucho menos, reducirse simplemente al control de la fertilidad.

Sin negar las grandes preocupaciones de nuestros gobernantes y los éxitos obtenidos, tales como: aumentos de salario, participación de utilidades, creación de nuevos empleos, multiplicación de escuelas, reglamentación de inversiones de capital extranjero, ampliaciones de participación en la seguridad social, etc. etc. sin embargo, debemos afirmar que todavía estamos lejos de realizar, en la proyección que damos, una justicia más vivencial y un mundo más fraterno y humano, en el que se viva más la igualdad efectiva de derechos y de acceso a los medios y servicios de perfeccionamiento, propios de la dignidad humana.

Mientras no haya esta conversión de grupos, con profundo sentido social, no bastarán las leyes, ya que con ese espíritu individualista, ávido de lucro excluyendo a los demás, se encontrarán caminos tortuosos para eludir leyes y continuar con las cosas en la misma aguda situación en que se encuentran.

Así pues, solamente trabajando, decididamente en pro de la justicia, con un sentido auténtico de los bienes, podremos realizar las condiciones favorables a una paternidad responsable.

Estas realidades sociales que nos dan la medida que nos sirven de termómetro para ver la necesidad de nuestra conversión colectiva, pensamos que podrían ser las siguientes: la agricultura, el salario, la vivienda, la educación, la población y la familia.

Pasemos a considerar cada una de ellas en particular.

1. AGRICULTURA — El desarrollo económico de nuestro Estado de Nayarit, y en general de nuestra Diócesis, está directamente ligado al desarrollo del sector agropecuario, pues éste comprende la mayor parte de la población económicamente activa de nuestro pueblo. Aun cuando, hablando en general, pudiera decirse que ha habido incremento en la productividad, sin embargo, no ha sido suficiente para hacer desaparecer la dualidad que viene desde hace tiempo: por un lado, agricultores poderosos y prósperos, y por otro, campesinos que viven en un nivel apenas de subsistencia y que, por desgracia, son la mayoría.

2. SALARIO — A la escasez de fuentes de trabajo que padecemos, hay que añadir la exigüidad de los salarios: el salario mínimo en el Estado es de \$ 25.25 en la ciudad y de \$ 24.00 en el campo. Aun cuando legalmente se ha aumentado, sin embargo, frecuentemente no se cumple, defraudando así al trabajador; por otra parte, la disminución del poder adquisitivo del dinero hace que ese salario sea insuficiente para cubrir las necesidades de las familias, con fre-

cuencia numerosas. Y si a esto añadimos que, sobre todo nuestra gente del campo, por falta de una educación de base, no hace la jerarquización para el correcto empleo de sus ingresos, el problema se agudiza: mala alimentación y condiciones precarias de vivienda.

3. VIVIENDA — Según datos del último censo (1970), había en Nayarit un total de 96, 444 viviendas para una población de 551,901 habitantes. De ese total cerca de 80,000 viviendas tienen uno o dos cuartos solamente para cerca de 450,000 personas. Pero sabemos que hay muchas familias que se encuentran en peor situación, con las consecuencias lógicas de promiscuidad y falta de higiene.

Algo muy significativo en este mismo renglón es que más de la mitad de las viviendas carece de drenaje (75,112 viviendas para 422,965 habitantes) y en las que todavía se emplea leña o carbón para cocinar los alimentos (55,801 viviendas para 311,284 habitantes).

Todo esto nos da una idea de las condiciones, muchas veces infrahumanas, en que viven nuestros hermanos y de las cuales poco o nada nos preocupamos.

4. EDUCACION — En el aspecto educativo, no obstante los grandes esfuerzos hechos para mejorar la situación educacional como son la construcción de escuelas, la preparación de maestros y la dedicación de un alto presupuesto para la educación, sin embargo, el crecimiento de la población y las deficiencias existentes hacen que quede todavía mucho por realizar para cubrir adecuadamente todas las exigencias en este renglón.

Es todavía alto el número de analfabetos: cerca de 80,000 (la cuarta parte de los que están en edad escolar); son muchos los que se quedan sin acceso a la educación primaria o secundaria por falta de aulas, o sin acceso a la educación superior por las limitaciones económicas, especialmente entre los sectores campesinos o más pobres de nuestro Estado.

No olvidemos que la ignorancia es uno de los principales obstáculos para un desarrollo económico y social, y que un analfabeto es un espíritu sub-alimentado: el hambre de instrucción no es menos deprimente que el hambre de alimentos (Populorum Progr. p.20)

5. POBLACION — Si a todo esto añadimos un crecimiento demográfico acelerado, entonces crecen las dificultades para la creación de condiciones favorables al desarrollo de la persona humana.

Nayarit tiene uno de los índices de crecimiento demográfico más elevados. En el decenio 60-70 fue de 3.5%. En quiere decir que si el crecimiento demográfico sigue al mismo ritmo, Nayarit, que ahora tiene medio millón de habitantes, para 1980 tendrá 750,000, con la agudización consecuente de los problemas que ahora tenemos.

6. LA FAMILIA — Consideremos, finalmente, los problemas que presenta en nuestra Entidad la institución familiar, que tiene una función importantísima en el desarrollo de las personas y en el progreso de la sociedad.

Según datos del censo de 1970, que hemos venido citando, hay en Nayarit cerca de 85,000 parejas conyugales. De éstas, sólo el 50% (43,000) están unidas por matrimonio religioso y civil; un 10% (9,300) sólo por matrimonio

gioso; un 8% (7,500) sólo por matrimonio civil; un 28% (23,000) viven en unión libre, y el resto (4,500) viven o divorciadas o separadas.

Por estos datos, constatamos que cerca de la tercera parte de los núcleos familiares carece de una garantía legal o religiosa para mantener su armonía y estabilidad. Evidentemente que con esa situación ni la pareja misma ni los hijos, pueden contar con las condiciones favorables para obtener un desarrollo completo, material y espiritual, de su personalidad.

Por esta razón, queremos aprovechar esta oportunidad para demostrar nuestra simpatía y aplaudir la iniciativa de nuestras Autoridades Civiles en favor de la estabilidad jurídica de la familia, al propiciar y dar toda clase de facilidades para la celebración periódica de matrimonios civiles colectivos.

Por otra parte, sabemos que, por su falta de preparación, por su inmadurez, por sus carencias económicas, por sus complejos y vicios, incluso muchas parejas unidas legal o religiosamente no son aptas para proporcionar a sus hijos una educación adecuada.

El alcoholismo, el divorcio, la infidelidad conyugal, el complejo de "macho" que erróneamente induce a los hombres a creer que son más hombres mientras más mujeres tienen o mientras más se independicen de su hogar, todo eso propicia la desintegración familiar y el número creciente de hijos ilegítimos y frena el progreso material y espiritual de nuestra comunidad.

III. Campaña de planificación familiar emprendida por las autoridades civiles.

La realidad de este arraigado y complejo problema ha decidido a las autoridades civiles a realizar un Programa de Planeación Familiar integral.

Objetivo y sereno en la observación de la realidad de la familia mexicana, y laudable en la tesis que lo fundamenta, abrigamos, sin embargo, serios temores de que la realización práctica de dicho Programa quede reducida a una mera limitación o control de nacimientos mediante la suministración de anticonceptivos e información sobre su uso a las personas que lo soliciten.

La solución de un problema tan delicado y complejo como el de la paternidad irresponsable, no puede ser tan simplista que pueda quedar simplemente reducida a frenar la explosión demográfica del país.

La solución integral sólo puede lograrse proporcionando una verdadera y completa información sobre lo que es y abarca la auténtica Paternidad responsable, y suprimiendo todo ese cuadro tan nefasto y negro de hechos y circunstancias que ocasionan o causan y agravan el problema de la paternidad irresponsable, como son: la injusticia social manifestada sobre todo en los salarios injustos, la promiscuidad en viviendas reducidas, el alcoholismo y el machismo, la pornografía y la drogadicción, la unión libre y el divorcio y tantas otras causas que son las verdaderas raíces del problema.

EL NUEVO TESTAMENTO EN UN NUEVO LENGUAJE

P. Agustín Magaña Méndez.

Con dos características notables:

- * Una traducción hecha con lenguaje común y corriente.
- * Ilustrada con 113 fotografías de vida cotidiana, cuyo objeto es hacer caer en la cuenta de que existen miles de circunstancias actualmente en las que la doctrina de Jesucristo tiene una aplicación concreta y diaria.

Ejemplar: \$ 10.00

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C.

Donceles 99-A
Orozco y Berriera 180.

Apartado M-2181.

México 1, D. F.

No creamos que el simple control de la natalidad va a ser la panacea de todos nuestros males. Cada problema debe resolverse atacando la causa o causas que lo determinan; y en el de la paternidad irresponsable, nuestros empeños y esfuerzos deben llevarnos a combatir y suprimir todas y cada una de sus causas.

IV. Orientaciones de la Iglesia

Ante esta crítica situación del Pueblo de México y de la Diócesis de Tepic, y ante estas disposiciones de las Autoridades civiles, la misión de la Iglesia es de ser luz que ilumine las conciencias, sal que preserve y fermento que promueva los auténticos valores humanos. Por eso, como Pastor y servidor de mis hermanos, consciente de mi responsabilidad, me dirijo a todos los sacerdotes y fieles de esta Diócesis para recordarles las orientaciones y enseñanzas de la Iglesia sobre la familia, pues todos conocemos la gran importancia del núcleo familiar, que es el principio y fundamento de la sociedad humana, y de cuya buena o mala situación dependen el bienestar o los desajustes de la persona, de la sociedad e incluso de la Iglesia misma (Apostolicam Actuositatem No. 11; Gaudium et Spes, No. 47).

1. ORIGEN Y MISION DE LA FAMILIA — La familia tiene su origen en la voluntad de Dios Creador, que hizo a los hombres precisamente con esta naturaleza humana y no con otra. En efecto, Dios no quiso que el hombre estuviera solo, sino que los hizo varón y mujer (Gen. 2,18; dotándolos de una inclinación natural para formar la íntima comunidad conyugal de vida y de amor, que se establece sobre el consentimiento personal e irrevocable de los cónyuges. Así aunque el matrimonio, cuya proyección natural es la familia, tiene origen en el libre acto humano de donación mutua de un hombre y de una mujer, sin embargo, esa institución está confirmada por una ley divina impresa en la misma naturaleza (Gaudium et Spes No. 48)

De esta comunión de personas en el amor, querida por Dios mismo y bendecida y santificada por Cristo mediante el sacramento del Matrimonio, nace una institución natural con una misión bien definida: la procreación y educación de los hijos, que constituye la realización y corona del amor conyugal (G.S. 48 y 50).

2. LA PAREJA CONYUGAL — Los esposos, al elegir y aceptarse, forman una alianza que implica una donación mutua y un compromiso de amarse, respetarse y ayudarse en su vida y en sus actividades. Precisamente por ser una alianza tan íntima de vida y de amor fue santificada por Cristo, que la elevó a la dignidad de Sacramento. En esa forma, la unión de los esposos expresa y realiza la unión amorosa y fecunda de Cristo y de la Iglesia (Ef. 5,32; G. S. 48).

Los hijos mismos son fruto de ese amor conyugal, tanto porque las relaciones maritales, que transmiten la vida, son expresión del amor de los esposos, como por que la educación de los hijos es obra del amor paterno y, para ser eficaz, requiere un clima de amor entre los esposos (G.S.50).

En el deber de transmitir la vida y educarla, los cónyuges participan y cooperan con el amor de Dios Creador. Por eso deberán cumplir esta misión con responsabilidad humana y cristiana, ya que no basta simplemente transmitir la vida, sino formar a los hijos como personas humanas y como hijos de Dios. En una palabra: que el amor que llevó a los esposos a casarse, también debe conducirlos a ser padres de una manera responsable.

3. PATERNIDAD RESPONSABLE — Ser padre de una manera responsable significa asumir consciente y generosamente la misión que Dios confía a un hombre y una mujer: tener hijos y formarlos en su calidad de personas y de hijos de Dios. Es comunicar la vida con plenitud.

Por consiguiente implica dos aspectos muy importantes: a) Uno cuantitativo: cuántos hijos hay que tener y cuándo. b) Otro cualitativo: la calidad de la formación y la educación que se les ha de dar.

Durante muchos siglos, la cuestión del número de hijos, realmente no fue un problema ni de orden familiar ni de orden social, pues por una parte el alto índice de mortalidad infantil y la carencia de recursos médicos, y por otra, la necesidad de brazos disponibles para el trabajo y la amplitud de espacio vital y de recursos para la alimentación, hacían deseable una familia numerosa.

Sin embargo, en el mundo de hoy, las circunstancias han variado notablemente. Los problemas de las injusticias, miserias y carencias que muchos padecen frente a la opulencia de unos pocos, se hacen cada vez más agudos. El acceso a la cultura y a la educación integral no es cosa fácil. El espacio vital y los recursos alimenticios cada vez se hacen más difíciles, mientras el incremento demográfico sigue a un ritmo cada vez mayor.

Todo esto hace que los esposos hoy en día se enfrenten con mayor seriedad ante su compromiso de paternidad responsable, tanto en su aspecto cuantitativo (número de hijos), como en su aspecto cualitativo (cómo los van a educar).

Este compromiso debe llevar a los padres de familia a preocuparse por sus hijos tanto en lo material, como en lo humano, como en lo cristiano:

En lo material, proporcionándoles alimento, vestido, vivienda adecuada y vigilancia en su salud.

En lo humano, dándoles atención, cuidado, comprensión, cariño y una educación que desarrolle armónicamente en los hijos la inteligencia, la voluntad y la afectividad, de tal manera que lleguen a ser hombres equilibrados y maduros, personas conscientes, libres y responsables, útiles a sí mismos y a la comunidad en que viven (Mensaje del Episcopado I,2).

En lo cristiano, así como los padres comunican a sus hijos la vida física y los ayudan a crecer, así también deben comunicarles y desarrollar en ellos la fe cristiana. El Concilio Vaticano II dice que los padres son para sus hijos, mediante la palabra y el ejemplo, y estando bien integrados, los primeros predicadores y educadores en la fe, para que ayuden a comprender y a vivir su fe bautismal y a descubrir, elegir y cultivar su propia vocación, teniendo en cuenta

la vida humana no se limita a éste mundo, sino que siempre mira al destino eterno de los hombres (Lumen G. 11; Apost. Act. 11; G.S.51).

4. PATERNIDAD RESPONSABLE Y CONTROL DE LA NATALIDAD. — Por lo anteriormente expuesto, aparece claro que no es lo mismo paternidad responsable que un simple control de la natalidad. El control de la natalidad (o planificación familiar como a veces se le suele llamar) es un mero cálculo sobre el número de hijos que se quieren tener. Más aún, muchas veces se le identifica simple y llanamente con la limitación de los nacimientos: se pretende frenar el crecimiento demográfico con medidas radicales por motivos puramente materiales, sin tomar en cuenta ni la dignidad de la persona ni su orientación a un fin extraterrestre y sobrenatural.

En cambio, paternidad responsable es comunicar la vida en plenitud. Mira a la formación del hombre en su integridad total: "cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad" (G. S. 3), y por consiguiente, va más allá de un mero control de nacimientos. Más aún, en un caso dado, puede equivaler a tener más hijos para darles una buena educación.

5. PATERNIDAD IRRESPONSABLE — Ante los ingentes problemas que ofrece el mundo de hoy y ante las exigencias que implica ser padre de una manera responsable, muchos han optado por una solución inadecuada y unilateral: simplemente restringir la natalidad, limitar el número de nacimientos. En realidad, el problema es mucho más complejo. Antes de limitar los nacimientos, evitando traer nuevos seres a disfrutar del banquete de la vida, hay que combatir seriamente la paternidad irresponsable y sus causas.

Si lo primero que hay que procurar para los hijos son unas condiciones de vida humanas en la vivienda y en la alimentación. ¿cómo puede proporcionárselas un padre que en un día va y se gasta en la cantina el sueldo de toda la semana? ¿Cómo puede tener hijos sanos un padre alcohólico?

¿Cómo podrán llegar a ser personas equilibradas esos niños "sin padre", porque su padre los engendró en una aventura, y jamás se preocupó por saber nada de ellos ni por reconocerlos?

¿Cómo van a poder dar una educación integral esas pobres "madres solteras", víctimas quizá de su debilidad o del capricho de los hombres, y que tienen que afrontar infinidad de problemas para medio-vestir y medio-alimentar a sus hijos de padre desconocido o irresponsable?

Tampoco podrá haber una educación adecuada si la pareja no está unida de una manera estable, en un legítimo matrimonio, en donde se garantice la mutua entrega y la mutua ayuda y el ambiente de cariño para los hijos. Más aún, ni siquiera se puede hablar de paternidad responsable cuando los esposos, aun estando unidos en legítimo matrimonio, viven separados en espíritu por la falta de armonía o de fidelidad. Peor aún, si a la separación afectiva ha seguido el divorcio, sin importar la estabilidad económica, moral religiosa o psicológica de los hijos. . .

No nos engañemos: paternidad responsable no es simplemente no tener más hijos. Es comprometerse en su formación, creándoles un ambiente propicio, sobre todo de cariño y comprensión, para que puedan llegar a ser en plenitud hombres, hijos de Dios.

Por consiguiente, ni el machismo, ni el alcoholismo, ni las uniones libres o de paso, ni el divorcio, ni el ausentismo en la educación, ni la poligamia, ni el egoísmo, son signos de paternidad responsable (G.S 52). Al contrario, son las causas del desquiciamiento familiar, agravado por la situación de miseria, ignorancia, injusticia, desocupación e irreligiosidad que hoy en día padece nuestro pueblo.

6. CONSECUENCIAS — De lo anteriormente expuesto, podemos sacar las siguientes conclusiones:

1a. Puesto que los esposos son cooperadores del amor de Dios y como sus intérpretes, es a ellos a quienes corresponde decidir personalmente y de común acuerdo acerca del número de hijos que han de tener para educarlos dignamente (G.S. 50; Mensaje, IV, 1).

2a. Por consiguiente, no son ni la Autoridad civil ni la Autoridad eclesiástica quienes van a decidir si las parejas han de tener muchos hijos, pocos o ninguno (Mensaje, IV, 1; III, 1).

3a. Esta decisión de los esposos acerca de lo más importantes (tener o no tener otro hijo), implica el derecho y la responsabilidad de decidir también sobre los medios lícitos para lograrlo (Mensaje, IV, 2).

4a. Es evidente que para decidir en una cuestión tan importante, los esposos muchas veces podrán y deberán consultar con sus guías espirituales para que los orienten, los iluminen, los ayuden a reflexionar; pero siempre la decisión corresponderá a la pareja después de haber formado su conciencia delante de Dios (Mensaje IV, 2.5.9.)

7. FORMACION DE CONCIENCIA — Para formar su conciencia en orden a una decisión tan importante, "los esposos cristianos, dice el Concilio, No PUEDEN PROCEDER A SU ARBITRIO, sino que siempre deben regirse por la conciencia, que hay que ajustar a la ley divina misma, dóciles al Magisterio de la Iglesia, que interpreta auténticamente aquella a la luz del Evangelio" (G.S.50)

Esto es evidente, pues aunque el matrimonio es una institución humana, sin embargo, tiene un origen divino y una misión impuesta por Dios mismo. Mas para comprender mejor las orientaciones del Magisterio, quiero hacer varias consideraciones, para abordar enseguida la aplicación de esas orientaciones a la paternidad responsable y a los medios para lograrla.

1) Consideraciones previas

1a. Existen leyes o normas, tanto impresas por Dios en la misma naturaleza humana, como manifestadas por El mediante la Revelación, que muestran al hombre el camino para vivir una vida verdaderamente humana aquí en la tierra y una vida eternamente feliz en su destino eterno.

2a. Estas leyes son explicadas e iluminadas por el Magisterio auténtico de la Iglesia.

3a. Estas mismas leyes, cuyo cumplimiento perfecto consiste en el amor a Dios y al prójimo, se le manifiestan al hombre por medio de su conciencia, pues cada hombre tiene esa ley escrita por Dios en su corazón, a la cual debe obedecer y por la cual será juzgado personalmente (G.S.16).

4a. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla invitándolo a amar y practicar el bien y a evitar el mal (G.S.16). Esta conciencia no es patrimonio de alguna clase o casta: Dios habla por igual al hombre pobre y al rico, al aislado y al de la gran ciudad, al culto y al ingenuo (Mensaje, IV,2). Aun cuando el hombre, al seguir su conciencia, llegara a equivocarse, no por eso perdería su dignidad o cometería pecado.

5a. Por eso, el hombre siempre debe obrar siguiendo las indicaciones de su propia conciencia, que procurará conformar con la ley divina, de acuerdo a criterios objetivos.

6a. Sin embargo, dadas las limitaciones humanas y la situación de pecado en que vive el hombre, sucede a menudo que éste o no capta las leyes en toda su perfección, o no tiene la suficiente madurez o la capacidad de amor para responder plenamente al ideal de perfección (Mensaje IV,2.5.8).

En estos casos, sin duda alguna, Dios juzga al hombre como Padre, teniendo en cuenta las circunstancias concretas de cada quien, y conforme a una pedagogía de la cual encontramos frecuentes ejemplos en la Historia de Salvación (cfr.Mt. 19,8; Mensaje, IV, 2.4).

2) Aplicaciones a la paternidad responsable

En cuanto al número de hijos que los padres deben tener y la educación que les han de dar, el Concilio dice que los esposos deben tener en cuenta "el bien propio de los esposos, el bien de los hijos ya nacidos o todavía por venir, discerniendo las circunstancias del momento y del estado de vida, tanto materiales como espirituales, y, finalmente, teniendo en cuenta el bien de su propia familia, de la Sociedad y de la Iglesia" (G.S.50)

Por tanto:

a) Deben guiarse, NO POR EL CAPRICHOS NI POR MOTIVOS EGOISTAS (G.S. 50-51: Mensaje, IV, 2.5.4.), sino que deben tener en cuenta:

b) Sus circunstancias concretas, tanto materiales como espirituales, a saber: salud, situación económica, maduración personal, comprensión mutua, vivienda, capacidad de educar, etc.

c) El bien de los hijos ya nacidos o futuros: si a unos y a otros se les podrá dar una formación integral: salud, alimentación, educación.

d) El bien de la familia y de la sociedad: que los hijos no vayan a ser lacras, ni para una ni para otra; antes al contrario, útiles para ambas.

e) El bien de la Iglesia, de tal manera que la familia sea como la "Iglesia doméstica" en la que nazcan nuevos hijos que, constituidos por el bautismo en hijos de Dios, perpetúen su Pueblo en el correr de los tiempos (Lumen G.11) y alcancen su destino eterno (G.S.51).

3) Aplicaciones a los medios para controlar la natalidad

En lo que se refiere al ejercicio de la paternidad responsable, el Papa Paulo VI en su Encíclica "Humanae Vitae" siguiendo las directrices del Concilio, dice que "la paternidad responsable se pone en práctica, ya sea con la deliberación ponderada y generosa de tener una familia más numerosa, ya sea con la decisión, tomada por graves motivos y respetando la ley moral, de evitar un nuevo nacimiento durante algún tiempo o por tiempo indefinido" (Hum. Vit.10).

En la elección de los medios o caminos para evitar un nuevo hijo, los esposos no pueden proceder arbitrariamente, sino que deben conformar su conducta con el orden moral objetivo establecido por Dios, explicado por el Magisterio de la Iglesia, y aplicado a cada caso por la recta conciencia (Hum. Vit.10).

Por tanto:

a) Quedan excluidos, por ser crímenes abominables, el infanticidio y el aborto directamente procurado, aun por razones terapéuticas.

b) Igualmente, hay que excluir la esterilización directa, perpetua o temporal, tanto del hombre como de la mujer.

c) Cualquier acto matrimonial de suyo debe quedar abierto a la transmisión de la vida, ya que existe una conexión natural, querida por Dios mismo y que el hombre no puede separar por propia iniciativa, entre los dos significados el acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreador (Hum.Vit.14)

d) Es permitido recurrir a medios terapéuticos verdaderamente necesarios y a los períodos infecundos, teniendo en cuenta los ritos naturales (Hum. Vit.15 y 16)

4) Interpretación pastoral

Sucede con frecuencia que los matrimonios, al tratar de tomar una decisión sobre la limitación de los nacimientos, se encuentran en un verdadero conflicto de valores y deberes: por una parte las leyes divinas de la paternidad responsable y el fomento del amor conyugal, y por otra parte, la obediencia a las orientaciones de la Iglesia sobre los medios lícitos para la limitación de los nacimientos.

Evidentemente, el ideal cristiano es salvar todos estos valores y deberes pero quien se encuentre con una CONCIENCIA VERDADERAMENTE PERPLEJA, puede decidir, sin cometer pecado, salvar los valores que a él en conciencia le parecen más importantes, aun sabiendo que su elección no es la más perfecta; pues, al fin y al cabo, es la conciencia quien aplica las leyes a cada caso particular, es ella quien ha de decidir en cada caso concreto, y en atención a ella por lo que Dios ha de juzgar (Mensaje, IV,2.5.4 véase MARTELET, G. "La existencia humana y el amor" p. 131 y siguientes; a este autor alude públicamente el propio Papa para facilitar la comprensión de la "Humanae Vitae"; véase también la primera "Instrucción del Episcopado Mexicano sobre la aplicación de la Humanae Vitae").

El santo Papa, en la Encíclica "Humanae Vitae" y en su Discurso a los Equipos de Nuestra Señora", al proponer a los esposos cristianos el ideal de perfección que debe

canzar, supone que muchas veces los esposos tendrán tropiezos en su camino a la perfección, y por eso los exhorta a acudir a la misericordia de Dios y a la recepción de los sacramentos, de tal manera que poco a poco vayan jerarquizando e integrando sus tendencias diversas hasta ordenarlas armónicamente en la virtud de la castidad conyugal, en la que el matrimonio encuentra su pleno desarrollo humano y cristiano (Hum. Vit. 25; Discurso No. 14; Mensaje IV 2. 5.8 y 9).

Interpretar así la doctrina de la Iglesia no es aceptar o defender una "moral de situación" o de circunstancias, pues ésta no reconoce normas objetivas e independientes, sino que todo lo deja al arbitrio de las personas. En cambio, nuestra interpretación sostiene que sí hay normas objetivas, pero también le da su lugar y su importancia a la conciencia personal. La aplicación de las normas a cada caso particular debe ser hecha por la conciencia de un hombre, teniendo en cuenta las circunstancias concretas en que se encuentra.

Sin embargo, deben recordar los esposos que las expresiones de ternura y las relaciones íntimas no deben ser instrumento de placer egoísta, sino signos y lenguaje de una entrega mutua y de un amor auténtico que perfecciona su unión profundamente humana. Esto será imposible si no se cultiva sinceramente la virtud de la castidad conyugal (G.S.51).

En toda esta materia, los esposos han de proceder sin angustias, pidiendo la gracia de Dios, esforzándose con paciencia y humildad por vivir las profundas exigencias de un amor santificado, que las normas morales les recuerdan. Así podrán continuar paso a paso en el camino hacia Dios, creyendo en la madurez del amor conyugal, abiertos a la esperanza, sin apartarse nunca de los sacramentos y teniendo en cuenta que el hombre tiene una vocación divina y un destino eterno (Hum. Vit. 25; Mensaje IV, 2.59). (Martelet op.cit. pág.138 y siguientes).

V. Sugerencias pastorales

Ante la irresponsabilidad de la paternidad, que es el problema capital y en el que se reflejan los complejos problemas que hemos venido señalando, debemos concientizarnos todos de que la solución del mismo exige el empeño comprometido y esforzado, inteligente y simultáneo de todas las instituciones que en una u otra forma tienen la misión de educar, como son el Estado y la Iglesia, la escuela y los institutos de enseñanza, y sobre todo, la misma pareja conyugal. Todos somos responsables de crear las condiciones favorables para formar un México más justo, más fraterno, en el que nuestras familias mexicanas puedan cumplir de una manera responsable su misión.

El autoconvencimiento de que todos tenemos una o varias pautas del hilo del nudo de este enmarañado problema, ya sería un primer paso de solución.

Por eso, insisto con apremiante urgencia a todos mis amados diocesanos, y especialmente a los que son padres o madres de familia, o próximamente lo serán, a que valoren en toda su objetividad y gravedad este problema; a que se esfuerzen en adquirir conocimiento pleno de lo que es la

paternidad responsable con todas sus implicaciones y consecuencias; a que consagren lo mejor de su tiempo a formar familias verdaderamente integradas; y a que se comprometan en su propio desarrollo y en el perfeccionamiento de la comunidad y de la Iglesia.

Por tanto, nuestra labor básica, ineludible y más urgente, debe ser, antes que nada, el concientizarnos y comprometernos seriamente por lograr la realización de una comunidad más justa, más humana y, en consecuencia, más divina.

Como un comienzo de actividades a realizarse, en ocasión de esta Cuaresma —tiempo de conversión— disponemos:

1) Que los estudios que por zonas pastorales realizan periódicamente todos nuestros hermanos sacerdotes, tengan como temario la doctrina de la paternidad responsable y las implicaciones prácticas que este problema tenga en su zona;

2) Que las misiones, ejercicios o pláticas que tradicionalmente se tienen con ocasión del tiempo cuaresmal, en alguna forma aborden, tomada en cuenta la especificidad del auditorio, la doctrina de la paternidad responsable.

Téngase en cuenta la conveniencia (verdadera necesidad en algunos lugares) de programar y anunciar estas pláticas para parejas aunque no estén casados por ley alguna.

3) Que se emprenda (y esto no sólo para el tiempo cuaresmal), la impartición de cursos prematrimoniales en los que uno de los temas principales sea la doctrina de la paternidad responsable;

4) Que en todo el ámbito geográfico de cada parroquia se trabaje en pro de la legitimación de uniones libres, previa, siempre, una adecuada catequesis.

5) Que los sacerdotes procuren, en amistosa convivencia con los médicos de su lugar de residencia, hacer intercambio de los conocimientos de su especialidad a fin de iluminarse mutuamente en los principios de solución a la problemática concreta que sobre la paternidad responsable presenten las familias del lugar en que viven.

A este respecto, suplico a mis hermanos sacerdotes atiendan a la recomendación que el "Mensaje del Episcopado al Pueblo de México sobre la paternidad responsable" (V,5) hace al afirmar que "es conveniente que los elementos de la doctrina aquí expresados sean difundidos entre médicos, enfermeras (especializadas) y empíricas (prácticas), lo que ayudará a estos servidores públicos a realizar su trabajo con una visión más completa de las personas";

6) Que teniendo en cuenta que estamos dentro del Año Mariano, no podemos ofrecer mejor testimonio del amor práctico a la mejor de las madres, María Sma., que trabajar juntos todos en la consolidación humana y cristiana de todas las familias de nuestra diócesis. Adviertan todos los Movimientos Apostólicos establecidos en la diócesis, muy especialmente el Movimiento Familiar Cristiano, que en el empeño de lograr esto, tenemos todos un vasto campo de trabajo apostólico.

No quiero terminar esta serie de sugerencias pastorales, sin dejar de recordar a mis hermanos sacerdotes que, siendo

el ámbito de la conciencia el recinto más sagrado de la persona humana, respetado por Dios mismo, nos abstengamos de decidir nosotros lo que sólo la pareja conyugal debe decidir. Nuestra misión es la de ayudarles en la formación y maduración de su conciencia, ofrecerles la luz de la palabra de Dios, de la Tradición y del Magisterio vivo de la Iglesia, pero jamás transformar nuestra misión pastoral en un paternalismo moral que propicie un funesto infantilismo moral en los fieles.

No olviden los padres de familia que vanos pueden resultar todos los esfuerzos que en forma subsidiaria realicen el Estado, la Iglesia y la comunidad en miras a obtener familias mejor formadas e integradas en todos los órdenes, si ellos, inmediatos y primeros responsables, no hacen los mayores esfuerzos por realizarse personal y comunitariamente.

Recuerden que el indispensable crecimiento de su madurez humana y cristiana, como formadores de su propia familia, es condición sin la cual nunca podrán realizarse en su auténtica misión de padres de familia. Sería fatal que las familias de nuestra diócesis arrastraran el lastre de contar con padres adultos sólo por sus años, inmaduros en su condición de formadores. En síntesis, "la familia debe ser formadora de personas, educadoras en la fe y promotoras del desarrollo", (Documentos de Medellín 3,4).

Finalmente, exhorto a mis amados diocesanos a que, unidos todos en un esfuerzo decidido y constante, conservemos los valores y tradiciones positivas de la familia mexicana, a la que debemos depurar de sus lastres de infortunios y

carencias y a la que hemos de enriquecer con todo lo que la haga floreciente para sí misma, para la comunidad, para la Patria y para la Iglesia.

La integración de todos a una cultura mejor, la debida justicia en los salarios, el amparo y protección de nuestra legislación en favor de las familias jurídicamente integradas, el control de los medios de comunicación social cuando atentan contra la integración familiar fomentando el alcoholismo y el crimen, las campañas permanentes contra la drogadicción y el pandillerismo, contra la pornografía y las uniones libres, son algunas de las múltiples actividades en que todos debemos estar interesados y seriamente comprometido, pugnando sí, por planificar la natalidad legítima en una forma responsable y libre, pero más que todo, erradicando la natalidad ilegítima y sus múltiples causas.

Impetrando a nuestro buen Padre Dios, de quien procede todo bien, un futuro mejor para todas las familias de la Patria y muy especialmente para las de esta diócesis, me es grato bendecir a todos mis amados diocesanos en el nombre del S. Jesús.

Este edicto será leído y comentado en las Misas de los domingos del tiempo de Cuaresma y en las demás ocasiones en que se tenga oportunidad de hacerlo. Dado en nuestra Sede Episcopal el día 10. del mes de Marzo del año de 1973.

+ Adolfo
Obispo de Tepic

APROVECHE NUESTRA BARATA DE JUNIO

BUENOS LIBROS A BUENOS PRECIOS EN BUENA PRENSA

PARA SUS REGALOS

Con grandes descuentos para Ud.

30% 35% 40%

Lo esperamos en esta su casa;

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C

Donceles 99-A México 1, D. F. Orozco y Berra 180. (a un costado de Omnibus México 4, D. F. de México) o escribanos al Apartado M-2181 México 1, D. F.

AMERICA LATINA: "IGLESIA DE LA PASCUA"

Mons. Eduardo Pironio, Presidente del CELAM.

UNA INTERPRETACION de la Iglesia Latinoamericana debe ser hecha desde la fe. Es el único modo de penetrarla en su profundidad sacramental y en el dinamismo interior del Espíritu que la invade y la mueve. El único modo de entenderla en su realidad sin desfigurarla en su misión.

No se trata simplemente de describir en ella una realidad con sus luces y sus sombras— o de enumerar superficialmente los principales problemas o proyectos. Podríamos caer fácilmente —según la perspectiva en que nos coloquemos— en la desesperación o en la euforia. En todo caso, sería una autoconsideración que nos cierra a la comunión verdadera con la única Iglesia de Jesucristo.

El primer error sería "latinoamericanizar" la Iglesia y arrojarnos en maestros críticos o modelos. En este sentido, hemos de cuidarnos de exagerar el misterio y el prodigio de una Iglesia latinoamericana.

Desde la fe nos esforzamos por descubrir el **designio** de Dios en nuestra Iglesia. Por entender y asumir "el tiempo y en el momento" (Act I, 7). Penetramos en la situación concreta de nuestros pueblos para ubicarlos en el contexto único de la historia de la salvación. La Iglesia —Sacramento primordial de Cristo— es la actualización cotidiana de la salvación.

Una interpretación auténtica de la Iglesia latinoamericana supone siempre esta triple consideración: su perfecta fidelidad a Cristo; su respuesta evangélica a la realidad glo-

bal del continente; y su generosa comunión con la totalidad de la Iglesia universal.

La Iglesia latinoamericana está viviendo su hora: hora de cruz y de esperanza, de posibilidades y riesgos, de responsabilidad y compromiso. Conviene que la comprendamos, amemos y vivamos con intensidad comunitaria. El Espíritu Santo está obrando maravillas en nuestra pobreza. No es para que nos sintamos felices y descansenos, sino para que comprometamos generosamente nuestra entrega.

Incluso esta hora providencial de nuestra Iglesia no puede ser vivida por nosotros solos o solamente para nosotros. Aquí entra fundamentalmente el Misterio de la Comunión.

La Iglesia latinoamericana debe ser fiel a su designio: su fisonomía propia y su vocación original. El Espíritu Santo la irá desarrollando en la fecundidad de su dinamismo propio. Irá despertando en todos la inquietud de la búsqueda y el compromiso en la tarea creadora. No podemos simplemente importar o repetir esquemas. Hemos de ser fieles al Espíritu y hacer que la Iglesia latinoamericana sea plenamente ella misma.

Pero para ello necesita la riqueza espiritual de las Iglesias hermanas. Es el sentido fundamental de la ayuda indispensable: promover el crecimiento interior de cada Iglesia para que pueda ser fiel a su vocación específica.

Puede haber dos modos de paralizar la vida de una Iglesia: dejarla totalmente librada a su energía juvenil o pretender aprisionarla en moldes extraños.

Pero hay otro modo —y eso ya depende de nosotros mismos— de desfigurar nuestra Iglesia o asfixiarla: vivir hacia adentro, demasiado preocupados por lo nuestro, no ofrecer generosamente nuestra pobreza a la variada riqueza de la Iglesia universal. Siempre hay dones nuevos del Espíritu en la dolorosa penuria de nuestras Iglesias jóvenes. Iremos madurando nuestra Iglesia en la medida de la apertura y la donación. Pablo escribe de las Iglesias de Macedonia:

“Su rebosante alegría y su extrema pobreza han desbordado en tesoros de generosidad” (II Cor 8, 2).

Es evidente que la Iglesia latinoamericana está viviendo una etapa nueva y providencial de su historia. Lo señaló Paulo VI en su visita a América Latina: “Por una convergencia de circunstancias proféticas, se inaugura hoy con esta visita un nuevo período de la vida eclesial” (Discurso de apertura de la II Conferencia Episcopal Latinoamericana, Bogotá 24 VIII 68). Los obispos latinoamericanos lo afirmaron también en su “Mensaje a los pueblos de América Latina”: “Creemos que estamos en una nueva era histórica. Ella exige claridad para ver, lucidez para diagnosticar y solidaridad para actuar”.

Lo que fundamentalmente marca esta hora providencial de nuestra Iglesia es una particular efusión del Espíritu de Pentecostés. De allí el anhelo de la conversión y la solidez de la esperanza. No entenderíamos lo que está pasando en la Iglesia latinoamericana si sólo lo explicáramos como un intento superficial de actualización o como simple fruto de presiones históricas. Hay algo más profundo y definitivo: Dios se está manifestando de un modo nuevo y comprometiendo la transformación interior de cada hombre.

Esta manifestación de Dios tiene —entre otras— dos expresiones concretas: las aspiraciones legítimas de los pueblos que interpelan evangélicamente a la Iglesia; y la mayor conciencia que la Iglesia latinoamericana va adquiriendo de la globalidad de su misión esencialmente religiosa.

En lo primero citemos simplemente dos textos de los Documentos de Medellín: “Estamos en el umbral de una nueva época histórica de nuestro continente, llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva” (Introd. 4); “un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte” (Pobreza, 2). En síntesis: aspiración a lo libre, a lo comunitario. Anhelo de participación, personalización, liberación.

En lo segundo, recordemos lo que nos enseña el Concilio: “La misión de la Iglesia es esencialmente religiosa, pero por lo mismo profundamente humana” (*Gaudium et spes*, 11). ¿Cuáles son las dimensiones humanas del mensaje evangélico y las exigencias históricas de lo religioso y eterno?

Cuando decimos que la hora de la Iglesia latinoamericana está fundamentalmente marcada por una particular efusión del Espíritu de Pentecostés queremos encuadrarla en un contexto esencialmente salvífico. Queremos decir que la imagen de la Iglesia latinoamericana no puede ser definida des-

de una perspectiva simplemente socio-económica y política. Lo que importa en ella es el Sacramento —es decir, el signo e instrumento— del Señor resucitado.

Por lo mismo es preciso partir —si queremos entender bien el misterio de la Iglesia latinoamericana— de un auténtico acto de fe en la acción fecunda del Espíritu Santo. Por un lado nos impulsa a la conversión (mediante una profunda asimilación a Cristo muerto y resucitado) y a la contemplación. Por el otro, nos impulsa a la misión y al testimonio: la Iglesia debe ser en el mundo fermento de transformación y signo de Dios verdadero.

Todo lo cual es exigencia y fruto de comunión. Esto nos lleva a presentar la imagen de la Iglesia latinoamericana —“Iglesia de la Pascua”— bajo tres aspectos esenciales y concretos: Iglesia del acontecimiento de Pentecostés, Iglesia profética, Iglesia liberadora del hombre.

La expresión “Iglesia pascual” auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres” (*Juventud*, 15).

Pero ¿qué significa una Iglesia Pascual? Una Iglesia del desprendimiento y la pobreza, del anonadamiento y la cruz, de la fecundidad y la esperanza.

Iglesia del acontecimiento de Pentecostés

Lo primero que es preciso subrayar en la Iglesia latinoamericana es su fidelidad al Espíritu. Le interesa el hombre, la liberación de los pueblos, la construcción activa de la historia. Pero desde las exigencias del Evangelio, en perspectiva fundamental de fe, en esencial tensión escatológica.

Sería falso concebir el momento de la Iglesia latinoamericana fuera del ámbito específico de la salvación. Pero de una salvación que tiene su único principio en Cristo (Act 4, 12) que abarca la totalidad del hombre y de su historia.

Pentecostés —plenitud del misterio pascual— no es un simple celebración del Espíritu o una conmemoración histórica de su descendimiento. Es un “acontecimiento” que —por la particular efusión del Espíritu Santo— “manifiesta la Iglesia (*Lumen gentium*, 2) y la hace “sacramento universal de salvación” (*Lumen gentium*, 48).

Se repite permanentemente en la Iglesia. Pero hay momentos providencialmente salvíficos en que la Iglesia experimenta la fecundidad y el compromiso del acontecimiento de Pentecostés: con lo que supone de sinceridad en la conversión, de profundidad en la comunión y de irresistible dinamismo en la misión.

La Iglesia se siente entonces verdadero sacramento del Señor y fermento de Dios para la transformación de los pueblos. “Germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación” (*Lumen gentium*, 9).

Lo que está sucediendo en la Iglesia de América Latina no es fruto de la improvisación de algunos o del talento o esfuerzo de los hombres. Es esencialmente obra del Espíritu Santo que nos llama a todos a la conversión y nos hace experimentar la angustia de los pueblos que esperan nuestro servicio y el testimonio cotidiano de nuestra fe.

Insistimos en el hecho de la **conversión**. Por allí comienza la búsqueda de los caminos nuevos, la exigencia de los cambios fundamentales y el compromiso evangélico de los cristianos en la transformación del mundo.

Tal conversión —fruto interior del Espíritu— supone una fe madura y activa, una esperanza firme y creadora, una caridad ardiente y concreta (1 Tes 1, 3). Es el sentido del "hombre nuevo" paulino (Col 3, 10) que exige despojarse de lo anterior para revestir auténticamente a Cristo" el Hombre Nuevo, creador según Dios, en la justicia y santidad de la verdad" (Ef. 4, 24).

Mientras peregrina en el tiempo, la Iglesia se va rejuveneciendo y renovando con la fuerza del Evangelio y la acción incesante del Espíritu (**Lumen gentium**, 4). Porque tiene conciencia de que el "al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación" (**Lumen gentium**, 8).

Pero hay momentos en la historia en que este llamado a la conversión es más urgente. Lo vivimos en América Latina como una gracia y acción del Espíritu. También como un compromiso solemnemente anunciado. Los obispos dijimos en Medellín: "Durante estos días nos hemos congregado, movidos por el Espíritu del Señor, para orientar una vez más las tareas de la Iglesia en un afán de **conversión y de servicio**. Hemos visto que nuestro compromiso más urgente es purificarnos en el espíritu del Evangelio todos los miembros e instituciones de la Iglesia Católica" (Mensaje a los pueblos de América Latina).

Pienso fundamentalmente en tres cosas; los cristianos no habíamos asimilado profundamente a Jesucristo (conocíamos superficialmente el Evangelio o habíamos estudiado técnicamente a Cristo sin saborearlo en su misterio); divorciamos la fe de la vida (nos contentamos con proclamar la fe o celebrarla en la liturgia, pero sin realizarla en lo concreto del amor y la justicia); por lo mismo, habíamos perdido la sensibilidad cristiana frente a las angustias de los hombres, no supimos iluminar sus esperanzas y nos desentendimos de la construcción positiva de la historia.

Una Iglesia del acontecimiento de Pentecostés debe ser una Iglesia de la conversión: pero de la vuelta fundamental a Cristo —cuya sencilla transparencia seremos— y a las exigencias radicales del Sermón de la Montaña. Ser perfectos como el Padre (Mt 5, 48). Realizar la plenitud de la tierra y luz del mundo (Mt 5, 13-16). Vivir cotidianamente el espíritu de las bienaventuranzas evangélicas (Mt 5, 1 ss.). Es el único modo de ser cristianos, expresar la Iglesia y transformar al mundo.

Esta conversión —lo confesamos con sincera fidelidad al Espíritu— la sentimos como urgencia y la hemos comenzado. Pero falta mucho todavía. No somos perfectos. Como Pablo "corremos para alcanzarlo sabiendo que nosotros mismos hemos sido ya alcanzados por Cristo Jesús" (Fil 3, 12 ss.).

Pentecostés nos asegura un particular revestimiento del Espíritu de la Verdad, de la Fortaleza y del Amor. Lo vamos experimentando, en diversas formas y niveles, en la fisionomía, inquietudes y tareas de nuestra Iglesia latinoamericana.

El Espíritu de la Verdad nos introduce en Cristo, nos descubre el misterio del hombre, nos interpreta la historia. Es espíritu de interioridad, de oración y de diálogo. En la Iglesia se ubica en asimiladora actitud contemplativa frente a la Palabra: la recibe, la rumia y la comunica. La Iglesia latinoamericana —Iglesia de la misión y del servicio, de la actividad y la presencia de la comprensión del hombre y solidaridad con la historia— se asienta y nutre en la **inferioridad**. Busca ser una **Iglesia contemplativa**. Por eso la reflexión de sus teólogos y la sabrosa meditación de la Palabra revelada.

El Espíritu de Fortaleza nos comunica la audacia equilibrada y el sereno fuego de los testigos. Por un lado nos quema la Palabra que no puede ser adulterada u omitida. Por otro, se acentúan los riesgos, crecen las dificultades. Vivimos en un continente cargado de esperanzas, pero lleno de conflicto, desesperación y violencia. Esto puede contagiar a la Iglesia la desastrosa tentación del desaliento, el pesimismo y la desesperanza. En un contexto así es muy fácil replegarse en el silencio o convertirse en "profetas de calamidades" (Juan XXIII). Necesitamos experimentar en nosotros la inquebrantable firmeza del Espíritu y comunicar a los hombres la seguridad que viene de Pentecostés. Hace muchísimo daño a la Iglesia la duda, el miedo y la tristeza. La Iglesia de América Latina recoge y proclama la exhortación Paulo VI en Bogotá: "No temáis. Esta es para la Iglesia una hora de ánimo y de confianza en el Señor" (Paulo VI, Bogotá 24-VIII-68).

El Espíritu del Amor engendra en nosotros la capacidad de ofrenda y de servicio. Construye, sobre todo, la Iglesia comunión; "unión íntima con Dios y unidad de todo el género humano" (**Lumen gentium**, 1). La Iglesia de América Latina experimenta hoy la urgencia de su respuesta salvadora al hombre y de su misión religiosa en el mundo. Puede correr el riesgo —en algunos de sus miembros o en la insistencia de algunas actitudes— de "secularizarse" (perdiendo así su esencial condición de fermento y volviéndose "sal insípida"), así como antes corrió con frecuencia el riesgo de "dehumanizarse" (olvidando el sentido de la encarnación de Cristo). El Espíritu del Amor nos recuerda la inseparabilidad práctica de las dos dimensiones del mandamiento principal (Mt 22, 34-40; Jn 4, 20). Hoy la Iglesia de América Latina —revestida del Espíritu del amor— se siente particularmente llamada a vivir y expresar la comunión: Dios y el hombre, liturgia y promoción, Evangelio y Eucaristía. Esa es su gracia y su responsabilidad. Esa es también lo diremos en la conclusión— la providencial finalidad del CELAM.

Pero la Iglesia del acontecimiento de Pentecostés nos sugiere otra cosa: **lo que en definitiva cuenta es el Espíritu Santo**. Lo cual nos transmite la seguridad y el desprendimiento de la Iglesia. Es decir el sentido total de la **esperanza**.

La Iglesia latinoamericana es una **Iglesia pobre**: en bienes materiales, en riquezas de tradición, en talentos personales. Pero la pobreza es precisamente la fuente de su fecundidad. Quizás sea eso lo que esperan de ella otras Iglesias. Porque la pobreza abre fundamentalmente a Dios.

Una Iglesia pobre sólo cuenta en las armas del Espíritu. No se apoya en los recursos materiales, en los poderes temporales, ni siquiera en las posibilidades humanas de sus miembros. Sólo cuenta la infalible eficacia del Espíritu. El hombre se salva por la fuerza del Evangelio (Rom 1, 16), la sabiduría de la cruz (1 Cor 1, 24) y el poder del Espíritu (Lc 24, 49; 1, 35).

La pobreza es parte de nuestra vocación latinoamericana. Si se la entiende bien define el rostro peculiar de nuestra Iglesia desposeída y en camino, liberada de ataduras y consciente de sus límites, apoyada en Dios y transparente al Señor resucitado. No es sólo un modo de solidarizarse con los que sufren o manifestar su protesta. Es ante todo un signo de que el Señor ha llegado y la seguridad de que el reino de Dios ha entrado en la historia.

Pero la pobreza tiene que ser asumida en el gozo y el silencio. La proclamación solemne la destruye, engendra en el corazón la amargura y suscita en los hombres la rebeldía. Una Iglesia verdaderamente pobre tiene hambre de Dios y experimenta la alegría del servicio. Es la Iglesia de la esperanza y de la caridad. Porque su preocupación salvadora es el hombre, su única riqueza es Cristo y su única potencia es el Espíritu Santo.

Iglesia profética

La misión es esencial a la Iglesia. Toda ella es enviada por Cristo al mundo para ser "sacramento universal de salvación" (Ad gentes, 1). La actividad misionera de la Iglesia es exigencia radical de la comunión.

La Iglesia de América Latina —providencialmente Iglesia de la Pascua— siente hoy la urgencia de proclamar el Evangelio. En la totalidad de sus miembros el Espíritu despierta y anima el carisma de la profecía. Por eso asume como principal tarea la **evangelización plena** de los pueblos.

Hay dos principios que la impulsan a ello: uno **teológico**: la fe supone la proclamación de la palabra (Rom 10, 14); otro **histórico**: tenemos un continente bautizado pero apenas superficialmente evangelizado.

Cuando decimos "**evangelización plena**" entendemos el anuncio de la **totalidad del Evangelio**. Hemos de ser fieles a las exigencias del mensaje y a su transmisión integral y clara. No somos dueños de la Palabra sino ministros. Es válida para todo profeta la exhortación de Dios a Jeremías: "Todo lo que te mande dirás... mira que he puesto mis palabras en tu boca" (Jer 1, 7-9). Ni siquiera Cristo —el Profeta grande— se siente con derecho a inventar la doctrina o modificar las palabras: "Yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar" (Jn. 12, 40). Desde una situación concreta intentamos penetrar la Palabra y actualizar el Evangelio; pero sin pretender disimular sus exigencias o torcer la potencia del Espíritu.

Una evangelización plena significa también otra cosa: que la proclamación auténtica del Evangelio —que suscita y madura la fe— tiende esencialmente a su **culminación en la Eucaristía**. No podemos separar —mucho menos oponer—

Evangelio y Sacramento, Iglesia profética e Iglesia cultural. San Pablo nos habla —como responsabilidad y gracia de misterio— de la "**Liturgia del Evangelio de Dios**, para que obediencia de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo" (Rom 15, 16).

Finalmente una evangelización plena supone desembolso en el **compromiso práctico de la fe**. Engendrar la fe en el corazón de los cristianos es comprometerlos para la vida. El sentido del reproche de Santiago: "De qué sirve, hermanos míos que alguien diga "Tengo fe, si no tengo obras? . . .". Pruébame tu fe sin obras y yo te probaré por las obras mi fe" (Sant 2, 14 ss.).

Es decir, que la evangelización plena —si es auténtica— es proclamación de la Palabra en el Espíritu— comunica a los hombres el misterio total de Dios que se revela en Cristo. Desentraña la dimensión humana del acontecimiento de salvación y compromete a los cristianos en la promoción integral de todo el hombre y de todos los hombres. No podemos simplemente identificar evangelización y promoción humana. Pero tampoco podemos separarlos demasiado. La fe alcanza su perfección en la realización práctica de la justicia y la caridad. Y por allí avanza el camino de la Palabra.

La Iglesia de América Latina se enfrenta ahora con dos urgencias concretas en orden a la evangelización de sus pueblos: una **interiorización** en la fe (lo cual supone iluminación, purificación, maduración y compromiso) y una **interpretación**, desde la fe, de la realidad global latinoamericana.

La urgencia de evangelización no es sólo nuestra. Es una exigencia del Espíritu en la Iglesia universal. Pero en América Latina —continente vasto y nuevo— la sentimos con dramática insistencia. Allí se nos plantea precisamente la necesidad de multiplicar los agentes de la evangelización (sacerdotes, religiosos y laicos) y de revisar las diversas formas de transmisión del mensaje (predicación, catequesis, liturgia, medios de comunicación social).

Falta, en muchos casos, una **elemental aproximación** a la fe. Aun en zonas pobladas y centrales. No es simplemente problema de marginación o de distancia. Es ausencia de sentido religioso, insensibilidad frente a los valores del espíritu, falta de interés ante la proclamación del Evangelio. Dios ha dejado de ser un elemento necesario o práctico. Indudablemente han influido los cambios rápidos y universales que afectaron profundamente los sistemas de vida y modificaron la perspectiva religiosa. Pero ha habido también una presentación abstracta y desencarnada del mensaje cristiano, una imagen fría de Dios como extraño al mundo lejano de la historia y descomprometido con los hombres. No era el Dios vivo de la Revelación manifestado en Cristo —imagen del Padre— (Col 1, 15; Heb 1, 3), permanentemente fiel a sus promesas y presente entre nosotros hasta el final (Mt 28, 20).

Falta, sobre todo, **profundidad en la fe**. Depende, en parte, de carencia de corazones limpios y desprendidos, los únicos capaces de ver a Dios (Mt 5, 8) y de acoger en la pobreza la revelación del Padre (Mt 11, 25). Pero principalmente depende de una falta de reflexión auténtica y de un

penetración más simple y cotidiana en la palabra de Dios. La vida se siente desconectada de la fe (con mucha frecuencia hasta opuesta a la fe y como su negación práctica). No se ha llegado a provocar en la conciencia adulta una opción personal y definitiva. La fe seguirá siendo algo extraño y añadido. Algo que se "siente", se "celebra" o se "practica" por momentos. Pero no algo definitivamente nuevo y esencial que da sentido único a la existencia cotidiana, a la misión concreta y al relacionamiento con el prójimo.

Cuando la fe es profunda todo cambia en la vida del cristiano. Porque Cristo es Alguien para él, y también el hombre en quien Cristo se manifiesta (Mt 25). Desde la fe se aprende a interpretar la historia como designio de salvación. Lo cual es importante entre nosotros. Es urgente penetrar desde la fe la realidad global latinoamericana.

Hay un hecho que particularmente nos preocupa. Los jóvenes —que constituyen un verdadero cuerpo social en América Latina— se sienten fuertemente interpelados en su fe por la situación penosa que viven nuestros pueblos (marginados y oprimidos) y por sus legítimas aspiraciones a la liberación. Hay en ellos una especial sensibilidad para descubrir el grito del Espíritu en este signo de los tiempos. Pero con frecuencia perciben que la única forma de vivir la fe —de ser cristianos— es comprometerse con la revolución y la violencia. Falta aquí una interiorización en la fe, una profundización auténtica en el Evangelio, una verdadera interpretación de los hechos en el contexto de la salvación.

Esto nos lleva a explicar el sentido de una Iglesia profética. Hoy la urgimos con insistencia en América Latina. Y podemos decir que es una de las características fundamentales de nuestra Iglesia como Iglesia de la Pascua.

Afortunadamente el Espíritu nos hace sentir, como responsabilidad y como gracia, la necesidad de asumir generosamente nuestra función profética. Quizás pudiéramos incluso decir —sin que ello signifique superioridad o dominio— que la Iglesia de América Latina se manifiesta el mundo como la Iglesia de la Profecía. Es decir, que su grito profético es hoy una vocación suya para la totalidad de la Iglesia universal. No precisamente por prestigio o mérito de nuestra Iglesia, sino por la particular situación que vive el continente.

Pero hemos de entender bien la profecía. No se trata simplemente de denunciar las injusticias o gritar el pecado de los hombres. Esto entra también en la tarea del profeta (si es auténtico), pero no es lo único ni primero.

Además "la pasión" del profeta es el Espíritu Santo, no la agresividad humana. Precisamente una de las características más claras del profeta verdadero es la conciencia de sus límites y la dolorosa experiencia de su impotencia y su miedo (cf. Jer 1, 4-10; Is 6, 1 ss.; Ez 2). De ahí su resistencia y la tentación de evadirse de la misión encomendada.

El profeta es el hombre del Espíritu que anuncia en su nombre las cosas de Dios. El profeta es hombre de oración y fiel a la transformación personal de la Palabra. El profeta es pobre y revestido de la fortaleza del Espíritu. El profeta ama profundamente a todos sus hermanos y golpea evangélicamente su corazón para salvarlos.

Cuando hablamos de nuestra Iglesia latinoamericana como Iglesia profética queremos entender la profecía en tres sentidos: Como proclamación de las maravillas de Dios en el lenguaje diverso de los hombres. Es el acontecimiento profético de Pentecostés cuando el Espíritu Santo llena a los Apóstoles y anuncia así los tiempos definitivos (Act 2). El contenido fundamental de esta comunicación profética es el hecho de la resurrección de Jesús a Quien el Padre constituyó "Señor y Cristo" (Act 2, 36). Su fruto es la conversión y la constitución de la comunidad cristiana primitiva (Act 2, 37-47). Como interpretación salvífica de la historia. Es decir, como lectura de los acontecimientos humanos en el contexto de la historia de la salvación. El profeta intuye el designio de Dios y descubre en cada momento el paso de Jesús, el Señor de la historia. Compromete así a los hombres a la entrega práctica de la fe en la transformación del mundo. Como llamado evangélico a la conversión. Desde la manifestación de Dios y el anuncio de la inminencia del Reino el profeta llama a la conversión y señala sus caminos (Mt 3, 1 ss.). Es el sentido de la misión de Juan el Bautista —el más grande de los profetas antiguos (Lc. 3, 3 ss.) y revela a Cristo que ya está en medio de los hombres y es "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 26-29).

Una Iglesia profética anuncia claramente las injusticias con la audacia del Espíritu. Pero solamente lo hace cuando —consciente de su fragilidad y su pobreza— se ha dejado revestir plenamente por el Espíritu de la santidad y ha revelado totalmente a Cristo.

Por lo mismo, una Iglesia profética necesita ahondar —desde la profundidad interior del Espíritu— en dos elementos esenciales: la fe y la oración. Por allí tiene que caminar la Iglesia de América Latina como Iglesia de la Pascua. Ante todo la fe: como respuesta a Dios y seguridad en su Palabra. Como entrega y confianza. La Iglesia de América Latina siente hoy un llamado especial de ser "germen firmísimo de unidad, esperanza y salvación" (Lumen gentium, 9) en el continente. Debe ser fiel, como María. "Feliz, porque has creído" (Lc 1, 45). Los pueblos latinoamericanos esperan de nuestra Iglesia —obispos, presbíteros, religiosos y laicos— los frutos concretos de una fe que es iluminación, testimonio y compromiso. Pero, además, la Iglesia latinoamericana tiene que transmitir su fe en la resurrección de Cristo. Creer que Cristo resucitó es tener seguridad de que Cristo vive: en la Iglesia como su sacramento, en el mundo como Señor de la historia, en el rostro de cada hombre que pregunta en la búsqueda. Finalmente, la oración. Una Iglesia profética tiene que ser necesariamente contemplativa. Sólo podemos anunciar la Palabra de Vida que contemplaron nuestros ojos y tocaron nuestras manos. "Lo que hemos visto y oído". Sólo así —de un anuncio profético que nace de la experiencia de lo contemplado— se puede esperar el fruto de una Iglesia comunión que engendra gozo y esperanza (1 Jn 1, 1-4).

Por eso la Iglesia de América Latina —Iglesia de la Palabra y de la acción, de la encarnación y del servicio, de la transformación y del cambio— quiere ser la Iglesia del silencio, de la oración, de la contemplación.

Iglesia liberadora del hombre

Hay una conexión muy íntima —muy evangélica y pascual— entre la consagración del Espíritu, el anuncio de la Buena Nueva a los pobres y la proclamación de la liberación a los cautivos (Is 61, 1). Es la relación intrínseca entre el acontecimiento de Pentecostés, la proclamación auténtica del Evangelio y la liberación plena de los oprimidos. La misma liberación es fruto de la proclamación del Evangelio.

Una de las características fundamentales de nuestra Iglesia latinoamericana —uno de sus compromisos más solemnes y constantes— es el de la liberación. Tema bíblico y pascual que es preciso entender en su plenitud y su riqueza. Podemos abusar del término. Podemos, también, vaciarlo de su contenido integral salvífico.

La "liberación" constituye una de las ideas claves de los Documentos de Medellín. Diríamos que el momento latinoamericano está marcado por un anhelo creciente de liberación y un compromiso religioso de la Iglesia. La Iglesia tiene que ser una respuesta a este llamado del Espíritu manifestado en la aspiración de los hombres y el grito de los pueblos.

Pero ¿qué es la liberación? Es el centro de la historia de la salvación y el fruto concreto de la Pascua. Por eso la Iglesia latinoamericana —si experimenta de veras su vocación original como Iglesia de la Pascua— tiene que ser necesariamente liberadora de los hombres.

Pero ¿qué es la liberación? Es la realización en el tiempo de la salvación integral que nos trajo Cristo en esencial tensión escatológica. Se va haciendo en la historia, a través del compromiso de fe de los cristianos, pero se consumará en la gloria.

Por un lado la liberación implica el sacudimiento de toda servidumbre (empezando por el pecado que esclaviza, Jn 8, 33), opresión o dependencia injusta. Por otro es la creación de condiciones tales que hagan posible al hombre ser el sujeto activo de su propia historia.

En términos bíblicos la liberación coincide con la redención. Pero extendida a la totalidad del hombre, los pueblos y el cosmos.

Es la creación del "hombre nuevo" (Ef 2, 15; 4, 24; Col 3, 10), renacido de lo alto por la acción del Espíritu (Jn 3, 5) y revestido de Cristo (Gál 3, 27). Es el hombre que ha sido hecho en Cristo "una nueva creación" (II Cor 5, 17) y que vive ahora como hijo de Dios, según el Espíritu que inhabita en él, lo conduce grita en su interior al Padre y lo lleva a la manifestación perfecta y a la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Rom 8).

El hombre nuevo es el hijo de Dios: su forma es Cristo, su principio interior el Espíritu, su término la gloria definitiva del Padre. Es el hombre libre, fraterno, señor de las cosas.

Cuando en América Latina hablamos de "liberación" no queremos encerrarnos en el ámbito de lo puramente socio-económico y político. Al menos no es ese el concepto evangélico que proclamamos. Sería una forma de ateísmo moderno (*Gaudium et spes*, 20). Tampoco queremos limitarnos a la formación de un hombre nuevo según el esquema provisorio de una temporal proyección histórica (*Gaudium et spes*, 10).

Nos interesa la totalidad del hombre la globalidad de su salvación, la riqueza plena de su libertad en Cristo (Gál 5, 1).

Pero tampoco excluimos —antes al contrario lo exige la unidad del hombre y de la misión esencialmente salvadora de Cristo— la serie de condicionamientos temporales que permiten al hombre realizar su vocación divina, ser dueño de su destino, reflejar verdaderamente la imagen de Dios y desarrollar "la semilla del Verbo" (*Ad gentes*, 11) plantada en su interior desde el principio. "El Evangelio anuncia y proclama la libertad de los hijos de Dios, rechaza todas las esclavitudes que derivan, en última instancia, del pecado" (*Gaudium et spes*, 41).

La liberación, en su sentido pleno, abarca la totalidad del hombre: alma y cuerpo, tiempo y eternidad, persona y comunidad. Se inscribe en el dinamismo escatológico de la redención que nos describe Pablo en la Carta a los Romanos. No sólo el hombre —que posee ya, las primicias del Espíritu— sino todo el cosmos redimido en esperanza ansa vivamente y marcha hacia la liberación perfecta y consumada. Se dará cuando Cristo vuelva y —sometido el último enemigo que es la muerte— entregue al Padre el Reino definitivo "para que Dios sea todo en todo" (I Cor 15, 28).

Para entender la liberación cristiana es preciso penetrarla y descubrirla desde el interior del misterio pascual de Cristo. Cristo es el que vino a "quitar el pecado del mundo" (Jn 1, 29), a "salvar a su pueblo de sus pecados" (Mt 1, 21) y "dar su vida como rescate por muchos" (Mt 20, 28). Es el sentido de su Encarnación redentora, de su predicación de Reino y de la manifestación de su gloria en los milagros, de su vida y de su muerte, de su cruz y su resurrección. Cristo ha venido para quebrar el imperio del demonio y para arrancarnos de la esclavitud del pecado, de la ley y de la muerte (Rom 8, 2).

Para ello nos comunicó la verdad que nos libera (Jn 1, 32) e infundió en nosotros "un agua que salta hasta la vida eterna" (Jn 4, 14). Somos libres por el Espíritu de donación que recibimos (Rom 8, 15) como fruto de la glorificación de Cristo por la cruz (Jn 7, 39). Allí alcanza su plenitud la historia de la salvación que empieza con la liberación de Israel de "la casa de la servidumbre" (Ex 13, 3).

Pero el misterio pascual de Cristo recrea totalmente al hombre —lo hace integralmente nuevo y "llamado a la libertad" (Gál 5, 23)— y lo libera de toda servidumbre derivada del pecado; egoísmo, ignorancia, hambre, miseria, injusticia, muerte.

Cristo no se contenta con perdonar los pecados o proclamar la Buena Nueva del reino; multiplica los panes, cura a los enfermos y resucita a los muertos. Es que a Cristo le interesa la totalidad del hombre y la integridad de su salvación. La Iglesia prolonga ahora la misión salvadora del Señor (*Gaudium et spes*, 3).

Pero más que una explicación teológica del sentido mismo de la liberación yo quisiera describir el modo como interpela hoy a la Iglesia en América Latina y cual es —en la actividad de la esperanza y la fecundidad de las Bienaventuranzas evangélicas— el camino para la liberación cristiana del continente.

Hay una manifestación de Dios en el despertar de la conciencia de nuestros pueblos. La Iglesia lo asume con audacia en el Espíritu para impedir que se autodestruyan en la desesperación.

Por un lado los hombres descubren su situación infrahumana, su marginación, su dependencia injusta (en todos los niveles: socio-económico, político, cultural, etc.). La Iglesia —como “conciencia crítica” (Sínodo 71) desde la profundidad del Evangelio— la define como “situación de pecado” (Medellín Paz 2, 1). Hay un estado de injusticia estructural que clama al cielo (**Populorum progressio**,).

Corresponde a la Iglesia —por exigencia de su misión esencialmente religiosa— denunciarlo y provocar la conversión. Es tarea primordial de la Iglesia “quitar el pecado del mundo”: del corazón de los hombres, o del interior de las instituciones. Proclama el cambio radical y urgente de las estructuras (**Populorum progressio**, 32); pero sin incitar a la violencia ni alentar la desesperación o la amargura. Grita la conversión y crea una conciencia nueva con la fuerza del Evangelio y el poder del Espíritu. Sigue creyendo en la infalible eficacia de la Palabra y de la acción de Dios. Aunque hayamos perdido la confianza en la palabra y la promesa de los hombres.

Por otro lado, los hombres y los pueblos descubren su vocación divina y el sentido de la historia. Se sienten urgidos a ser sujetos activos en la realización de su destino. No pueden dejar de ser ellos mismos. No pueden traicionar —por pereza o por servidumbre— su vocación única y suprema (**Gaudium et spes**, 22). No pueden contemplar pasivamente desde fuera cómo se va haciendo la historia sin ellos. No pueden autodestruirse como personas o como pueblos. No pueden apagar “la imagen de Dios” en su vida o en su tarea.

La Iglesia se siente también aquí comprometida: a revelar a los hombres la globalidad de su dignidad personal (**Populorum progressio**, 13), a alentar y facilitar la realización de su vocación divina, a solidarizarse con sus angustias y esperanzas. Tiene que ser “el alma de la sociedad” (**Gaudium et spes**, 40).

Aquí entra, sobre todo, la urgencia concreta del compromiso de la fe de los cristianos. “Lo que el alma en el cuerpo esto han de ser los cristianos en el mundo” (**Epist. a Diogneto**: cf. **Lumen gentium**, 38). La fidelidad del cristiano a sus tareas temporales —construyendo así la historia con espíritu evangélico— es expresión práctica de su fe y manifestación de su perfecta fidelidad al prójimo y a Dios (**Gaudium et spes**, 43).

Este es el camino evangélico para la liberación cristiana del continente. Hay entre nosotros —incluso en el interior de la Iglesia misma —una especie de cansancio y desaliento. El único camino que se abre es la desesperada tentación de la violencia. Resulta estéril la palabra, lento el cambio, improbable la conversión. Pero entonces tendríamos que negar el Evangelio, desconfiar de la fecundidad de la cruz y renunciar a la infalible eficacia de la Palabra. Por eso hace falta, más que nunca, insistir en la actividad creadora de la esperanza cristiana y en el poder transformador de las Bienaventuranzas evangélicas.

La esperanza es tensión escatológica; supone desprendimiento y vigilia. Pero es, también, creación y compromiso. “La esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales” (**Gaudium et spes**, 21). Mientras esperamos “los cielos nuevos y la tierra nueva en que habitará la justicia” (II Pe 3, 13) se nos exige construir la historia y transformar el mundo. La esperanza cristiana es actividad y comunión en el camino.

Hace falta comunicar a los hombres desalentados la seguridad de la resurrección, la permanente presencia de Cristo Señor del universo y la continua actividad del Espíritu Santo en el interior de la historia. Hay que gritarles a los hombres que el reino de Dios está en medio de nosotros y que exige conversión y entrega en la fe (Mc 1, 15).

Estamos viviendo en América Latina un capítulo —muy duro y difícil, pero extraordinariamente fecundo— de la historia de la salvación. Con tal que todos los asumamos como gracia y como llamado. Es posible la paz. Porque es posible la justicia y el amor. Porque es infalible el Evangelio.

Si se vive el dinamismo creador de la esperanza cristiana —que no es espera pasiva y ociosa, sino seguridad y compromiso, actividad y firmeza— llegará para América Latina la hora de la liberación anhelada. Pero no basta la esperanza de unos pocos, tiene que ser la esperanza de la Iglesia.

Se nos exige a todos los cristianos que seamos enteramente fieles al Sermón de la montaña. Que vivamos a fondo las Bienaventuranzas evangélicas. Hasta ahora las hemos aprendido y enseñado; pero falta celebrarlas en la vida. No somos verdaderamente pobres, ni mansos, ni misericordiosos. No tenemos hambre sincera de justicia. No hemos amado a Dios con toda el alma, ni hemos descubierto a Cristo en los hermanos. Por eso no hemos saboreado la cruz ni hemos servido de veras a los hombres.

Los pueblos esperan de nosotros la liberación. O la ofrecemos nosotros por la fecundidad pacificadora del Evangelio o la intentan ellos por los caminos de la violencia.

El momento que vive América Latina —momento de salvación y de gracia— es definitivo. Y es el desafío más grande para la Iglesia; o el Evangelio es una utopía o los cristianos no vivimos el Evangelio. Porque el único camino para la liberación verdadera pasa siempre por la Pascua de Jesús —anonadamiento y resurrección, cruz y esperanza— y se prolonga entre nosotros por el espíritu transformador de las Bienaventuranzas evangélicas.

CONCLUSION

Esta es la Iglesia de América Latina que hoy va descubriendo su fisonomía propia y —desde su pobreza— busca ser fiel a su vocación original. Se siente particularmente comprometida por el Señor, evangélicamente interpelada por las aspiraciones de los pueblos y penetrada por el Espíritu de Pentecostés. Es la Iglesia de la Pascua: Iglesia en comunión y en esperanza. Iglesia de la profecía y del testimonio, Iglesia de la novedad pascual y la misión, Iglesia-Sacramento del Señor resucitado.

Va naciendo entre nosotros como nació en María: en la

pobreza, en el silencio, en la disponibilidad. En ella —la Virgen fiel, “la humilde servidora del Señor” (*Lumen gentium*, 56)— aprende y asegura su propia fidelidad: al Espíritu que la cubre con su sombra (Lc 1, 35) y a los hombres que esperan su servicio (Mt 20, 28).

Uno de los signos de la acción de Dios en América Latina —providencial inspiración del Espíritu a su Iglesia— ha sido la creación del CELAM. Precisamente su naturaleza teológica es esa: **expresar y hacer la comunión** entre las Iglesias particulares. No es una estructura de gobierno —superconferencia— sino un organismo de servicio. Fundamentalmente es un alma y un espíritu.

La esencia del CELAM es manifestar y promover la colegialidad episcopal al servicio de la comunidad de los fieles. mucho antes que el Concilio definiera la colegialidad episcopal —y que el Sínodo de los Obispos la profundizara— ya el CELAM la vivía y realizaba. Fue intuición providencial y don de Dios a nuestra Iglesia. Sentimos por eso el gozo de una gracia y la responsabilidad de un compromiso

EL CELAM no es la Iglesia de América Latina. No la agota en la plenitud de su riqueza ni en la totalidad de sus perspectivas. Pero la expresa en la originalidad de su búsqueda y en la fuerza transformadora de su presencia: como sacramento del Señor, como sacramento de unidad, como sacramento universal de salvación.

Si hubiéramos de sintetizar los frutos alcanzados por el CELAM señalaríamos los siguientes: haber creado un senti-

do de **colegialidad episcopal**, y de comunión de Iglesias particulares; haber ayudado a descubrir el **rostro propio** de la Iglesia latinoamericana y su vocación original en el contexto de comunión de la Iglesia universal; haber impulsado el dinamismo de **presencia de la Iglesia** en la actual transformación del Continente; haber promovido la **reflexión teológico-pastoral propia sobre la realidad global latinoamericana**; haber ofrecido su pensamiento autóctono y su experiencia simple a la variada riqueza de la Iglesia Universal.

Así vivimos la comunión en el Espíritu (II Cor 13, 13). Necesitamos ser pobres y generosos. Pobres para recibir con alegría, generosos para dar con sencillez.

En América Latina experimentamos más que nunca la necesidad de una Iglesia comunión. Por eso les pedimos en el Señor que nos ayuden: a pensar y construir esta Iglesia de esperanza. Por eso, también, les ofrecemos esto poco que somos y tenemos. Son los dones de Dios en nuestra Iglesia de la Pascua.

Esta Iglesia que se expresa en la unidad de la enseñanza y la comunión, de la fracción del pan y las oraciones. (Act 2, 42).

Desde América Latina —continente de cruz y de esperanza— es el único anuncio que ofrecemos y la única invitación que formulamos: que vivamos todos en comunión, que nuestra comunión sea con el Padre y con su Hijo, Jesucristo, para que el mundo experimente la fecundidad salvadora de nuestro gozo completo en el Espíritu. (1 Jn 1, 3, 4).

CASA MORFIN, S. A.

Sucursal No. 1
Calzada de la Viga 376
Tels.: 538-03-69
530-34-91

Matriz
Av. Cuauhtémoc 216-A
Conmutador 578-22-11
Directos: 578-19-24
578-33-43
578-20-65

Sucursal No. 3
Marina Nacional 265
Col. Anáhuac
MEXICO, D. F.
Tel.: 399-09-77

Sucursal No. 4
Calzada Ignacio
Zaragoza 574
Col. 4 Arboles,
Tel.: 571-58-11

Sucursal No. 2
Héroe de 1810 No. 123
Tacubaya
Tels: 515-78-12
515-04-38

Refacciones para Autos Americanos y Europeos

LA ORACION HOY

Catequesis del Papa en la Audiencia

General del Miércoles 14 de Febrero

También la oración es tema que abarca toda la psicología del hombre de nuestro tiempo; y por esta razón lo vamos a examinar, ciertamente, no para presentaros un estudio que iguale la importancia tanto del tema como de la ilimitada literatura, de ayer y de hoy, que a él se refiere: sino solamente para individuar una de las líneas características y quizás esenciales, del perfil humano moderno.

Diálogo con Dios

¿Se reza hoy? ¿Se advierte qué significado tiene la oración en nuestra vida? ¿Se siente su deber, su necesidad, su consuelo su función en el cuadro del pensamiento y de la acción? ¿Cuáles son los sentimientos espontáneos que acompañan nuestros momentos de oración: la prisa, el aburrimiento, la confianza, la interioridad la energía moral? ¿O acaso también el sentimiento del misterio? ¿Tinieblas o luz? ¿Finalmente el amor?

Deberíamos en primer lugar intentar, cada uno por nuestra cuenta, hacer esta exploración y acuñar para uso personal una definición de la plegaria. Y podríamos proponernos una muy elemental: la oración es un diálogo, una conversación con Dios. E inmediatamente vemos que ésta depende del sentido de presencia de Dios, que conseguimos representar a nuestro espíritu, ya sea por intuición natural, o por una cierta figuración conceptual o por un acto de fe; la nuestra es como una actitud del ciego que no ve, pero sabe que tiene ante sí un Ser real, personal, infinito, vivo, que observa, escucha, ama al que ora. Entonces nace la conversación. Otro está presente y este Otro es Dios. Si faltase esta advertencia de que Uno, es decir, El, Dios, está de algún modo en comunicación con el hombre que reza, éste se prodigaría en un monólogo, no interesaría un diálogo. No se trataría, para él, de un auténtico acto religioso, que exige ser dos, entre el hombre y Dios, sino de un monólogo, hermoso quizás, superlativo a veces, como un esfuerzo supremo de volar hacia el cielo opaco e indefinido, pero que aclama y, en este caso con frecuencia, llora en el vacío.

Estaríamos en el reino de la más lírica y más profunda fenomenología del espíritu, pero sin certeza, sin esperanza, más bien desolación música callada.

La oración es un acto religioso

No es así para nosotros, que sabemos que la oración, es decir, el encuentro con Dios, es una comunicación posible y auténtica. Ponemos esta afirmación entre las certezas indiscutibles de nuestra concepción de la verdad, de la realidad en que vivimos. En términos sencillos: la religión es posible y la oración es, por excelencia, un acto de religión (cf. *S. Th.* II-II, 3). Hablamos de ellos en otra ocasión y concluimos que existe no un Dios ausente e insensible, sino un Dios providente, un Dios que vela por nosotros, un Dios que nos ama (cf. 1 Jn 4 10), y que espera, sobre todo, ser amado por nosotros (cf. Deut. 6 5: Mt 22. 37). Por esto puede producirse en el que reza un estado de ánimo primordial e importantísimo resultante de la síntesis de dos sentimientos diversos, aparentemente opuestos, el de la trascendencia de Dios, deslumbrante, que nos abruma. (cf. Gén 18, 27; Lc 5, 8), y el de su inmanencia, es decir, de su inmediata cercanía, de su inefable presencia; dos sentimientos que se integran en la pequeña y pobre celda de nuestro espíritu y encienden en él inmediatamente una extraordinaria vivacidad religiosa, que puede de improviso balbucear su doble expresión orante: la alabanza y la invocación o puede también, en algunas almas místicas, permanecer absorta en un silencio contemplativo, casi indescriptible (cf. H. Bremond *Int. à la Philosophie de la Prière*).

Esta es la génesis de la oración que, elevada al plano de la fe y surgida de la escuela del Evangelio, asume una voz queda, dulce, casi hecha connatural con nuestro lenguaje humano, autorizado como está a llamar al Dios de los abismos en el nombre amable y confidencial de Padre: "Así pues nos enseña nuestro Maestro Jesús, habéis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos..." (Mt 6 9).

Dificultades actuales para la oración

Sublime. Pero debemos admitir que el mundo de hoy no ora con gusto, no ora fácilmente: no busca ordinariamente la oración, no la saborea, a menudo no la quiere. Haced vosotros mismos el análisis de las dificultades que intentan hoy apagar la oración. Enumeremos algunas: la incapacidad: donde no ha llegado una cierta instrucción religiosa, es bien difícil que pueda formularse de por sí una oración. El hombre, el muchacho, queda mudo ante el misterio de Dios. Y allí donde se ha negado la creencia en Dios, donde ha sido declarada vana, superflua, nociva ¿qué otras voces substituyen a la oración? Y después de las insistentes lecciones contra la espiritualidad, tanto contra la natural como contra la educada por la fe, lecciones de naturalismo, secularismo, paganismo, hedonismo, es decir, lecciones en provecho de la deseada aridez religiosa, con la que tanta parte de la pedagogía moderna ha asfaltado el alma de las muchedumbres, saturadas de materialismo, ¿cómo puede florecer en los corazones la poesía de la oración?

En nuestros días, dos dificultades serán típicamente contrarias a la oración. Una de índole psicológica, proveniente de la sobreabundante, fantástica, profana y, por desgracia,

frecuentemente contaminada de sensualidad y de licencia profusión de imágenes sensibles, de las que los modernos y de por sí maravillosos instrumentos de comunicación social llenan la psicología social: el ámbito de la experiencia sensible no es de por sí idóneo para la vida religiosa: puede ser de antecámara si está sabiamente vinculado con el destinado a la vida del espíritu y a la reverencia de lo sagrado.

La otra dificultad es el orgullo del hombre que ha progresado por los caminos de la ciencia y de la técnica, maravillosas también, pero llenas de la ilusión de la autosuficiencia.

La oración, ciertamente, es un acto de humildad, que exige una sabiduría superior, pero fácil, para encontrar su justificación lógica y su magnífica apología (cf. S. Th. II-II, 82, 3 ad. 3).

Pero, por fortuna, muchos ejemplos insignes, contemporáneos, confortan todavía nuestra innata tendencia a buscar en Dios el complemento único, infinito, de nuestras limitaciones y la feliz plenitud de nuestros deseos y de nuestras esperanzas.

Aquí nos detenemos. Pero confiamos en que vosotros querréis continuar el estudio sobre la oración; es un estudio sobre uno de los coeficientes de nuestra salvación. Que acompañe nuestra bendición apostólica.

¡No más velorios y entierros como si fueran de paganos!
"Hay que convencer a los fieles de que, si no hay a mano un sacerdote o un diácono, ellos mismos reciten las oraciones y salmos acostumbrados" (No. 5 de las Advertencias).

NUEVO RITO DE DIFUNTOS

(Para uso de los fieles)

Folleto de **CULTURA POPULAR** con

- * Acto en la casa del difunto o en la capilla funeraria
- * Acto en el cementerio
- * Esquemas, oraciones y letanias del Rosario

NUEVO RITO DE DIFUNTOS
(Para uso de los fieles)

100 folletos: \$25.00 — Dls. 2.10
1000 folletos: 180.00 — Dls. 15.30

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C.

Donceles 99-A.
México 1, D. F.

Apartado M-2181
México 1, D. F.

Orozco y Berra 180
(A un costado de
Omnibus de México)

Informe de la Comisión Episcopal de Acción Social del Perú, al Departamento de Acción Social del CELAM

El Departamento de Acción Social del CELAM emitió una circular a las Comisiones Episcopales del mismo nombre. En dicha circular se califica de "ambiguas" y manipuladas por la izquierda las declaraciones de "ciertos episcopados". Es obvia la referencia al documento del Episcopado Peruano sobre la justicia en el mundo. (Cfr. NADOC, 15 de Nov. 1972). Esta circular mereció la siguiente respuesta del Episcopado Peruano.

El presente informe es el aporte de la C.E.A.S. del Perú, al Departamento de Acción Social del CELAM. La primera parte de este trabajo analiza la situación de la acción social de la Iglesia en el Perú (I), la segunda aborda específicamente el problema de la confrontación entre cristianos y marxistas (II), y finalmente la tercera parte aporta sugerencias y propuestas para el Departamento de Acción Social, al servicio de la Iglesia Latinoamericana (III).

I. La realidad de la acción social de la Iglesia en el Perú.

La realidad de esta acción es difícil de ser descrita, por la diversidad de obras, de situaciones y de problemas. En el Perú existen 3 regiones geográficas muy diferenciadas: costa, sierra y selva, con características muy definidas en los problemas sociales de cada región, y las soluciones que se proponen a dichos problemas.

A pesar de esta diversidad, sin embargo, el Episcopado Peruano es consciente de la necesidad de un estudio científico serio de evaluación de estas obras. En la XXXVI Asamblea del Episcopado (enero 1969), se solicitó esta evaluación a la C.E.A.S.; la cual ha trabajado, en colaboración con un equipo de sociólogos, a partir de esa fecha hasta las últimas semanas en que se está terminando el informe al Episcopado. Para la evaluación se han visitado el 20% de las jurisdicciones eclesiales del Perú; se han examinado el 30% de las parroquias. La población del país comprendida en las zonas estudiadas abarca el 40% del total.

Para este informe, escogemos algunos datos del estudio citado. Se trata de una sencilla descripción de los tipos de obras que tiene la Iglesia y con las que colabora al desarrollo del país y en la búsqueda de una mayor justicia entre los hombres. El estudio considera "obra de Iglesia" a la que queda vinculada institucionalmente por dependencia jurídica de la jerarquía (diócesis o parroquia).

1. Obras sociales en área urbana.

Las obras sociales están destinadas a la población marginada; de allí, la concentración de estas obras en los barrios marginales, aunque también se da el caso de obras sociales

en parroquias de zonas residenciales de clase media o alta. En estos casos, las obras sociales parroquiales se dirigen a personas de escasos recursos económicos que se encuentran en la zona, como por ejemplo el personal doméstico.

Aunque algunas pocas obras sociales de la Iglesia tienen un carácter supraparroquial, como vg. Cáritas, Fe y Alegría y otras, la mayoría de las obras se identifican con la estructura parroquial. A través de estas obras se atiende a la población marginada en muy diversos aspectos, como los siguientes:

a) *problema ocupacional.* Hay obras parroquiales que responden a esta necesidad; se percibe que el desempleo de la población marginada se debe a la falta de capacitación. Las parroquias que cuentan con recursos económicos suficientes, organizan institutos industriales; las que no poseen dichos recursos organizan actividades más modestas, como cursos de corte y confección o enseñanza de pequeñas técnicas artesanales.

b) *problema de salud.* En este campo, muchas parroquias prestan servicios instalando un dispensario médico mantenido por financiación exterior que cubre sobre todo la remuneración de profesionales que prestan sus servicios. En un principio, los servicios de atención médica se ofrecían gratuitamente a la población pero las agencias de desarrollo consideran negativa esa forma de servicios. Actualmente se cobra, en la mayoría de los casos, una cantidad reducida a los que solicitan atención.

c) *movilización de recursos.* Para movilizar los recursos propios de la comunidad y resolver los problemas de barrio con los esfuerzos de los pobladores (vg. luz, agua, escuelas, etc.), se emplea el Desarrollo Comunal o algunas de las técnicas que este propone para el trabajo social, orientando a Asociaciones de Pobladores, Clubs de jóvenes y Clubs de Madres, hacia dichas actividades.

d) *aumento y mejor uso del ingreso económico.* Para conseguir este aumento y mejor empleo de recursos económicos se ha empleado el cooperativismo. Pensadas, inicialmente,

para posibilitar obras de urbanización en barriadas (luz, agua) que requerían una fuerte inversión económica; han derivado, después en cooperativas de crédito y ahorro. Este último tipo de cooperativas ha sido propiciado, sobre todo, por parroquias situadas al interior del casco urbano. No hay que olvidar que la Iglesia ha sido, en América Latina, una de las mayores fuerzas que ha impulsado el cooperativismo de ahorro y crédito.

e) *Obras de concientización.* La concientización en la acción, no a través de programas de alfabetización, ha sido asumida últimamente, por algunas parroquias, aunque muchas veces sin programación específica.

2. Obras sociales en área rural.

La situación descrita corresponde sobre todo a obras sociales en áreas urbanas. En diócesis de predominante carácter rural, las unidades básicas de acción social de la Iglesia no pueden ser las parroquias, sino la diócesis en conjunto. Esto se debe al reducido número de agentes pastorales y las posibilidades de financiación ya que, aparentemente, es necesaria una mayor inversión para realizar un trabajo de promoción en el campo que en la ciudad. Pocas son las parroquias de la sierra que tienen obras institucionales independientes de las diócesis.

En términos generales la mayoría de las diócesis serranas cuentan o tienen como ideal contar con obras destinadas fundamentalmente a campesinos de comunidades, y no tanto a peones de hacienda o pequeños propietarios. Así por ejemplo:

a) *centro de formación de líderes campesinos*, donde se imparten conocimientos sobre técnicas agropecuarias; sobre aspectos de organización de la comunidad que han sido resaltados por el Desarrollo Comunal; donde se usan rudimentariamente algunas técnicas de dinámica de grupos, con cierta apertura a más recientes métodos de concientización. Las mujeres reciben educación familiar. El centro sirve también para cursos de religión. Estos centros, a través de sus ex-alumnos, están vinculados generalmente con el trabajo de otras instituciones, como las siguientes:

b) *cooperativas*, que son de consumo o de producción artesanal casi familiar, poco tecnificadas, donde el mayor problema se encuentra en la comercialización de los productos artesanales, ya que por lo general, el volumen de producción no ofrece suficiente autonomía.

c) *obras de infraestructura*, propiciadas por Cáritas, que paga con víveres estos trabajos. El objetivo de este sistema fue en un primer momento el obtener el resultado material de la obra, y luego, conseguir también como efecto del trabajo, la organización de la comunidad.

d) *radioemisoras*, que en algunos casos ofrecen programas para el campesino acerca de técnicas agropecuarias; motivan

para la organización de la comunidad; explican algunos programas del estado, a través de la reforma agraria, y, finalmente hacen públicas diversas obras de otras comunidades.

Esta apretada síntesis de tipos de obras sociales, nos permite observar la superposición de diversos métodos de trabajo surgidos en organismos internacionales preocupados por el desarrollo. Así, coexisten los criterios y métodos del asistencialismo, con las ideas del Desarrollo Comunal de los años 1960-1965; y éstas con las intuiciones y no-realizaciones— del Desarrollo Comunal posterior al año 1965, que pensaba que sólo la transformación de la zona permitiría la transformación de la comunidad; los métodos anteriores a su vez coexistentes con criterios de concientización, en auge desde 1969. Es decir, la Iglesia ha ido adoptando en sus obras, los métodos y las técnicas del desarrollo, con la interpretación de sociedad que éstas suponen; y esto con retraso, a veces notable, no sólo frente a los países que originaron dichas técnicas, sino al uso de éstas por otros organismos privados de desarrollo y también por el Estado.

3. Perspectivas teológicas de la evaluación de obras sociales

De nada serviría la modernización de técnicas de desarrollo, si la Iglesia no se preguntase, al mismo tiempo, por la significación pastoral y evangelizadora de dichas obras. La evaluación teológica es imprescindible por la imagen que el carácter público de la obra social determina. Esta imagen no es ajena al quehacer pastoral. Permite u obstaculiza la transmisión del mensaje evangélico. Así, por ejemplo, el carácter paternalista de una obra social no permite percibir con claridad el sentido del amor cristiano. La afirmación verbal de valores de personalización, de respeto a la dignidad humana queda destruida en parte, porque una obra que despersonaliza, ofreciendo objetos y no promoviendo a las personas. No puede separarse, por tanto, obra social y anuncio del evangelio.

La obra social es parte de la acción misionera de la Iglesia; debe participar del carácter de ser signo de salvación en la historia humana. Este carácter significativo sitúa a la obra social en una dimensión pública, y por consiguiente, en implicancias políticas. Como acción de Iglesia, la obra social anuncia un Reino de Dios que cuestiona las realizaciones humanas y que impide la absolutización de sus resultados. La obra social tiene presupuestos políticos: es implícitamente conformista, reformista o revolucionaria, según que los valores que busca se identifiquen con el orden establecido o busquen transformaciones más o menos radicales.

La recta evaluación de la obra social, y en general de todo tipo de presencia de la Iglesia en la sociedad, sólo se logra en el contexto amplio de una reflexión teológica sobre la misión de la Iglesia en el mundo. La obra social no es sólo canal de transmisión del evangelio, sino una vía de percepción de los problemas de la sociedad, a través de cuestionamientos a la fe.

Por muy perfecta que sea una evaluación, no basta ella misma para dinamizar la transformación y perfeccionamiento de las obras existentes. Se requiere un permanente servicio de asesoría. Estas han sido y son las principales preocupaciones de nuestra Comisión Episcopal de Acción Social.

II. Confrontación entre cristianos y marxistas.

Dado que este punto constituye el centro de las preocupaciones de la circular enviada por el Departamento de Acción Social, nos ha parecido tratarlo de modo específico, pero de ninguna manera en primer lugar, sin antes presentar el contexto más global y total de la acción social de la Iglesia. A nuestro juicio, el problema más serio de la Iglesia no está en inmunizarse frente al marxismo, sino en ser fiel testimonio de una caridad realmente comprometida con los pobres. Un millonario puede estar perfectamente inmune al marxismo, y no por eso ser un fiel testigo del Señor. En la medida en que la Iglesia se comprometa sinceramente a partir del evangelio, los cristianos verán que no es preciso ser marxista para comprometerse al lado de los oprimidos.

La inmunidad frente al marxismo puede ser considerada como un problema artificial parcial y secundario, un subproblema frente a problemas más globales de relación entre cristianos y marxistas. Salvo que se quiera minimizar la real presencia del marxismo en América Latina, es un hecho que debe ser aceptado y plantea problemas de relación para los

creyentes. Las urgencias de una colaboración inmediata; las exigencias de una caridad abierta al diálogo son perfectamente compatibles con la confesión de las propias convicciones cristianas. Centrar el problema en la inmunidad nos hace olvidar las otras perspectivas de colaboración y de diálogo que también deben plantearse y para las cuales hemos de buscar los criterios en las orientaciones del magisterio de la Iglesia.

La relación, el diálogo, la colaboración entre cristianos y marxistas se plantea en cuatro niveles muy diferentes:

a) **concepciones totales de la vida.** Si se piensa que tanto el marxismo como el cristianismo son concepciones totales de la vida es evidente que el diálogo, la relación y la colaboración no pueden existir. No pocos marxistas piensan efectivamente, que no sólo poseen un instrumento científico de análisis de la sociedad, sino también una filosofía del hombre que define el sentido total de la existencia humana sin ninguna apertura posible a Dios. Es evidente que, en estas condiciones, no puede existir el diálogo, sobre todo si los cristianos, a su vez, piensan que sólo poseen una visión del hombre y de su destino en comunión con Dios, sino que también el cristianismo como tal les provee de métodos adecuados de análisis de la realidad social.

b) el diálogo humanista. Otro nivel de relación se da, con poca frecuencia en América Latina, a diferencia de Europa:

LA BIBLIA Y NOSOTROS

Marie Fargues Traducción de Rafael Moya y Francisco Gurza

El que vive por medio de los Sacramentos de Cristo, tiene derecho a conocer su Evangelio, y éste no tiene humanamente nada desconcertante. No así el Antiguo Testamento en que Dios da sus lecciones a través de relatos dramáticos o pintorescos (en gran parte esta es la razón de su fuerza penetrante) y cuyo peligro consiste en que se crean al pie de la letra. Más tarde no culpará a la propia ingenuidad, sino que se harán responsables a las Sagradas Escrituras de algunas representaciones al parecer infantiles y caducas. Y peligrará la fe.

- * *La Biblia y Nosotros* es una obra para las personas que sólo tienen contacto con la Sagrada Escritura en la Misa. Se aclararán muchas dudas.
- * Los pasajes bíblicos aparecen en un tipo de letra, y las notas, glosas o resúmenes que las acompañan, en otro.
- * Dos tomos, encuadernados en tela e ilustrados con artísticos dibujos a todo color:

TOMO I: LOS HOMBRES DE LA ANTIGUA ALIANZA TOMO II: JESUCRISTO

Obra completa: \$ 98.00 — Dls. 8.35

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C.

Donceles 99-A

México 1, D. F.

Apartado M-2181

situar el diálogo entre cristianos y marxistas en lo que ambas corrientes tienen de común: la preocupación por el hombre.

c) *la colaboración concreta en la acción.* La urgencia de problemas de América Latina sitúa el diálogo y relación entre marxistas y cristianos en el terreno de la colaboración inmediata y práctica en una lucha común, colaboración que no es identificación con la ideología atea. Los cristianos que se sitúan en este tercer nivel fundamentan así su actitud: afirman que no es viable ni inmediatamente ni a largo plazo, una tercera vía intermedia entre el capitalismo y el socialismo, como solución al subdesarrollo latinoamericano. En consecuencia, prefieren colaborar con marxistas en la construcción del socialismo, que colaborar con el sistema vigente perpetuando las injusticias vigentes. Hay que reconocer que la viabilidad o inviabilidad de soluciones socialistas o capitalistas son un problema de la esfera de las ciencias sociales; mientras que la colaboración con los marxistas sí constituye un problema doctrinal y ético. Estos cristianos se sienten identificados con la doctrina de la Iglesia y afirman seguir los criterios señalados por Pablo VI, en Octogésima Adveniens: tratan de distinguir los diversos niveles de expresión del socialismo "una aspiración generosa y una búsqueda de una sociedad más justa, los movimientos históricos que tienen una organización y un fin político, una ideología que pretende dar una visión total y autónoma del hombre" (OA,31), aunque son conscientes de que esta separación de niveles de expresión no es fácil. En este sentido, quisieran liberar los ideales socialistas de "las presiones de los movimientos históricos socialistas, que siguen condicionados por su ideología de origen" (OA,31), a través de una adhesión, como cristianos, a esos valores. Al hacer tal opción, insisten estos cristianos en que su colaboración con el marxismo no es identificación con sus presupuestos filosóficos, así como —en la opción contraria— también quienes colaboran con el sistema vigente, se supone que no necesariamente se identifican con el capitalismo tan rechazado y denunciado por la Iglesia en diversas oportunidades.

d) *distinción entre fe y ciencia.* El cuarto nivel de relación es mucho más preciso en sus conceptos. Afirma que la fe no es un método de análisis social y concibe al marxismo predominantemente como un método de análisis científico y no como una fe. Argumentan que así como el psicoanálisis fue concebido como intrínsecamente ateo por su gran propulsor Freud, de igual manera fue concebido el marxismo por Marx. Sin embargo, hoy los cristianos aceptan los aciertos del psicoanálisis, sin tener que asumir concepciones ateas; de igual modo, los cristianos que se sitúan en este cuarto nivel, piensan que los métodos de análisis marxistas pueden tener valor científico, al margen de sus concepciones filosóficas del hombre. El origen ateo de ciertas concepciones no invalida sus aciertos, ni impide que éstos sean integrados en la reflexión de los cristianos. Esta fue la gigantesca tarea de Tomás de Aquino, repensando las concepciones paganas de Aristóteles y haciendo de ellas cauce de expresión de la teología cristiana.

¿Cuál ha sido la actitud de C.E.A.S. en esta confrontación entre cristianos y marxistas?

Se ha tenido cuidado en hacer caso omiso de las acusaciones de "comunistas" o "marxistas" hechas indiscriminadamente a todo sacerdote comprometido en el trabajo social.

Con referencia explícita a una verdadera relación con el marxismo como la señalada en los cuatro niveles descritos el criterio de CEAS ha tratado siempre de inspirarse en las orientaciones dadas por los Sumos Pontífices. Las recientes expresiones del magisterio, tan atentas a la evolución del pensamiento y a las circunstancias actuales han señalado los criterios de relación entre cristianos y marxistas:

a) *incompatibilidad absoluta entre la fe y el ateísmo.* Tanto Pablo VI, como su antecesor Juan XXIII, afirman con gran claridad la absoluta incompatibilidad entre la fe cristiana y el ateísmo. En su primera encíclica, la del diálogo precisamente, Pablo VI afirma que la negación de Dios es un obstáculo para el diálogo. (Ecclesiam Suam, 92-94).

b) *actitud de apertura al diálogo*

Pero, a pesar de que la negación de Dios es un obstáculo para el diálogo, la caridad cristiana debe superarlo, recordando, en primer lugar los motivos nobles que han motivado muchas veces la negación de Dios:

"no sin pastoral reflexión tratamos de sorprender, en el íntimo espíritu del ateo moderno, los motivos de su turbación y negación... los vemos invadidos por una ansiedad cargada de pasión y de utopía, pero con frecuencia también generosa, de un sueño de justicia y de progreso hacia finalidades sociales divinizadas... ¿No habrá entre nosotros quien pueda ayudar a este obligado proceso de pensamiento, que el ateo-político-científico detiene deliberadamente en un punto dado, apagando la luz superior de la comprensibilidad del universo, a desembocar en aquella concepción de la realidad objetiva del universo cósmico, que pone de nuevo en el espíritu el sentido de la presencia divina, y sobre los labios, las humildes balbucientes sílabas de una dichosa plegaria? Los vemos también a veces movidos por nobles sentimientos, que los quejados de la mediocridad y del egoísmo de sus ambientes sociales contemporáneos, y capaces de adoptar a nuestro Evangelio formas y lenguajes de solidaridad y de comprensión humana. ¿No seremos capaces algún día de devolver a las fuentes, que son cristianas, algunas expresiones de valores morales?" (Ecclesiam Suam, 93)

El Papa confía en el diálogo con estas corrientes de pensamiento ateo, y sobre todo, refiriéndose a Juan XXIII en *Pacem in Terris*, señala la no necesaria y absoluta identificación entre una filosofía atea y los movimientos sociales inspirados por ella. Juan XXIII, en el texto ya

(PT, 158-159) comienza recordando la distinción entre el error y el hombre que lo profesa. El rechazo del error no es el rechazo de la persona; es, por el contrario, un motivo de acercamiento, porque:

"bien puede suceder que quien hoy carece de la luz de la fe o profesa doctrinas equivocadas, pueda mañana, iluminado por la luz divina, abrazar la verdad. En efecto, si los católicos, por motivos puramente externos, establecen relaciones con quienes o no creen en Cristo o creen en El de forma equivocada, porque viven en el error, pueden ofrecerles una ocasión o un estímulo para alcanzar la verdad" (Pacem in Terris, 158).

c) *actitud de discernimiento en la colaboración política y económica.*

El principio general de diálogo queda concretado, con relación a las corrientes de carácter económico y social, en el siguiente número de Pacem in Terris:

"En segundo lugar, es también completamente necesario distinguir entre las teorías filosóficas falsas sobre la naturaleza, el origen, el fin del mundo y del hombre, y las corrientes de carácter económico y social, cultural o político, aunque tales corrientes tengan su origen e impulso en tales teorías filosóficas. Porque una doctrina, cuando ha sido elaborada y definida, ya no cambia. Por el contrario, las corrientes referidas, al desenvolverse en medio de condiciones mudables, se hallan sujetas por fuerza a una continua mudanza. Por lo demás, ¿quién puede negar que en la medida en que tales corrientes se ajusten a los dictados de la recta razón y reflejen fielmente las justas aspiraciones del hombre, puedan tener elementos moralmente positivos dignos de aprobación?" (PT, 159).

Estos criterios han guiado la actitud de la C.E.A.S. del Perú, ante el problema de la relación entre cristianos y marxistas. Nos parece que el marxismo latinoamericano no añade nada particular, en cuanto al ateísmo, al tradicional. Por otra parte, sí parece que en las angustiosas situaciones del subdesarrollo de nuestro continente, muchos cristianos puedan preguntarse angustiados, en conciencia, por sus opciones políticas. Tarea de la Iglesia es asegurar que la urgencia de las acciones no ponga en peligro el don de la fe.

d) *animación de la reflexión teológica.*

Si el marxismo es un hecho, tarde o temprano se presenta el problema de la confrontación de cristianos con marxistas. No es actitud de diálogo, movida de esperanza y caridad evangélica el cerrarse en sí mismos. Pero también es cierto que ante las exigencias y dificultades del diálogo, los obispos deben preocuparse de capacitar a los fieles para ello.

Movidos por esta preocupación pastoral, muchos obispos han mirado con recelo la naciente teología de la liberación. Inquietos al notar lo que ellos denominan una "tendencia horizontalista", unifican en una sola categoría el

trigo y la cizaña; lo positivo y negativo, los aciertos y los errores. Al respecto, la C.E.A.S. del Perú ha considerado como una de sus tareas la animación de la reflexión teológica del pueblo de Dios. Por este motivo, creemos que los resultados obtenidos son francamente positivos, pues quienes pueden orientar esta reflexión insisten profundamente en la unidad entre el compromiso, fraterno (también y no sólo en el nivel de lo económico, social, político) y la relación con Dios.

"El cristiano no ha hecho suficientemente su conversión al prójimo, a la justicia social, a la historia. No ha percibido todavía, con la claridad deseada, que conocer a Dios es obrar la justicia. Aún no vive en un solo gesto con Dios y con los hombres. No se sitúa todavía en Cristo sin pretender evadirse de la historia humana concreta. Queda por recorrer el camino que lo lleve a buscar efectivamente la paz del Señor en el corazón de la lucha social" (Gustavo Gutiérrez, Teología de la liberación, p. 256).

"La verdad es que un cristianismo vivido en el compromiso libertario presenta problemas propios que no pueden descuidarse y encuentra escollos que es necesario superar. Para muchos, el encuentro con el Señor, en esas condiciones, puede desaparecer en beneficio de lo que él mismo suscita y alimenta: el amor al hombre. Un amor, entonces que ignorará toda la plenitud que él encierra. La dificultad es real. Pero las pistas de solución deben nacer en el corazón mismo del problema. De otro modo, será un remiendo más, un nuevo impase. Ese es el desafío que enfrenta una espiritualidad de la liberación. Allí donde la opresión y la liberación del hombre parecen hacer olvidar a Dios —a un Dios tamizado por nuestra propia y larga indiferencia ante estas cuestiones— debe brotar la fe y la esperanza en Aquel que viene a arrancar de raíz la injusticia y a aportar, en forma imprevisible, la liberación total" (Ib. p. 255).

A quien muestra indisolublemente unidos en el amor, la relación con Dios y con el prójimo, sólo la misma fe puede acusarle de "horizontalismo", término impreciso nacido de un dualismo teológico, que puede implicar una verdadera herejía negatoria de la Encarnación del Verbo y de su presencia salvífica en todo el género humano. Porque esta encarnación definitiva del Verbo en el hombre fundamenta en último término el que nada humano sea indiferente para la Iglesia (GS, 1; Ecclesiam Suam, 91).

e) *declaración del Episcopado.*

Como en la circular del Departamento de Acción Social se alude a declaraciones "ambiguas" de ciertos episcopados, el episcopado peruano consideraría un verdadero agravio si esta sospecha se atribuye a su documento sobre la Justicia en el Mundo, para el Sínodo del año pasado. Con la debida preparación que exigía la seriedad de este acontecimiento a nivel de la Iglesia Universal, y después de madura deliberación, fue votado el texto en sesión secreta, es decir, sin la

presencia de expertos y teólogos que asesoraron el trabajo—habiéndose dado a todos los obispos las máximas facilidades para la libre expresión de sus opiniones. Ellos asumen la responsabilidad de lo que han firmado. La polémica posterior, aunque intensa, permitió esclarecer doctrinalmente algunos puntos.

Tan sólo partiendo de una injustificada identificación entre socialismo y marxismo se podrá ver en el texto del Episcopado una manipulación política y no el sincero esfuerzo de reflexión cristiana para el esclarecimiento de las difíciles opciones que los cristianos tienen que realizar en América Latina.

III. Sugerencias al Departamento de Acción Social del CELAM.

Sin entrar en demasiados detalles, la C.E.A.S. del Perú desea expresar sus sugerencias más bien en forma de votos y deseos: que el Departamento de Acción Social sea lugar de diálogo fraterno; al margen de las manipulaciones de izquierda, y de las no menos peligrosas y frecuentes manipulaciones de derecha, que sea igualmente objetivo en censurar el ateísmo marxista como el materialismo capitalista de la sociedad de consumo, que conduce a un ateísmo práctico aunque no formulado.

Que el Departamento se acerque en diálogo a los laicos. No es desmedro de la función docente del Magisterio, sino reconocimiento humilde de la complejidad de los proble-

mas, de la multiplicidad de datos que deben ser tenidos en cuenta en las orientaciones doctrinales.

Que el Departamento estimule todo lo que es reflexión de la fe.

Que no ahogue la planta que nace, sino permita que revele las íntimas motivaciones que la fe puede darnos para el compromiso con los oprimidos de nuestro continente.

Que el Departamento inicie y fomente el diálogo con estructuras eclesiales como las de Justicia y Paz. Para muchos profesionales, estas Comisiones son el lugar más apto de colaboración con la Iglesia, de asumir un compromiso consecuente con su fe, al servicio del pueblo de Dios.

Tal vez no exista en los años próximos tarea más importante que la de ayudar a esclarecer el compromiso de los cristianos en el socialismo. ¿Si el Santo Padre señala puertas abiertas, ofrece criterios de discernimiento, previene de peligros, pero reconoce las posibilidades de opción, será el Departamento de Acción Social del CELAM el que cierre caminos que se abren?

No esperamos demasiado con nuestras sugerencias. Confiamos en la buena voluntad, la caridad, la colaboración fraterna del Departamento de Acción Social. Pero sobre todo confiamos en la acción del Espíritu del Señor, que nos llama y congrega en un solo pueblo, a quienes por motivos históricos se encuentran situados en corrientes capitalistas y socialistas.

PARA LOS FASCICULOS DE LA LITURGIA DE LAS HORAS

**CAJA — ESTUCHE
EN MADERA
DE CAOBA**

- **USTED tiene un sitio seguro para que no se pierdan**
- **USTED tiene un sitio seguro para que no se maltraten**
- **USTED tiene una caja-estuche pensada y diseñada para su comodidad**
- **NOSOTROS le ofrecemos este servicio que USTED esperaba, por sólo \$ 10.00**

Pedidos a OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA

Apartado M-2181 México 1, D. F. Donceles 99-A Orozco y Berra 180

BIBLIOGRAFIA

MANUEL R. GONZALEZ RAMIREZ, S. J.
Aspectos Estructurales de la Iglesia Católica Mexicana. Estudios Sociales A. C. México D. F. 1972, págs. 123.

Tratando de entender el significado de la investigación cuyos resultados se nos presentan en este trabajo, conviene enunciar algunos elementos a manera de antecedentes.

Los elementos que en mi opinión vale la pena destacar son los siguientes:

- a) La formación académica del autor.
- b) Los trabajos que ha publicado.

Respecto a la formación académica del autor se distinguen dos vertientes: la primera de ellas corresponde tanto a su formación como a su experiencia sacerdotal en la Compañía de Jesús; la segunda, a su formación como Licenciado en Ciencias Sociales. Debe mencionarse también que Manuel R. González es pionero de la Sociología religiosa en México.

Su labor de pionero en este importante campo de la sociología, se encuentra plasmada en los tres trabajos que ha publicado:

- 1) "Datos Estadísticos de la Iglesia en México". CIAS. México, D. F. Diciembre 1968. pág. 47.
- 2) "La Iglesia Mexicana en Cifras". CIAS. México, D. F., Octubre 1969, pág. 207.
- 3) "Aportes a la Sociología de la Religión", Tesis de Licenciatura en Ciencias Sociales: México D. F.; Universidad Iberoamericana. 1972, pág. 201.

Dejando de lado el tercero de estos trabajos, la tesis de licenciatura en Ciencias Sociales, que por su naturaleza exige comentario aparte, podemos decir que sus otras dos publicaciones son el antecedente más próximo de la investigación que nos ocupa.

El hablar de los dos primeros trabajos como antecedentes, no se refiere al hecho de que aparecieron con anterioridad, sino fundamentalmente a que, gracias a la investigación casi exhaustiva sobre la configuración cuantitativa de la Iglesia Católica Mexicana, cuyos resultados aparecen en las dos primeras publicaciones, ha sido posible este tercer trabajo en el cual se perfila ya una primera evaluación, un primer juicio sobre los mismos datos, o si se quiere sobre la realidad que dichos datos permiten conocer.

Las conclusiones a las que González llegó en sus dos primeros trabajos a partir de la pura descripción cuantitativa de la Iglesia Católica Mexicana, señalaban de manera pre-

cisa, la problemática, cada vez más seria, a que se enfrenta la Iglesia en sus recursos humanos, la preparación de los mismos, su actividad y, quizá más importante aún, su distribución, hasta llegar a plantear con una buena dosis de realismo la urgencia de una verdadera planificación en el seno de la Iglesia.

Lo anterior que, como señalábamos, lo concluye el autor de la pura descripción cuantitativa en sus trabajos anteriores, se confirma y refuerza en este primer intento de evaluación cualitativa.

En mi opinión, el gran valor de la obra de Manuel González y de manera especial de este tercer trabajo, radica en que al existir una preocupación muy seria sobre el papel de la Iglesia, ofrece elementos bastante iluminadores de por dónde hay que buscar la respuesta, desde el punto de vista de la realidad.

El libro de González está dividido en cuatro partes y un apéndice.

En la primera parte el autor describe brevemente el modelo de investigación; en la segunda, introduce dos elementos para ubicar al lector: el primero se refiere al marco histórico-sociológico en que se ubica la investigación Religiosa en México; y el segundo, a las Relaciones de la Iglesia con el Estado.

La tercera parte corresponde a la exposición de Resultados propiamente dichos y está dividida en seis capítulos. Esta tercera parte se centra en describir la distribución de Bienes de carácter religioso en la República Mexicana. En el primer capítulo se presentan los datos correspondientes a los bienes administrativos; en el segundo, los bienes de carácter educativo, beneficiario o asistencial; en el tercero, describe la situación que priva en la distribución de los bienes relativos a la socialización religiosa; en el cuarto, se describen los datos relativos a los Bienes destinados a la formación del personal sacro.

Los dos últimos capítulos de esta tercera parte se centran en un aspecto más cualitativo de los mismos bienes descritos: el primero da cuenta de los bienes de carácter cultural; y el segundo, de los bienes de reciprocidad cultural.

La cuarta parte corresponde a la conclusión final. En esta parte el autor nos relaciona los resultados encontrados en las hipótesis originales.

El apéndice es un breve ensayo en el que el autor da su opinión sobre la presencia de la Iglesia Católica en México.

En resumen, podemos decir que este trabajo revela la verdadera infraestructura de la Iglesia Católica Mexicana, así como la cimentación de lo que algún día debe ser la Sociología Religiosa en México.

Estudios Sociales, A. C. (CIAS) presenta el estudio "ASPECTOS ESTRUCTURALES DE LA IGLESIA CATOLICA MEXICANA". En este libro MANUEL R. GONZALEZ RAMIREZ, S. J. describe con método estrictamente científico, pero en forma asequible a todos, la realidad de la Iglesia Mexicana de los últimos años, bajo el aspecto sociológico de estructura y cambio.

PRECIO: \$ 35.00

Para pedidos comunicarse a:
ESTUDIOS SOCIALES, A. C.
Zaragoza 78, Coyoacán,
México 21, D. F.
Tel. 554-06-65.

Karl Rahner LA GRACIA COMO LIBERTAD
Breves aportaciones teológicas Versión castellana de Javier Medina-Dávila 14,1 x 21,6 cm 324 páginas Rústica Ptas. 290 Editorial Herder, S. A. Barcelona, 1972

Karl Rahner nos dice en el prólogo: "Al coleccionar y preparar la nueva edición de mis trabajos sobre teología y espiritualidad, tal como se han ido llevando a cabo en los últimos años, surgió el plan de publicar una colección más pequeña de artículos teológicos. Los artículos en cuestión han brotado de los más diversos motivos: emisiones radiofónicas, conferencias, prólogos, entrevistas televisivas, meditaciones teológicas, alocuciones con motivo de homenajes y fiestas conmemorativas. De este modo ha sido inevitable que algunas ideas se repitiesen o rozasen puntos tratados ya en otros artículos. No obstante, espero que con estos esfuerzos renovados se haga patente un conocimiento más profundo del objeto estudiado una y otra vez. El título escogido *La gracia como libertad* procura abarcar la amplitud de los temas aquí reunidos. Ojalá que esta colección despeje el panorama y deje ver una tarea decisiva del cristianismo actual: la de entender a Dios mismo y su gracia como la posibilidad de una libertad verdadera, amplia, y universal de la existencia humana y así poderla llevar a cabo en la vida, real y efectivamente. Quiera Dios que el librito ayude a realizar esta tarea permanente."

Del índice: Dios, una palabra breve —Habilitación para la verdadera libertad— Vinculación con la Iglesia y libertad personal —La fe cristiana como liberación del mundo— Dimensiones y situaciones ejemplares —Perspectivas ecuménicas— Responsabilidad en la Iglesia posconciliar Nuncios de la gracia y de la libertad.

Ismael Silva Fuenzalida **MARGINALIDAD, TRANSICIÓN Y CONFLICTO SOCIAL EN AMÉRICA LATINA** 14,1 x 21,6 cm 172 páginas Rústica Ptas. 200 Editorial Herder, S. A. Barcelona 1972.

En esta obra se plantea la esencia y ubicación del conflicto social en la región y, en consecuencia, los rasgos que definen lo específico de la situación prerrevolucionaria en América Latina.

Expone la primera aproximación a una teoría, basada empíricamente, de la dinámica social en Latinoamérica. El autor pone a prueba su marco conceptual en un escenario chileno, pero permanece fiel a sus principios, al señalar cuidadosamente el hecho de que las relaciones sociales que estudia son privativas de ciertos países, en épocas dadas de su desenvolvimiento histórico. Su investigación se centra en los "marginados", en personas y grupos atrapados en un limbo social —sus propias comunidades y valores debilitados o disipados—; su participación en estructuras supraordinadas, inhibida o totalmente denegada. Tal escena es inherentemente inestable y se ofrece, por lo tanto, como terreno ideal para la comprobación de hipótesis relativas al cambio, a las formas y significación del conflicto y a la tensión de elementos conflictivos dentro de sistemas ideológicos.

El lector del presente libro encontrará, seguramente, satisfacción en muchos niveles. Descubrirá otro paso más en la evolución de la comprensión en las ciencias sociales. Se informará acerca del trasfondo sobre el cual se proyectan los sucesos contemporáneos en la República de Chile. Verá trabajar una mano diestra en relacionar elementos empíricos y teóricos. El profesor Silva Fuenzalida nos ha dado un documentado y penetrante estudio sobre transición social, que es reflejo de las hondas transformaciones que se están produciendo en el mundo.

Cl. Allaer y otros autores **LA ADOLESCENCIA** Versión castellana de Josep A. Pombo 14,4 x 22,2 cm 428 páginas Rústica Ptas. 325 Tela Ptas. 375 Editorial Herder, S. A. Barcelona, 1972.

Este volumen es obra de varios especialistas cuya actividad se desarrolla en los diversos campos de la pedagogía, pero cuya única y exclusiva finalidad en la composición de este libro es examinar al adolescente y su mundo desde cualquier punto de vista que pueda ofrecer algún interés al educador.

El resultado de esos múltiples esfuerzos en esta obra extraordinaria en la que no se pretende hacer una filosofía de la adolescencia, ni un estudio psicológico del adolescente, ni un análisis sociológico, ni una descripción patológica; sus autores recorrerán, es cierto, todos estos campos, pero dejando a un lado el terreno de la especulación, han preferido estudiar todos los aspectos de la adolescencia desde un terreno eminentemente práctico. Es un análisis exhaustivo del adolescente en el cual se comienza por examinar en qué medida las ciencias humanas contribuyen al estudio de su comportamiento y de su conciencia.

Como consecuencia el lector podrá encontrar en una primera parte las bases sociológicas, biológicas y psicológicas del comportamiento y de las actitudes del adolescente. Una segunda parte está orientada al análisis de las dificultades en la vida del adolescente, ya sean estas de orden psicológico, moral o social, ya sean sencillamente dificultades de orden biológico. Téngase en cuenta que las dificultades que se estudian son aquellas que constituyen la cruz de padres y educadores, y no aquellas otras, corrientes y normales, características de este período de la vida.

Tras estas valiosas aportaciones, se examinan en la tercera parte, los valores de la adolescencia, y más concretamente la adolescencia frente a los valores de nuestra sociedad, ya sean de tipo moral o de tipo religioso.

Una parte muy importante de toda la obra es la última donde se analiza al adolescente en su medio concreto de vida: la familia, la escuela, los amigos, el grupo, sus lecturas, sus canciones, sus espectáculos, etc. etc.

El psicólogo, orientador, padre de familia, educador, médico, profesor, el estudiante de escuelas superiores que sigue una carrera educativa o que se prepara para la docencia, todos ellos podrán decir tras la lectura de este libro no se han leído una obra más de pedagogía, sino que han adquirido nuevas y valiosas orientaciones para el ejercicio de su actividad profesional.

Paul Moor **EL JUEGO EN LA EDUCACION** Versión Castellana de Ramón Strack Biblioteca de psicología No. 10 14,1 x 21,6 cm 164 páginas Rústica Ptas. 180 Editorial Herder, S. A. Barcelona, 1972.

En la psicología y pedagogía se concede hoy gran importancia al juego del niño. En un mundo que da una importancia tal al trabajo, que incluso busca en él auténtica realización del sentido de la existencia humana, teniendo que experimentar, sin embargo, tantas veces cómo el trabajo se va convirtiendo cada vez más en una cosa vacía de sentido, llama la atención el gran sentido del sano juego infantil y tiene que surgir la esperanza de encontrar en él, para una tarea pedagógica constructiva, un contrapeso a la mecanización y al empobrecimiento interno

de la vida. Esta esperanza no queda defraudada. En el juego infantil están aún todas las posibilidades de una vida feliz; solamente se trata, por tanto, de que nuestro encuentro con el niño sepa aprovechar completamente estas posibilidades, reconociendo todo su alcance.

La presente obra quiere mostrarnos todas las facetas educativas que se dan en el juego, así como los requisitos educativos imprescindibles para protegerlas. Demuestra, además, cómo la terapia del juego sólo alcanza su finalidad cuando consigue orientarse en consonancia con los presupuestos psíquicos del sujeto.

El autor de la obra estudia las diversas clases de juego de los niños y las de los adultos, las compara y saca consecuencias en el orden formativo y didáctico. Se estudian asimismo la moderación y el retraimiento del niño débil mental en el juego, para llegar a la conclusión de que el juego y el trabajo sólo pueden madurar si van juntos. Quien no sabe jugar no sabe tampoco trabajar, y quien no ha aprendido a trabajar, no sabrá valorar el juego. También se estudia la estructuración del tiempo libre, otro campo donde encontramos las posibilidades lúdicas que el autor quisiera conservar y valorar.

Joseph Mendels **LA DEPRESION** Versión castellana de Antonio Martínez Riu Biblioteca de psicología No. 11 14,1 x 21,6 cm 180 páginas Rústica Ptas. 200 Editorial Herder, S. A. Barcelona, 1972.

La depresión es tan antigua como el hombre. Le ha acompañado a través de toda su historia y la literatura mundial le ha concedido la atención amplia y detallada que requiere un estado tan añoso y extendido. La depresión es una experiencia universal; y las emociones de tristeza y pena constituyen una faceta intrínseca de la condición humana. No obstante, la depresión patológica —está abrumadora y con frecuencia imprevista desesperación— se distingue de la pesadumbre por su intensidad, duración y evidente irracionalidad, y por sus efectos en la vida de aquel que la sufre.

La depresión es muy común. Bien que no dispongamos de cifras exactas, es probable que cinco de cada cien adultos lleguen a estar significativamente deprimidos en algunas de las épocas de su vida. La mayoría de estas personas nunca solicitarán ayuda y la mayor parte de los que lo hacen pueden ser tratados sin hospitalización.

¿Quiénes de entre nosotros llegan a ser depresivos? ¿Y por qué? ¿Qué constituyen el talón de Aquiles de quienes sufren tal condición? ¿Un gen anómalo? ¿Una pérdida afectiva en la infancia? ¿El tipo de educación que recibió de sus padres? ¿O cuáles los problemas personales y las tensiones de la vida adulta?

Este libro ha sido pensado para describir y examinar la depresión clínica y para destacar las fuerzas que la configuran en el día a día actual.

VITRALES DE LAS PEÑAS, S. A.

Vitales y emplomados artísticos

Precios especiales para las iglesias.

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

*El mejor equipo de artistas especializados
en el arte vitrario.*

EXPORTADORES DE VITRALES

A TODO EL MUNDO

MARIANO ESCOBEDO No. 84

México 17, D. F. Tels: 527-92-66 y 527-61-84

Pídanos presupuesto y condiciones de pago.

suscribase a *Christus*

SUSCRIPCION ANUAL \$ 60.00 - Dls. 5.00

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C.

Donceles 99-A.
México 1, D. F.

Apartado M-2181
México 1, D. F.

Orozco y Berra 180
(A un costado de
Omnibus de México)

... fruto de la vida
del trabajo
del hombre



Genimine
Vitis



VINO DE UVA PARA CONSAGRAR
DESDE 1920 LA MARCA DE MAYOR PRESTIGIO

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

MORAGREGA, S. A.

DR. R. MICHEL 581 APARTADO 399 GUADALAJARA, JAL



EN ESTE NUMERO

PRESENTACION

LA IGLESIA EN LA ACTUALIDAD

¿Está la Publicidad al Servicio del Hombre? Sebastián Mier, S. J.	5
Una Presencia de la Iglesia en la Educación: Los Equipos Docentes. Humberto Ochoa Granados, S. J.	7
El caso de los Cañeros. El Padre Bonilla se Explica. ¿Usamos la Palabra de Dios Escrita? Estudiantes de 1o. de Teología Seminario Interregional Mexicano.	9
	11

LA IGLESIA EN SU REALIDAD SOCIAL

La Salvación, Desafío Histórico. Raúl Vidales . . .	13
---	----

CUADERNO: EXISTENCIA CRISTIANA

Exigencias de Fe para el Hombre en el Evangelio de Mateo. José J. Castillo G., S. J.	17
Rasgos del Vivir Cristiano. Alfonso Castillo, S. J. . .	22
La Conversión en el Mensaje de Jesús. José Mendoza de la Mora, S. J.	25
¿Ha pasado de moda la Vida Espiritual? Luis García Orso, S. J.	28
Un Don del Espíritu Santo: La Magnanimidad. Xavier Cuenca, S. J.	30

PREDICACION

Del Séptimo Domingo de Pascua a la Fiesta de San Juan Bautista. José Mendoza, S. J.	34
---	----

DOCUMENTOS

Una Reflexión Pastoral. Del Obispo de Tepic en Cuaresma.	37
América Latina: "Iglesia de la Pascua". Mons. Eduardo Pironio	45
La oración Hoy.	53
Informe de la Comisión Episcopal de Acción Social del Perú al Departamento de Acción Social del CELAM.	55

BIBLIOGRAFIA	61
------------------------	----

CHRISTUS — Revista Mensual de Teología.

Año 38 No. 450 1o. de Mayo de 1973.

Director: Xavier Cuenca, S. J.

Consejo de Redacción: Rubén Cabello, S. J., José Mendoza de la Mora, S. J., Luis Narro, S. J., Sebastián Mier, S. J., Jorge Alonso, S. J., Alfonso Castillo, S. J., Luis García Orso, S. J., Pedro de Velasco.

Equipo de Trabajo: Jesús Pavlo Tenorio, Fermín Santa María, Ana Santamaría.

Órgano Oficial de las Diócesis de Cd. Juárez, Cd. Orogón, Cd. Valles, Cuernavaca, Huejutla, Jalapa (Guatemala), Papantla, Tabasco, Vicariato Apostólico de la Tarahumara. Registrada como artículo de 2a. Clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D. F., 3 de enero de 1963. Registro de propiedad intelectual en la S.E.P. No. 70534 el 15 de diciembre de 1950. Con aprobación Eclesiástica. Suscripción anual: \$ 60.00 Dls. 5.00. Número suelto \$ 6.00 Dls. 0.60. Obra Nacional de la Buen Prensa, A. C. Donceles 99-A. Apdo. M-2181 México 1, D. F. Tipografía: Composición Técnica. Roma 3-B, México 6, D. F. Impresión: Offset Multicolor, S. A. Calz. de la Vigs 1332, México 8, D. F.

NOTA: LA OFICIALIDAD DE CHRISTUS

Christus ha querido siempre ser un servicio a la jerarquía mexicana: obispos y sacerdotes. Y, en este sentido, se ha puesto a disposición de las diócesis, máxime de aquellas que lo aceptaban o pedían como su gaceta diocesana.

En este sentido se ha llamado y se llama órgano oficial de algunas diócesis.

La oficialidad en Christus no significa una representación oficial de pensamiento, ni reflejo de pensamiento oficial. Su oficialidad no consiste —ni quiere consistir— en otra cosa que en el hecho práctico de servir de Boletín Eclesiástico a los obispos que no tengan uno en sus diócesis y que quieran adoptar a Christus en su lugar. No tiene proplamente respaldo oficial, en cuanto al pensamiento, ni pretende complicar a los obispos en las opiniones que expresa.

La oficialidad de Christus funciona como un hecho práctico y un servicio, libremente aceptado o rechazado, no como un concepto determinado y obligatorio. Christus no es órgano institucional del episcopado, del que la institución es responsable. La responsabilidad editorial queda exclusivamente a cargo de Buena Prensa.

La Redacción de Christus

Algunas opiniones, muy diversas, legítimas, son las que he podido recoger sobre la revista CHRISTUS. Al recibir el encargo de su dirección, necesito expresar con toda sinceridad:

— la intención de querer prestar un servicio a todas las diócesis y personas interesadas en reflexionar y comunicar sus puntos de vista, inquietudes y experiencias de su ser y quehacer como cristianos dentro de la vida de la Iglesia, en México.

— la intención de proporcionar un medio abierto realmente a la búsqueda en común que requiere de la participación de todos. Sin la franca y libre comunicación de los lectores que nos hagan el favor de expresar lo que van encontrando de positivo y negativo —y todo tipo de sugerencias— es imposible incrementar la vida de la revista y su funcionalidad. — No se trata de que todo nos convenza a todos. Sí, que estemos deseosos de enriquecernos de los demás. Sí, de recibir desapasionadamente la crítica de quienes tienen también todo el derecho de pensar de manera contraria a la nuestra. Algo bien distinto de la presunción opuesta: que es tonto, o perverso, o ambas cosas a la vez, todo aquel que pueda tener el atrevimiento de no coincidir con nuestro modo de pensar.

— Cada articulista es responsable de lo que avala en sus escritos. Lo definitivo, entonces, es la actitud de hacerlo teniendo siempre en cuenta su amor a la Iglesia y su fidelidad al Evangelio del Señor Jesús, como noticia que deviene siempre Nueva y Buena.

Xavier Cuenca S. J.

Intención General.—"Que las relaciones entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares sean más profundamente ilustradas y hagan más floreciente la vida eclesial" Intención Misional.—"Aceptación de los valores cristianos en China".
